LOS
CUARENTA Y CINCO,

novela escrita en francés

por

ALEJANDRO DUMAS,

y traducida al castellano.

TOMO II.

CADIZ :=1847.

Imprenta de José María Ruiz,
PLAZA DE LAS VIUDAS NUMERO 100.

CAPITULO I.

DE LA DIFICULTAD QUE ESPERIMENTA UN REY PARA ENCONTRAR BUENOS EMBAJADORES.

Chicot, siempre invencible en su butaca; Joyeuse, medio tendido sobre los cojines; Enrique blandamente acurrucado en su cama, empezó lo conversacion.

—Y bien, Joyeuse, preguntó Enrique, ¿habeis vagabundeado mucho por la ciudad?

—Sí, señor, muy bien, gracias, respondió el duque con indiferencia.

—¡Qué rápidamente te escabullistes allá en la Gréve!

---Señor, francamente, no era cosa muy divertida; además, no me gusta ver padecer á los hombres,

---¡Corazon lleno de misericordia!

—No, corazon egoista....los padecimientos de otro, me irritan los nervios.

—¿Sabes ya lo que ocurrió?

—¿Dónde, señor?

—En la plaza de Greve.

—¡No por cierto!

—Salcedo lo negó todo.

—¡Ah!

--Miras esto con indiferencia, Joyeuse.

—¿Yo?

—Sí.

—Os confieso, señor, que no atribuia gran importancia á lo que él pudiera decir; ademas, tenia la conviccion que negaria todo.

—Sí, pero si ya habia confesado.

--Con tanta mas razon. Las primeras confesiones pusieron á los Guisas alerta; han trabajado mientras que V. M. permanecia quieto; esto habia de suceder por fuerza.

--¡Cómo! ¿tú prevees estas cosas y no me las dices?

--¿Acaso soy ministro para hablar de politica?

---Dejemos esto, Joyeuse.

---Señor.

---Necesitaré á tu hermano.

---Mi hermano, Señor, lo mismo que yo; está enteramente á la disposicion de V. M.

---¿Podré, pues, contar con él?

---Sin duda alguna.

---Pues bien, quiero confiarle una ligera comision.

---¿Fuera de Paris?

---Sí.

---En ese caso es imposible, señor.

---¿Pues cómo?

---Du Bouchage no puede separarse de Paris en este momento.

Enrique se incorporó apoyándose en el codo y miró á Joyeuse con asombro.

---¿Qué significa esto? dijo.

Joyeuse sostuvo la mirada escudriñadora del rey con mayor seguridad.

---Señor, contestó, es la cosa mas fácil de comprender. Du Bouchage está enamorado, solo que habia entablado mal las negociaciones amorosas; iba por un camino errado, de modo que el infeliz enflaquecia de una manera lamentable.

—En efecto, dijo el rey, lo habia notado.

—Y cada dia estaba mas sombrio y triste, cual si hubiese vivido en la corte de V. M.

Cierto gruñido, que se dejó oir hacia el lado de la chimenea, interrumpió á Joyeuse, que miró asombrado á su alrededor.

—No hagas caso, Ana, dijo Enrique riéndose: es algun perro que dormia sobre un sillon. Decias, pues, amigo mio, que ese pobre Du Bouchage se entristecia.

—Sí, señor, poniase tan triste como la muerte: parece que ha encontrado por ahi una muger de humor fúnebre; son terribles tales encuentros. Y sin embargo, de mugeres de este caracter se triunfa tan bien como de las risueñas: todo consiste en saber gobernarse.

—¡Ah, libertino! no te hubieras tu apocado.

—¡Ea! ya me llamais libertino porque soy aficionado á las hijas de Eva.

Enrique suspiró.

—¿Dices que esa muger es de un caracter fúnebre?

—Al menos segun supone Du Bouchage; yo no la conozco.

---¿Y á pesar de esa tristeza, triunfarias de ella?

---¡Pardiez! solo re trata de operar por medio de los contrastes: por mi parte solo encuentro dificultades con las mugeres de un temperamento medio, porque requieren en quien las obsequia una mezcla de gracias y severidad que pocas personas logran reunir. Du Bouchage ha dado con una muger sombria y tiene un amor tètrico.

---¡Pobre muchacho! dijo el rey.

---Comprendereis, señor, continuó Joyeuse, que apenas se ha confiado á mi me he dedicado á curarle.

---De modo que....

---De modo que á esta hora empieza á surtir efecto la cura.

---¿Está ya menos enamorado?

—No, señor; pero tiene esperanza de que la muger sea menos esquiva y mas enamorada, lo cual es una manera mas agradable de curar las gentes que no quitándoles el amor; asi pues, desde esta noche en lugar de suspirar haciendo duo con la dama, vá á distraerla y alegrarla por todos los medios posibles, y para empezar envió á su ama-

da una treintena de músicos italianos, que van á darle una serenata bajo sus balcones.

—¡Eh! dijo el rey, eso es muy comun.

—¡Cómo! ¿es cosa comun reunir treinta músicos incomparables?

—A fé mia, maldito si hubiesen podido distraerme con todas las músicas del mundo cuando estaba enamorado de madama de Condé.

—Sí, pero V. M. estaba enamorado.

—Como un loco.

Resonó un nuevo gruñido, que se asemejaba mucho á una risa burlona.

—Ya veis, señor, que esto es otra cosa, dijo Joyeuse procurando inquirir, aunque inutilmente, de donde provenia tan estraña interrupcion. La dama, por el contrario, está indiferente como una estátua, y fria como el hielo.

—¿Y crees que la música derretirá el hielo y anudará la estátua?

—Positivamente

El rey movió la cabeza como dudándolo.

—Diantre, no digo, prosiguió Joyeuse, que al primer golpe de violin irá la dama á arrojarse en brazos de Du Bouchage, no:

pero se conmoverá de ver que se haga todo ese ruido por ella; poco á poco se acostumbrará á los conciertos, y si no se acostumbra ¡qué diablo!, todavia podremos echar mano de la comedia, los barqueros, los hechiceros, la poesia, los caballos, en fin, de todas las locuras de la tierra, de tal modo que si no escitamos la alegria á esa hermosa desolada, será por lo menos indispensable que la recupere Du Bouchage.

—¡Ojalá! dijo Enrique; pero dejemos á Du Bouchage toda vez que le seria tan molesto abandonar ahora á Paris; ¿no estás esclavizado, como él, por alguna pasion?

—¡Yo! esclamó Joyeuse; en toda mi vida he estado tan perfectamente libre como ahora.

—Perfectamente; ¿asi pues nada tienes que temer?

—Absolutamente nada, señor.

—¿Pues yo te creia prendado de una hermosa dama?

—Ah, si; la querida de M. de Mayenne: una muger que me adoraba.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? imaginaos que esta noche des-

pues de haber aleccionado á Du Bouchage le dejo para ir á su casa, llegó con la cabeza acalorada por las teorias que acababa de esplanar; os juro, señor, que casi me creia tan enamorado como Enrique, y hé aqui que me encuentro una muger temblorosa, asustada; mi primera idea fué que estorbaba á alguien, registro, y nadie habia; trato de tranquilizarla, inútil; la interrogo, nada responde: quiero abrazarla, se desvia, y como yo fruncia el entrecejo, se enfada, se levanta, rifamos, y me notifica que no me recibirá ya mas en su casa.

—¡Pobre Joyeuse! dijo el rey riéndose: ¿y qué has hecho?

—Pardiez, señor, he tomado la espada y la capa, hice á mi bella una graciosa cortesia, y salí sin mirar atrás.

—Bravo, Joyeuse, ¡eso es heróico!

—Tanto mas heróico, señor, cuanto á que me parecia oir suspirar á la pobre muchacha.

—¿Vas á arepentirte de tu estoicismo?

—No, señor: si tuviese un solo instante de arrepentimiento correria á su casa; ya entendeis....pero nada me quitará de la ca-

beza que la pobre muger me abandonará á su pesar.

—¿Y sin embargo, la dejastes?

—Ya me veis aquí.

—¿Y no volverás?

—Jamás....si fuese tan obeso como M. de Mayenne, no digo que no; pero soy delgado y esbelto, y tengo el derecho de ser altivo.

—Amigo mio, repuso Enrique seriamente, esta estructura es altamente beneficiosa para tu salud.

—No lo niego, señor; pero entre tanto me voy á fastidiar cruelmente durante ocho dias, no teniendo que hacer y no sabiendo á donde ir; así es que se me han ocurrido ideas deliciosas de pereza; ¿es divertido el fastidiarse, verdad?...como no estoy acostumbrado á ello me parece muy distinguido.

—¡Y tan distinguido! Ya lo creo, dijo el rey, como que lo he puesto yo en moda.

—Así, pues, hé aquí, señor, el plan que he formado al dirigirme desde el átrio de Nuestra Señora al Louvre. Todos los dias vendré aquí en litera; V. M. rezará sus ora-

ciones, yo leeré libros de alquimia ó de marina, lo cual será mejor, ya que soy marino. Tendré perritos que haré jugar con los vuestros, ó mas bien, gatitos, que será mas gracioso; en seguida tomaremos crema, y M. de Epernon nos relatará cuentos. Quiero engordar á toda costa: luego, cuando la dama de Du Bouchage haya desechado su tristeza por la alegría, buscaremos otra que de alegre se vuelva triste, para que halla variacion; pero todo esto sin movernos, señor: decididamente solo, sentado y bien recostado está uno bien. ¡Oh! ¡qué buenos almohadones, señor! bien se conoce que los tapiceros de V. M. trabajan para un rey que se fastidia.

—Quita allá, Ana.

—¿Por qué?

—¡Un hombre de tu edad y de tu rango hacerse perezoso y engordar! ¡detestable idea!

—No la encuentro tal, señor.

—Quiero ocuparte en alguna cosa.

—Si es fastidiosa me alegraré.

Oyóse un tercer gruñido; hubiérase dicho que el perro se reia de las palabras

que acababa Joyeuse de pronunciar.

—Hé ahí un perro bien inteligente, dijo Enrique, que adivina lo que quiero encargarte.

—¿Y qué es, señor? Veamos.

—Vas á calzarte las botas.

Joyeuse hizo un movimiento de terror.

—¡Oh! no me exijais semejante cosa, señor, porque contraria todas mis ideas.

—Vas á montar á caballo.

—Joyeuse dió un salto.

—¿A caballo? No, señor; no ando mas que en litera. ¿No me ha entendido V. M.?

—Vamos, Joyeuse, basta de chanzas; ya lo oyes; vas á calzarte las botas y á montar á caballo.

—Señor, respondió el duque, con la mayor seriedad, es imposible.

—¿Cómo imposible? repuso Enrique encolerizado.

—Porqué.... porqué.... soy almirante.

—¿Y qué?

—Que los almirantes no montan á caballo.

—¡Ah! ¿es por eso?

Joyeuse contestó con uno de esos mo-

vimientos de cabeza que hacen los niños cuando se obstinan en no obedecer, no atreviéndose á responder.

—Pues bien, señor almirante de Francia, teneis razon y no ireis á caballo, porque no es propio de un marino, á quien corresponde ir en navios y galeras; marchareis inmediatamente á Rouen en un barco; allí hallareis vuestra galera almirante, os embarcareis al momento en ella, y os hareis á la vela para Amberes.

—¡Para Amberes! esclamó Joyeuse tan desesperado como si hubiese recibido la órden de partir para Cauton ó Valparaiso.

—Está dicho, repuso el rey con un tono glacial que marcaba su incontestable derecho de gefe y su voluntad soberana; ya lo he dicho y no quiero volver á repetirlo.

Joyeuse sin manifestar la menor resistencia, se abrochó la capa, se ciñó la espada, y cogió de una silla su toquilla de terciopelo.

—¡Cuanto trabajo para hacerse obedecer, Dios mio! continuó diciendo por lo bajo Enrique; si alguna vez olvido que soy el

amo, todo el mundo, escepto yo, deberia al menos tenerlo presente.

Silencioso y glacial Joyeuse, se inclinó, y poniendo la mano en la empuñadura de su espada, segun previene la ordenanza, dijo con una voz que, por su acento de sumision, cambió inmediatamente en blanda cera la voluntad del monarca.

—Vuestras órdenes, señor.

—Vas á dirigirte á Rouen, dónde deseo que te embarques, á menos que prefieras ir por tierra á Bruselas.

Enrique aguardaba una contestacion, pero Joyeuse se contentó con hacer una reverencia.

—¿Prefieres ir por tierra? preguntó Enrique.

—Señor, respondió Joyeuse, cuando se trata de ejecutar una órden no tengo preferencias.

—Eso es, refunfuña, enfádate, esclamó Enrique: mal génio. ¡Ah! los reyes no tienen amigos!

—Quien dá órdenes solo necesita y puede esperar servidores, replicó Joyeuse con solemnidad.

—Caballero, continuó el rey ofendido, ireis á Rouen, os embarcareis en vuestra galera, reunireis las guarniciones de Caudebec, Harfleur y Dieppe, que haré relevar, las trasbordareis á seis buques, que pondreis á las órdenes de mi hermano, el cual aguarda el socorro que le he ofrecido.

—Señor, tendreis la bondad de proveerme de la oportuna real órden.

—¿Y desde cuando no obrais en virtud de vuestros poderes de almirante?

—Solo tengo el derecho de obedecer, y mientras puedo evito toda responsabilidad.

—Está bien, señor duque: recibireis la real órden en vuestra casa en el instante de marchar.

—¿Y cuando ha de ser ese momento, señor?

—Dentro de una hora.

Joyeuse se inclinó respetuosamente y se dirigió á la puerta.

El rey sintió que se le oprimia el corazon.

—¡Cómo! dijo: ¿ni aun por política os despedís? Señor almirante, sois bien poco atento, aun cuando tal es el defecto que

se achacará la gente de mar. Quizás quedaré mas satisfecho del coronel general de mi infanteria.

—Tened la bondad de perdonarme, señor, balbuceó Joyeuse, pero soy todavia peor cortesano que mal marino, y comprendo que V. M. deplora lo que he hecho por mí.

Y salió cerrando la puerta con tal violencia, que la tapiceria se levantó á impulsos del viento.

—¡Hé ahí como me aman esos por quienes tanto he hecho! esclamó el rey. ¡Ay, Joyeuse ,ingrato Joyeuse!

—¡Ea, no vayas ahora á llamarle! dijo Chicot, adelantándose hacia el lecho. ¡Como! ¿porqué has tenido casualmente una vez algo de voluntad, ya te arrepientes?

—Pues dime, chancero, contestó el rey, ¿crees que sea agradable ir en el mes de octubre á arrostrar la lluvia y el viento en el mar? AHí te quisiera ver, egoista.

—Como gustes, gran rey, como quieras.

—El verte atravesando valles y caminos.

—Justamente mi deseo mas vivo en este momento es el viajar.

—Asi pues, si, como á Joyeuse, te en-

viase á alguna parte, ¿aceptarias?

—No solamente aceptaria, sino que te lo pido, te lo ruego.

—¿Una comision?

—Una comision.

—¿Irias á Navarra?

—Iria al infierno, gran rey.

—¿Te burlas, bufon?

—Señor, no era yo muy alegre en vida, y os juro que soy mucho mas tétrico despues de mi muerte.

—Pero hace un instante te resistias á marcharte de Paris.

—Mi gracioso soberano, hacia mal, muy mal, y me arrepiento.

—¿De modo que ahora deseas ausentarte de Paris?

—Al instante, ilustre rey, en el momento, gran monarca.

—No te comprendo.

—¿Pues no has oido lo que ha dicho el gran almirante de Francia?

—¿El qué?

—Cuando te ha anunciado su ruptura con la querida de M. de Mayenne?

—¿Si, y qué?

—Si esa mujer enamorada de un jóven encantador como el duque, porque Joyeuse es toda una arrogante figura....

—Sin duda.

—Si esa mujer le despide suspirando, es porque tiene un motivo poderoso.

—Es probable, pues sino, no le abandonaria.

—¿Pues bien, adivinas ese motivo?

—No.

—¿Conque no te se ocurre cual será?

—No.

—Es que M. de Mayenne vá á volver.

—¡Calla! ¡calla!

—Al fin lo comprendes: sea enhorabuena.

—Si lo entiendo; pero sin embargo.....

—¿Qué?

—No encuentro muy justa esa razon.

—Dame las tuyás, Enrique; lo que deseo es que sean escelentes; dilas.

—¿Porqué esta mujer no habia de romper con Mayenne mas bien que con Joyeuse? ¿Crees tú que este no es bastante apto para llevar á M. de Mayenne *Pré-aux-Cleres* (1), y agugerearle su obesa panza? Jo-

(1) Sitio en donde se verificaban los desafios en Paris.

yeuse es temible con la espada en la mano.

—Sí, pero M. de Mayenne lo es con su traidor puñal. Acuérdate de Saint-Megrin.

Enrique suspiró y alzó los ojos al cielo; Chicot continuó:

—La mujer que está verdaderamente enamorada no quiere que maten á su amante, prefiere abandonarle, ganar tiempo, y evitar sobre todo no servir de víctima al asesino. En esa casa de Guisa todos son endemoniadamente brutales.

—Quizás tienes razon.

—Es una felicidad.

—Sí; y ya empiezo á creer que Mayenne volverá; pero tú, Chicot, no eres una mujer meticulosa ó enamorada.

—Pero soy un hombre prudente, un hombre que tiene cuenta abierta con M. de Mayenne, una partida pendiente; si me halla, querrá volver á entablarla, porque ese M. de Mayenne es desenfranado jugador.

—¡Y bien!

—Jugará tan perfectamente, que recibiré alguna puñalada.

—¡Bah! conozco muy bien á mi Chicot; nunca recibe sin dar.

—Tienes razon: le daré diez que le harán estallar.

—Tanto mejor, asi acabará la partida.

—Tanto peor, ¡voto á mil diablos tanto peor: su familia armará una infernal gritería, toda la liga te acosará, y alguna hermosa mañana me dirás: "Chicot, amigo mio, perdona, pero me veo obligado á mandarte enrodar."

—¿Habia yo de decir eso?

—Lo dirás, y lo que es aun peor, lo harás gran rey. Prefiero, pues, que esto lleve otro giro, ¿me entiendes? No me hallo mal como estoy, y deseo conservarme así. Ademas, que todas esas progresiones aritméticas aplicadas al rencor me parecen peligrosas; por consiguiente, iré á Navarra, si quieres enviarme.

—Y tanto si quiero.

—Príncipe magnánimo, aguardo tus órdenes.

Y Chicot, tomando la misma aptitud que Joyeuse, se puso en espectacion.

—Pero no sabes si te convendrá la mision.

—Cuando la pido, basta.

—Es que.... hablemos claros, Chicot, tengo ciertos proyectos de enzarzar á Margarita y su marido.

—Dividir para reinar, dijo Chicot: hace cien años que ese era el A. B. C. de la política.

—¿De modo que no te repugnan?

—¿Acaso es eso de mi incumbencia? Tu harás lo que quieras, gran príncipe. Soy embajador, y nada mas; no tienes que darme cuentas, y con tal que sea inviolable.... ¡Oh! en cuanto á eso soy inmejorable.

—Pero falta aun que sepas lo que has de decir á mi cuñado Enrique.

—¡Yo decir algo de palabra! no, no y no.

—¿Cómo no, y no?

—Iré á donde quieras, pero no hablaré una palabra. Hay cierto adagio que dice: "Por la boca muere el pez."

—¿Entonces rehusas?

—Rehuso la palabra, pero acepto la carta. El que lleva la palabra tiene siempre alguna responsabilidad: el que presenta una carta nunca es atropellado como autor, sino como portador.

—Pues bien, te daré una carta; eso es muy propio de mi política.

—Mirate un poco en ello, y dámela.

—¿Qué dices?

—Te digo dámela.

Y Chicot alargó la mano.

—¿Te figuras que una carta como esa puede escribirse de repente? Es preciso combinar reflexionar, medir las espresiones.

—Pues bien, mide, reflexiona y combina. Mañana al amanecer volveré ó enviaré á buscarla.

—¿Porqué no te acuestas aquí?

—¿Aquí?

—Sí, en tu sitial.

—¡Peste! eso ya acabó. Ya no dormiré mas en ese Louvre. Ver á una fantasma dormir en un sillon seria un absurdo imperdonable.

—Pero acabemos, esclamó el rey: quiero, á pesar de todo, que conozcas mis intenciones respecto á Margarita y su esposo. Tu eres gascon: mi carta vá á hacer ruido en la corte de Navarra. Te harán preguntas, y es preciso que puedas responder. ¡Qué diablo! Vas á ser mi repre-

sentante y no quiero que tengas el aire de un idiota.

—¡Válgame Dios, dijo Chicot encogiendo los hombros, que obtusa tienes la comprension, gran rey! ¿Conque te figuras que voy á llevar una carta á doscientas cincuentas leguas sin saber lo que contiene? Tranquilizate con mil diablos: á la primera revuelta, y bajo el primer árbol á cuya sombra me detenga, abriré tu carta. Increible parece que de diez años á esta parte estés enviando embajadores á todos los puntos del globo, y que todavia no lo conozcas mejor. Vaya, dá descanso al alma y al cuerpo: yo me vuelvo á mi soledad.

—¿Y dónde está tu soledad?

—En el cementerio de los Inocentes, gran principe.

Enrique miró á Chicot con el asombro que no habia podido desechar durante su conversacion de dos horas.

—¿No te esperabas esto, es verdad? continuó Chicot al tomar su capa y sombrero; ahí tienes el resultado de tratar con gente de otro mundo. Conque hasta mañana: vendré yo ó mi mensajero.

—Bien, pero es preciso que tu mensajero tenga una contraseña á fin de que se sepa que viene de tu parte y para que tenga espedita la entrada.

—Perfectamente. Si soy yo vendré de mi parte: si es mi mensajero vendrá de parte de la *sombra*.

Y al acabar estas palabras desapareció tan ligeramente, que el supersticioso Enrique dudó si era realmente un cuerpo ó una sombra lo que habia trasmitado la puerta sin hacer rechinar los goznes, bajo aquella tapiceria sin agitar siquiera uno de sus pliegues.

CAPITULO II.

COMO Y POR QUE CAUSA HABIA MUERTO CHICOT.

Chicot, verdadero cuerpo animado, aun cuando con sentimiento nuestro desagrade esto á aquellos de nuestros lectores que, demasiado apasionados á lo maravilloso, hayan creido que hemos tenido la audacia de introducir una sombra en esta historia, Chicot, pues, habia salido, despues de haber dicho al rey, segun su costumbre, en tono de burlas todas las verdades que tenia que decirle.

He aquí lo que habia pasado:

Despues de la muerte de los amigos del rey, á consecuencia de las revueltas y conspiraciones fomentadas por los Guisas, Chicot habia reflexionado.—Valiente, como es sabido, é insustancial, hacia sin embargo gran caso de la vida, que le divertia, como sucede á todos los hombres privilegiados. Solo los tontos se aburren en este mundo y van á buscar la distraccion en el otro.

El resultado de la reflexion que hemos indicado fué que le pareció mas terrible la venganza de M. de Mayenne que eficaz la proteccion del rey, y decia para su capote con esa filosofía práctica que le distinguia, que nada hay en este mundo que pueda deshacer lo que está materialmente hecho, y que en este supuesto todas las alabardas y todos los tribunales de justicia del rey de Francia no compondrian, por poco visible que fuese, cierta abertura que el puñal de M. de Mayenne hubiese hecho en el jubon de Chicot.

Este argumento poderoso le habia obligado á tomar su partido, cansado ademas, por otra parte, del papel de bufon, que á

cada instante deseaba vivamente trocar en papel serio, y de las regias familiaridades que para los tiempos que corrian le conducian rectamente á su pérdida.

Asi pues, Chicot habia empezado por poner entre la espada de M. de Mayenne y el cuero de Chicot la mayor distancia posible, y al efecto habia marchado á Beaune con el triple objeto de abandonar á Paris, abrazar á su amigo Gorenflot y probar el famoso vino de 1550, de que tan acaloradamente se habia tratado en aquella célebre carta que termina nuestra narracion de la *Dama de Monsoreau*.

Debemos decir que el consuelo habia sido eficaz; al cabo de dos meses se apercibió Chicot de que engordaba notablemente y que esto le serviria á las mil maravillas para disfrazarse; pero se apercibió tambien de que engordando se aproximaba á Gorenflot mas de lo que á un hombre de talento convenia.

Venció, pues, el espíritu á la materia; empero luego que Chicot bebió algunos centenares de botellas de ese famoso vino de 1550, y devorado los veinte y dos volúme-

nes de que se componia la biblioteca del priorato, y en los cuales habia leido el prior aquel axioma latino: *bonun vinum lætificat cor hominis*, sintió Chicot un gran peso en el estómago y un gran vacio en el cerebro.

—De buena gana me haria fraile, dijo para si; pero en compañia de Gorenflot seria demasiado libre, y en otro monasterio no lo seria bastante. Cierto que la cogulla me disfrazaria para siempre á los ojos de M. de Mayenne, pero, ¡qué diantres! hay otros medios además de los vulgares: busquemos: —He leido en otro libro, verdad es que esto no se halla en la biblioteca de Gorenflot: *Quære et invenies*.

Buscó, pues, Chicot, y he aqui lo que halló. Para la época no dejaba de tener bastante novedad.

Franqueándose con Gorenflot, le suplicó que escribiese al rey lo que él le dictase.

Gorenflot escribió dificilmente, es cierto, pero al fin escribió, que Chicot se habia retirado al priorato, que el sentimiento de haberse visto obligado á separarse de su amo y señor, al reconciliarse este con M. de Mayenne, habia alterado su salud, que habia

tratado de luchar distrayéndose, pero que el dolor habia sido mas fuerte y que al fin habia sucumbido.

Por su parte Chicot habia escrito de su puño y letra una carta al rey. Esta carta, fechada al año 1580, estaba dividida en cinco párrafos, cada uno de los cuales se conocia haber sido escrito con un dia de intermedio, y segun los progresos que la enfermedad hacia.

El primer párrafo estaba escrito y firmado con mano bastante firme.

El segundo estaba trazado con mano segura; pero se conocia que la firma, aunque legible todavia, se habia hecho con mano algo trémula.

Al fin del tercero habia escrito *Chi...*

Al fin del cuarto *Ch....*

Por último, habia hecho una *C* con un borron al fin del quinto.

Este borron de un muribundo habia producido en el rey el mas doloroso efecto, y hé aquí esplicado suficientemente porque habia tenido á Chicot por fantasma y sombra.

De buen grado citariamos aquí la carta de Chicot; pero Chicot era, como se diria

hoy, un hombre muy escéntrico, y como el estilo es el hombre, su estilo epistolar sobre todo era tan escéntrico, que no nos atrevemos á reproducir aquí esta carta, cualquiera que sea el efecto que debamos esperar de ella; pero el curioso lector podrá hallarla en las Memorias de la Estrella. Como hemos dicho, tiene la fecha de 1580, año en que se dejó sentir bastante la influencia de Capricornio, añade Chicot.

Al pié de esta carta, y para no dejar resfriar el interés de Enrique, añadia Gorenflot que despues de la muerte de su amigo se le hacia odioso é insoportable el priorato de Beaune y que le gustaba mas París.

Esta posdata sobre todo fué la que costó mas trabajo á Chicot arrancar de los dedos de Gorenflot. Este por el contrario se hallaba perfectamente bien en Beaune y Paburge tambien; para lo que se esforzaba en probar de un modo lastimero á Chicot, que el vino está siempre adulterado cuando no puede uno escogerlo al pié de las mismas tenajas; empero Chicot prometió al digno prior que volveria todos los años en persona á hacer su provision de Romanée, de

Volnay y Chambertin, y como sobre este punto y sobre otros muchos reconocia Gorenflot la superioridad de Chicot, acabó por ceder á las instancias de su amigo.

El rey, por su parte en contestacion á la carta de Gorenflot y al último adios de Chicot, habia escrito de su propia mano:

"Señor prior, dareis santa y poética sepultura al pobre Chicot, cuya pérdida deploro con toda mi alma, porque era no solamente un amigo sincero, sino tambien un buen caballero, á pesar de que jamás pudo él mismo hallar en su genealogia mas allá de su tatarabuelo. Le rodearéis de flores, y bareis de modo que repose al sol, que amaba mucho, siendo del mediodia. En cuanto á vos, cuya tristeza os honra tanto mas cuanto que participo de ella, dejareis, segun el deseo que me manifestais, vuestro priorato de Beaune. Es demasiado grande la falta que me hacen en Paris servidores leales y clérigos buenos para teneros tan lejos. Por lo tanto, os nombro prior de los jacobinos, debiendo fijar vuestra residencia cerca de la puerta de San Antonio en Paris, cuartel que agradaba muy especialmente á nuestro pobre amigo.

Vuestro apasionado Enrique, que os suplica no le olvideis en vuestras santas oraciones."

Júzguese si semejante carta, autógrafa toda de la mano del rey, hizo abrir al prior sus espantados ojos, admirando el ingenio de Chicot, y se apresuró á dirigirse á tomar posesion de los honores que le aguardaban.

Porque es preciso recordar que la ambicion habia echado hondas raices en otro tiempo en el corazon de Gorenflot, cuyo nombre habia sido siempre *Modesto*, y desde que era prior de Beaune se hacia llamar D. Modesto Gorenflot.

Todo habia sucedido á medida de los deseos del rey y de Chicot. Un manojo de espinos, dispuesto á representar física y alegóricamente el cadáver, habia sido enterrado al sol, en medio de las flores, bajo una hermosa parra: luego, despues de muerto y enterrado, Chicot habia ayudado á Gorenflot á hacer la mudanza de su convento al de los jacobinos.

Así pues Modesto se habia hallado instalado con gran pompa en el priorato de

los jacobinos. Chicot se aprovechó de la noche para introducirse en Paris. Habia comprado cerca de la puerta Bussy una casita por trescientos escudos, y cuando queria ir á ver á Gorenflot, tenia tres caminos: el de la ciudad, que era mas corto; el de la orilla del rio, que era el mas pintoresco; en fin, el que circundaba las murallas de Paris, que era el mas seguro.

Pero Chicot, que era ilusionario, escogia casi siempre el del Sena; y como entonces no estaba todavia encajonado el rio en su actual alveo de piedra, el agua lamia, como decia el poeta, las orillas en cuya estension los habitantes de la ciudad pudieron ver mas de una vez la silueta de Chicot dibujada por los rayos de la luna.

Instalado Chicot, y habiendo cambiado de nombre se ocupó asimismo en cambiar de facciones; llamábase Roberto Briquet, como ya sabemos, ligeramente encorbado; además; el transcurso de cinco ó seis años casi le habia vuelto calvo, de tal modo que su cabellera de otros tiempos encrespada y negra se habia retirado, como el reflejo del mar, de la frente hacia nuca.

Por otra parte, se habia amaestrado en el difícil arte de la música antigua, que consistia en variar, por medio de estudiadas contracciones, el juego natural de los músculos y el de la fisonomía. De este asiduo estudio habia resultado que Chicot, visto á la luz del dia, era cuando queria ser un verdadero Roberto Briquet, es decir, un hombre á cuya boca servian de presilla las orejas, cuya barba daba conversacion á la nariz, y espantosamente vizco: todo sin gestos, pero no sin su gracia para los aficionados á la variacion, porque su figura, que era fria, larga y angulosa, se habia tornado en ancha, vasta, obtusa y encurtida.

Solo sus largos brazos y piernas habian subsistido sin variacion, porque Chicot no pudo acortarlos; pero como era muy industrioso, habia, cual ya hemos dicho encorvado la espalda, lo que presentaba tan largos los brazos como las piernas.

A estos egercicios fisionómicos unió la precaucion de no entablar relaciones con persona alguna. En efecto, por dislocado que fuese Chicot, no podia guardar enteramente lo misma postura, ¿y cómo habia

de aparecer cargado de espaldas al medio dia y erguido por la mañana? ¿Qué pretesto dar á un amigo que le viese de repente cambiar de fisonomía en medio del paseo, y percibiese por casualidad una cara sospechosa?

Roberto Briquet vivia enteramente recluso, lo cual, por otra parte, convenia á sus gustos; toda su distraccion era visitar á Gorenflot y dar con él buena cuenta de aquel famoso vino de 1550, que el digno prior se habia guardado muy bien de dejar en las bodegas de Beaune.

Pero los talentos vulgares están sugetos á variacion como los grandes talentos: Gorenflot cambió, no físicamente por fortuna, sino moralmente.

Vió en su pober y á su discrecion al que hasta entonces habia tenido su destino entre sus manos. Chicot vendo á comer al priorato, le pareció un Chicot esclavo, y Gorenflot desde aquel momento pensó demasiado en sí y no lo bastante en Chicot.

Este vió sin ofenderse la variacion de su amigo, mas que habia esperimentado él al lado de Enrique le habian amoldado á esta

especie de filosofía. Se precavió mas unicamente. En lugar de ir cada dos dias al priorate, no fué mas que una vez á la semana: luego cada quince dias, y en fin solo cada mes. Gorenflot estaba tan enfatuado que ni siquiera lo echó de ver.

Chicot era demasiado filósofo para ser sensible; se rio en su interior de la ingratitud de Gorenflot, rascándose las narices y la barba segun costumbre.

—El agua y el tiempo, se dijo, son los dos disolventes mas eficaces que conozco. El uno taladra la piedra, y el otro el amor propio. Esperemos. Y esperó.

Hallábase en esta espectativa, cuando ocurrieron lo sucesos que acabamos de referir, y de cuyo centro le parecia que surgian algunos de esos nuevos elementos que presagian las grandes catástrofes politicas. Y como le pareció tambien que su rey, á quien amaba á pesar de estar difunto, corria algunos peligros análogos á aquellos de que le habia ya preservado, le ocurrió el aparecer á su vista como fantasma y predecirle el porvenir.

Ya hemos visto como el anuncio de la

llegada de M. de Mayenne, que brujuleó Chicot con su inteligencia de mico al oir la despedida de Joyeuse, habia hecho pasar á Chicot del estado de fantasma al de viviente, y de la posicion de profeta á la de embajador.

Ahora, que está esplicado cuanto en nuestra relacion podia parecer oscuro, la continuaremos, acompañando á Chicot cuando salió del Louvre, y le seguiremos hasta la casita de la encrucijada de Bussy.

CAPITULO III.

LA SERENATA.

No tenia Chicot que andar mucho para ir desde el Louvre á su casa.

Descendió pues por el ribazo hasta el Sena, que empezó á atravesar en una pequeña barca que él mismo dirigia, y que desde Nesle habia traido amarrándola en el desierto muelle del Louvre.

—Es estraño, decia, remando y mirando al mismo tiempo las ventanas del palacio, de las que solo una, la de la estan-

cia del rey; se veia iluminada á pesar de lo avanzado de la hora, es estraño que despues de algunos años sea Enrique siempre el mismo: unos se han engrandecido, anonadándose otros, otros han muerto, pero él ha ganado algunas arrugas en el rostro y en el corazon, y nada mas; siempre el mismo espíritu débil y distinguido, fantástico y poético; eternamente la misma alma egoista, exigiendo siempre mas de lo que se le puede dar: amistad á la indiferencia, amor á la amistad, abnegacion al amor, y con esto, sin embargo, el rey es el mas triste, pobre y desgraciado individuo de todo su reino. Creo en verdad que yo solo he sondeado esa mezcla singular de desórden y arrepentimiento, de supersticion é impiedad, asi como únicamente yo conozco el Louvre, por cuyas puertas han pasado tantos favoritos condenados á la muerte, al destierro, ó al olvido, así como no hay otra que pueda cual yo manejar sin riesgo y jugar con esa corona, objeto de los ensueños y ambicion de tantas personas, cuyos cerebros se abrasan mientras llega el momento de que se incadescan sus manos al cogerla.

Chicot exhaló un suspiro mas filosófico que triste, é impulsó vigorosamente los remos.

—A propósito, dijo de repente: nada me ha dicho el rey del dinero para el viaje: esta confianza me honra probándome que siempre me tiene por amigo suyo.

Y Chicot se echó á reir silenciosamente, cual era su costumbre: despues, imprimiendo un rápido movimiento á los remos, lanzó su barquilla sobre la arenosa playa, dónde quedó encallada.

Sujetándola entonces por la proa á una estaca por medio de un nudo, cuyo secreto le era peculiar, lo cual en estos tiempos de inocencia, hablamos comparativamente, prestaba la suficiente seguridad, se dirigió hácia su morada, situada apenas á dos tiros de fusil de la orilla del rio.

Al entrar en la calle de los Agustinos se sorprendió en gran manera oyendo resonar voces é instrumentos que llenaban de armonia todo el barrio ordinariamente tan pacífico á tales horas.

—¿Se casa alguien por aquí? pensó de pronto: ¡malhaya el diablo! Solo tenia cinco horas para dormir y me voy á ver obli-

gado á velar, sin ser el novio.

Al acercarse vió proyectada una gran luz, vacilando y rielando en caprichosos giros, sobre las vidrieras de las casas, que poblaban esta calle, y producida por una docena de achones que llevaban pages y lacayos, mientras que veinte y cuatro músicos, dirigidos por un italiano energúmeno, tocaban sus violas, salterios, sistros, rabeles, violines, trompetas y tambores.

Este ejército de alborotadores se hallaba colocado en buen órden delante de una casa que Chicot con harta sorpresa conoció ser la suya.

El invisible general que habia dirigido esta maniobra tenia colocados en tal disposicion á los músicos y pages, que mirando de frente á la casa de Roberto Briquet, fija la vista en las ventanas, parecia que solo en esta contemplacion viviau, respiraban y se animaban

Chicot permaneció un instante estupefacto contemplando á su vez esta evolucion y escuchando aquella infernal algarabia.

Despues golpeándose los muslos con sus huesudas manos, dijo:

—Pero aquí debe haber alguna equivocacion: es imposible que se meta por mi causa tanto ruido.

Y acercándose mas se mezcló entre los curiosos atraidos por la serenata, y examinando atentamente cuanto le rodeaba, se convenció de que toda la luz de las antorchas se reflejaba sobre su casa, asi como toda la armonía iba á parar á su interior, sin que entre la multitud se ocupase nadie de la casa de enfrente ni de las vecinas.

—No hay duda de que es para mí, dijo Chicot; ¿sí se habrá enamorado de mi talle alguna princesa incógnita?

Mas por lisongera que fuese esta suposicion, no pareció convencer á Chicot. Volvióse á mirar la casa frontera á la suya.

Las dos únicas ventanas de esta casa, situadas en el segundo piso, que no tenian postigos, absorvian por intérvalos algunas ráfagas de luz; pero sin duda era por casualidad, pues la pobre casa parecia tan exhausta de vida como de gente.

—Preciso es que tengan bien pesado el sueño en esa casa, dijo Chicot, ¡voto á mil diablos! porque semejante bacanal bastaría

para resucitar á un muerto.

Durante estos monólogos de Chicot continuaba la orquesta sus sinfonías, cual si le ejecutase ante una reunion de reyes y emperadores.

—Dispensadme, amigo mio, dijo al fin Chicot dirigiéndose á uno de los que alumbraban, ¿podriais decirme á quién se dedica esta música?

—Al habitante de esa casa, contestó el criado señalando á la de Roberto Briquet.

—Para mí, repuso Chicot, es decididamente para mí.

Y atravesó la multitud para llegar hasta los pages para buscar en las mangas y la pechera de su trage la esplicacion de este enigma; pero todo blason habia desaparecido cuidadosamente bajo una especie de tabardo color de tierra.

—¿Quién es vuestro amo, amigo mio? preguntó á un tamborilero que se calentaba los dedos con el aliento no teniendo que redoblar á la sazon.

—El ciudadano que habita ahí, respondió el instrumentista designando con un palillo la habitacion de Roberto Briquet.

—¡Hola! ¿Conque no solo están aquí por mi, sino que soy su dueño? Cada vez vá esto mejor; en fin, veremos.

Y pertrechándose por medio del gesto mas complicado que pudo dar á su fisonomia, codeó á derecha é izquierda, pajes, lacayos y músicos, para llegar á su puerta, maniobra que llevó á efecto con bastante dificultad, y constituido en ella, visible y esplendente en el circulo formado por los porta-hachones, sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta, entró, la volvió á cerrar y echó los cerrojos.

Luego, subiendo al balcon, sacó á él un sillon de cuero, en el que se instaló cómodamente, apoyada la barba en la barandilla, desde la que, sin hacer caso de las risas con que era saludada su aparicion, dijo:

---Señores, ¿no hay aquí algun error? ¿Son efectivamente en mi obsequio esos trinos, cadencias y sinfonias?

---¿Sois maese Roberto Briquet? preguntó el director de la orquesta.

---El mismo.

---Pues bien, aquí estamos á vuestro servicio, replicó el italiano con un movimiento

de batuta que promovió una nueva tormenta melodiosa.

—Pues es preciso confesar que no lo entiendo, continuó Chicot tendiendo la vista sobre toda aquella multitud y las casas de la vecindad.

Cuantos moradores babia en ellas estaban en las ventanas, en las puertas, ó mezclados en los grupos de espectadores.

Maese Fournichon, su consorte y todo el séquito de los cuarenta y cinco, mujeres, chicos y lacayos estaban asomados en la posada de la *espada del bravo caballero*.

Solo la casa de enfrente permanecia sombria y silenciosa como un sepulcro.

Chicot continuaba inquiriendo con la vista la solucion de este indescifrable enigma, cuando de repente creyó ver bajo el cobertizo de su casa, á través de las rendijas del piso del balcon, casi tocando sus pies, un bombre envuelto en una capa de color oscuro, con sombrero negro, pluma roja y larga espada, el cual, creyendo no ser visto, miraba con toda su alma la casa de enfrente, esa casa desierta, silenciosa y muerta.

De vez en cuando el jefe de la orquesta

abandonaba su puesto para ir á hablar en voz baja á este hombre.

Chicot adivinó bien pronto que todo el interés de la escena radicaba allí; y que aquel sombrero negro ocultaba una figura de gentil hombre.

Desde entonces toda su atencion se fijó en este personaje: el papel de observador le era tanto mas facil, cuanto que su posicion sobre la baranda del balcon le permitia mirar á la calle y bajo el cobertizo: consiguió, pues, no perder de vista un momento al desconocido, cuya primera imprudencia no podia menos de proporcionarle ocasion para descubrirle sus facciones.

De pronto y mientras que Chicot permanecia absorto en sus observaciones, apareció en la esquina de la calle un caballero, seguido de dos escuderos, que apartó á latigazos los curiosos que se obstinaban en rodear la orquesta.

---¡El señor de Joyense! murmuró Chicot que reconoció en el ginete al gran almirante de Francia con botas y espuelas, segun la órden del rey.

Dispersados los curiosos, calló la orquesta.

Probablemente la habia impuesto silencio alguna señal del desconocido.

El caballero se acercó al que estaba oculto bajo el cobertizo.

—¿Qué tal, Enrique, qué hay de nuevo?

—Nada, hermano mio, nada.

—¡Nada!

—No: ni aun siquiera se ha asomado.

—¿Pues no han alborotodo bastante estos tunantes?

—Han ensordecido el barrio.

—¿No han vociferado, cual se les tenia recomendado, que daban la serenata á este patan?

—Tanto lo han cacareado, que el mismo interesado se ha constituido en su balcon para oir la serenata.

—¿Y ella no se ha asomado?

—Ni ella ni persona alguna.

—Y á pesar de todo, la idea era ingeniosísima, repuso Joyeuse picado, porque, en fin, podia sin comprometerse hacer como todas estas buenas gentes y aprovecharse de la música dada á su vecino.

Enrique meneó la cabeza.

—¡Ah! ya se vé bien que no la conoceis; hermano mio, dijo.

—Si tal, si tal, la conozco; es decir, que conozco á todas las mugeres, y como esa está comprendida en el número....¡Ea! no nos desanimemos.

—¡Oh, Dios mio! ¡Hermano, me decís eso con tal tono de desaliento!

—Aprension; solo que desde hoy en adelante es preciso que cada noche tenga este patan su serenata.

—Pero entonces se mudará de casa.

—¿Cómo, si nada le dices, si no la designas, si permaneces siempre oculto? ¿No ha hablado ese patan cuando se le ha hecho esta galantería?

—Ha arengado á la orquesta, y ahí le teneis que va á hablar otra vez.

Efectivamente, decidido Briquet á poner la cosa en claro, se levantó para interrogar segunda vez al director de orquesta.

—¡Eh! ¡el del balcon! gritó Ana de mal humor; á ver si callais y os meteis dentro: ¡qué diablo! si habeis tenido vuestra serenata, ¿qué mas pedis? Estaos quieto.

—Mi serenata, mi serenata, respondió Chicot con gracioso tono: pero al menos quiero saber á quien está dirigida mi serenata.

—A vuestra hija, imbécil.

—Perdonad, caballero, pero no tengo hija.

—Pues entonces á vuestra muger.

—Gracias á Dios, soy soltero.

—Pues á vos mismo, ¡qué diantre! á vuestra propia persona.

—Sí, á tí, y si no te metes dentro....

Joyeuse, uniendo el hecho á la amenaza, lanzó su caballo hacia el balcon de Chicot á través de los instrumentistas.

—¡Voto al demonio! gritó Chicot, si la música es para mí, ¿quién viene aquí á atropellar mi música?

—Viejo, loco, repuso Joyeuse alzando la frente, si no escondes tu edionda figura en tu nido de cuervo, los músicos van á romper todos sus instrumentos en tu cabeza.

—Dejad á ese pobre hombre, hermano mio, dijo Du Bouchage; lo cierto es que debe estar aturdido con lo que pasa.

—¡Y de qué se asombra, caramba! Además, debes persuadirte de que enzalzando una disputa tal vez se asomará alguien á esas desiertas ventanas. Así pues, demos una felpa á ese patan, quememos su casa, si es

preciso ¡pero con mil de á caballo¡ hagamos algo, no estancarnos.

—Por piedad, hermano mio, no nos empeñemos en llamar la atencion de esa muger: estamos vencidos, resignémonos.

Briquet no habia perdido una palabra de este dialógo, que aclaraba sus ideas un tanto confusas; al mismo tiempo hacia sus preparativos de defensa, siéndole conocido el caracter de su adversario.

Joyeuse, sin embargo, rindiéndose á las razones de Enrique, no insistió en el ataque, antes bien despidió á dos pajes, á los músicos y al maestro director.

Despues llevó á parte á su hermano y le dijo:

Estoy desesperado; todo conspira contra nosotros·

—¿Qué quieres decir?

—Que me falta tiempo para ayudarte.

—En efecto, te veo en traje de camino y hasta ahora no habia reparado en ello.

—Parto esta noche para Amberes á desempeñar una comision del rey.

—¿Cuando te la ha encomendado?

—Esta noche.

—¡Dios mio!

—Ven conmigo, te lo suplico.

Enrique dejó caer los brazos con desaliento al decir:

—¿Me lo ordenais, hermano mio?

Y palideció con sola la idea de esta partida.

Ana hizo un ademan.

—Es que si me lo ordenas, continuó Enrique, te abedeceré.

—No, Du Bouchage, lo ruego y nada mas.

—Gracias, hermano.

Joyeuse se encogió de hombros.

—Haré lo que querais, Ana; pero si me es preciso renunciar al placer de pasar las noches en esta calle, si no he de contemplar esa ventana.,..

—¿Qué?

—Me moriré de dolor.

—¡Pobre loco!

—Mi corazon está allí, Joyeuse, dijo Enrique señalando la casa; allí está mi vida: no quereis, pues, que viva, si me arrancais del pecho el corazon.

El duque cruzó los brazos dominado á la vez por la cólera y la piedad, se mor-

dió el bigote, y despues de haber reflecsionado un rato, dijo:

—Enrique, si vuestro padre os encargase que os dejaseis cuidar por Miron, que es un filósofo y médico á la vez....

—Responderia á nuestro padre que no estoy enfermo, que estoy en mi sano juicio, y que Miron no cura el mal de amor.

—Preciso es, pues, adoptar vuestro modo de ver las cosas; ¿pero por qué he de inquietarme? Esa muger es al fin muger; con vuestra constancia nada hay desesperado, y al volver confio verte mas alegre, mas jovial, y mas bromista que yo.

—Si, si, esclamó el jóven estrechando las manos de su hermano: si, me curaré, seré feliz, estaré contento: gracias por esa amistad que es el bien mas precioso que poseo.

—Despues de vuestro amor.

—Antes que mi vida.

Joyeuse, profundamente conmovido á pesar de su aparente frivolidad; dijo bruscamente á su hermano.

—¿Nos vamos ya de aquí? Ya se han apagado las hachas, y los pages y los músicos se retiran.

—Adelantaos, hermano mio, ya os sigo, respondióle Enrique suspirando, porque iba á abandonar la calle.

—Ya entiendo; el último adios á la ventana solitaria: es muy justo. Entonces despedios tambien de mí.

Este abrazó á su hermano diciéndole:

—No, os acompañaré hasta la puerta de la ciudad: solo quiero que me espereis á cien pasos de aquí. Tal vez figurándose que la calle está solitaria se asomará....

Ana lanzó su caballo hácia el sitio en que le esperaba su escolta, á unos cien pasos.

—Vaya, dijo á los músicos, ya no os necesitamos hasta nueva órden. Retiraos.

Apagáronse los hachones, cesaron las conversaciones de los músicos y las risas de los pajes, y con ellas tambien los últimos sonidos arrancados á las cuerdas de los violines y laudes por el imprevisto contacto de una mano estraviada.

Enrique dirigió su última mirada á la casa, su último ruego á las ventanas, y lentamente, y volviéndose á cada instante, se reunió con su hermano, á quien precedian dos escuderos.

Viendo Roberto Briquet alejarse á los dos jóvenes en compañia de los músicos, creyó que se acercaba el momento del desenlace de aquella escena, si es que debia tenerlo.

Por lo mismo, se retiró del balcon haciendo ruido y cerró estrepitosamente la ventana.

Algunos curiosos obstinados permanecieron aun en sus puestos; pero pasados diez minutos habian desaparecido los mas pertinaces.

Mientras tanto, Roberto Briquet subió al tejado de su casa almenado por el estilo de los edificios flamencos, y ocultándose detrás de un adorno de la coroisa, observaba las ventanas del frente.

Así que hubo cesado en la calle el ruido y dejaron de oirse los instrumentos, los pasos y las voces, así que volvió toda al silencio acostumbrado, abrióse con misterio una de las ventanas de aquella casa estraordinaria, y se asomó á ella una cabeza con calculada precaucion.

—Nadie hay, murmuró una voz de hombre; por consiguiente no existe peligro alguno: sin duda era alguna burla para mor-

tificar á nuestro verino. Podeis, pues, dejar ese retiro, señora, y volver á vuestro aposento.

Diciendo esto, el hombre cerró la ventana, echó lumbres y encendió una lámpara, que poco despues entregó á otra persona que alargó el brazo para recibirla.

Chicot desde su puesto lo observaba todo de hito en hito.

Mas apenas hubo divisado el pálido y sublime rostro de la muger que recibia la lámpara, apenas se apercibió de la mirada dulce y triste que se dirigieron el ama y el criado, cuando él tambien palideció y sintió helársele la sangre en las venas.

La jóven, que apenas aparentaba tener veinte y cuatro años, bajó la escalera seguida por su criado.

—¡Ah! murmuró Chicot, limpiándose con la mano el sudor de la frente, cual si con el mismo ademan hubiese querido desvanecer una terrible vision; ¡ay! conde Du Bouchage, jóven bizarro y gallardo, amante insensato, que hace poco hablabas de recobrar la alegría y volverte jovial y bromista, traslada tu divisa á tu hermano, porque

nunca dirás ya: *hilariter* (1).

Despues descendió á su vez á su cuarto, triste y meditabundo, cual si evocando el recuerdo de algun terrible pasado, se hubiese sumergido en algun abismo sangriento, y se sentó en la oscuridad, subyugado á su vez, mas que otro alguno, aunque el último, por la melancolía que irradiaba de la misteriosa casa.

(1) *Alegremente*: la divisa de Enrique de Joyeuse, segun ya hemos dicho, era la palabra latina *hilariter*.

CAPITULO IV.

LA BOLSA DE CHICOT.

Chicot pasó toda la noche soñando en su sillon, y decimos soñando, porque sueños mas que pensamientos fueron los que le ocuparon.

Volver á lo pasado, ver alumbrarse al fuego de una sala mirada toda una época casi borrada ya de la memoria, no es pensar. Chicot habitó durante toda la noche un mundo que ya se habia dejado muy atrás y poblado de sombras ilustres ó graciosas que la

mirada de la muger pálida, semejante á una lámpara fiel, le mostraba desfilando una á una delante de él con su acompañamiento de recuerdos dichosos y terribles.

Chicot, que tanto echaba de menos su sueño al volver del Louvre, no pensó siquiera en acostarse. Así es que cuando vino el alba á platear los cristales de su ventana, dijo:

—La hora de las fantasmas ha pasado; pensemos un poco en los vivos.

Diciendo así, se levantó, ciñóse su larga espada, echóse sobre los hombros un sobretodo de lana de color castaño, de un tegido impenetrable á los mas fuertes aguaceros, y con la estoica firmeza del sabio ecsaminó de una ojeada el fondo de su bolsa y las suelas de sus zapatos.

Estos parecieron á Chicot dignos de comenzar una campaña; aquella merecia una atencion particular.

Daremos, pues, punto por un momento á nuestra narracion, para tomarnos el tiempo suficiente de escribirla á nuestros lectores.

Chicot, hombre de ingeniosa imagina-

cion, como todos lo saben, habia horadado la viga maestra que atravesaba su casa de un estremo á otro, concurriendo así á la vez al adorno, pues estaba pintada de varios colores, y á la solidez, puesto que tenia diez y ocho pulgadas á lo menos de diámetro.

En esta viga, y mediante una concavidad de pié y medio de largo, sobre seis pulgadas de ancho, se habia arreglado una arca que contenia mil escudos de oro.

Hé aquí el cálculo que habia hecho Chicot:

—Yo gasto todos los dias, habia dicho, la vigésima parte de uno de estos escudos: luego tengo con que vivir por espacio de veinte mil dias. No los viviré seguramente; pero puedo llegar hasta la mitad, y despues, á medida de que envejezca, se aumentaran mis necesidades, y por consecuencia mis gastos, porque es necesario que el bienestar progrese en proporcion de la disminucion de la vida. Todo esto me dá veinte y cinco ó treinta años de buena vida, lo cual, á Dios gracias es bastante.

Gracias á este cálculo, Chicot se consideraba uno de los mas ricos censualistas de

la ciudad de Paris, y esta tranquilidad sobre su porvenir le inspiraba cierto orgullo, no porque Chicot fuese avaro, pues antes al contrario, habia sido por mucho tiempo pródigo, sino porque le horrorizaba la miseria y sabia que cae como una capa de plomo sobre los hombros, agoviando á los mas fuertes.

Asi que cuando abrió su caja para ajustar sus cuentas consigo mismo, esclamó con animosa resolucion.

—¡Diablo! el siglo es duro y los tiempos no son á propósito para la generosidad. Yo no debo gastar ceremonias con Enrique. Estos seis mil escudos de oro no proceden de él, sino de un tio que me habia prometido seis veces mas. Verdad es que este tio era camarero. Si fuese de noche todavia, iria á coger cien escudos del rey; pero es de dia y no tengo ya recurso sino en mí mismo....y en Gorenflot.

Esta idea de sacar dinero á Gorenflot le hizo sonreir.

—Gracioso sería, continuó, que maese Gorenflot, que me debe su fortuna, negase cien escudos á su amigo por el servicio del

rey, que le ha nombrado prior de los jacobinos.

—¡Ah! continuó meneando la cabeza: ya no es Gorenflot.

—Sí, pero Roberto Briquet es siempre Chicot.

—Pero esa carta del rey, esa famosa epístola destinada á incendiar la córte de Navarra, debia ir á buscarla antes del dia, y el dia ya ha venido. No importa, tendré ese espediente, y aun daré con él un golpe terrible á la cabeza de Gorenflot, si me pareciese demasiado dura para la persuacion.

—En marcha, pues.

Chicot volvió á acomodar y á ajustar la tabla que cerraba su escondite, la cubrió con la baldosa sobre que sembró el polvo suficiente para tapar su juntura, y dispuesto ya á partir, miró por última vez á aquella pequeña estancia donde por tantos dias habia estado impenetrable y guardado como lo está el corazon en el pecho.

En seguida dirigió una mirada á la casa de enfrente y dijo:

—En resumidas cuentas, esos diablos de Joyeuse podrán muy bien la noche que se

les ponga en la cabeza venir á pegar fuego á mi casa para atraer por un momento á su ventana á la dama invisible; pero ¡cáspita! si queman mi casa harán al mismo tiempo un riel de mis mil escudos. En verdad que obraria con prudencia si enterrase mi dinero. Pero ¡qué diantre! si los señores de Joyeuse tienen á bien quemar mi casa, el rey me la pagará.

Tranquilizado así Chicot, cerró su puerta y se llevó la llave; al salir para tomar, segun costumbre, la orilla del rio, dijo para sí:

—¡Eh, eh! ese Nicolás Poulain puede muy bien venir aquí, sospechar de mi ausencia y.... ¡pero que demonios! todos los pensamientos que se me ocurren hoy son los de un mandria. En marcha, en marcha.

Al cerrar Chicot la puerta de la calle, con no menos cuidado que habia cerrado la de su cuarto, vió asomado á la ventana al criado de la dama desconocida, que tomaba el fresco, creyendo sin duda que á semejantes horas no podria ser visto.

Este hombre, como ya hemos dicho, estaba completamente desfigurado por una be-

rida recibida en la sien izquierda, y que se estendia sobre parte de la mejilla. Además, unas de sus cejas, fuera de su sitio por la violencia del golpe, ocultaba casi enteramente el ojo izquierdo, undido en su órbita.

Cosa estraña! con aquella frente calva y su barba gris, tenia los ojos vivos y cierta frescura de juventud en la mejilla que le habia quedado sana.

Al ver á Roberto Briquet que bajaba el umbral de su puerta, se cubrió la cabeza con su capucha é hizo un movimiento para meterse dentro; pero Chicot le hizo una seña para que se quedara.

—Vecino, le gritó Chicot, la zambra de ayer me obliga á abandonar mi casa, y voy á pasar algunas semanas en mi alqueria; ¿quereis tomaros la molestia de echar de vez en cuando una mirada hácia este lado?

—Sí, señor, respondió el desconocido, con mucho gusto.

—Y si vieseis ladrones....

—Tengo un buen arcabuz, estad tranquilo.

—Gracias. Sin embargo, tengo todavia que pediros un favor.

—Pedid lo que querais.

Chicot pareció medir con la vista la distancia de su interlocutor.

—Es muy delicado gritaros desde tan léjos, vecino, dijo:

—Entonces voy á bajar, replico el desconocido.

En efecto, Chicot le vió desaparecer, y como durante esta desaparicion no se habia aproximado á la casa, oyó acercarse sus pasos; en seguida se abrió la puerta y se encontraron los dos frente á frente.

Esta vez el criado tenia completamente cubierta su cara con su capucha, y para disimular ó escusar esta misteriosa precaucion, dijo:

—¡Que frio hace!

—Un frio que biela, replicó Chicot aparentando no mirar á su interlocutor para dejarle con mas libertad.

—Os escucho, señor.

—¿Sabeis que me marcho? dijo Chicot.

—Ya me habeis hecho el honor de decirmelo.

—Me acuerdo muy bien de ello, pero al marcharme dejo dinero en mi casa.

—Haceis muy mal, señor; debiais llevároslo.

—No por cierto: el hombre es mas pesado y menos resuelto cuando trata de salvar su bolsa al mismo tiempo que su vida. Dejo, pues, aquí el dinero, pero muy bien oculto, y tanto, que solo temo la contigencia de un incendio. Si tal cosa me aconteciese; os suplico que como vecino que sois vigileis la combustion de cierta viga gruesa cuyo estremo vereis á la derecha esculpido en forma de gargola; vigilad os digo y buscad las cenizas.

—En verdad, señor, dijo el desconocido con un descontento visible, que me poneis en un grave compromiso, y creo que seria mejor que hicieras semejante confianza á un amigo, que á un hombre que no conoceis ni podeis conocer.

Al pronunciar estas palabras, su ojo perspicaz consultaba el almivarado gesto de Chicot.

—Verdad es, respondió este, que no os conozco; pero yo soy muy confiado respecto de fisonomias, y me parece que la vuestra es la de un hombre honrado.

—Reflexionad, sin embargo, señor, cuán grande responsabilidad echais sobre mí. ¿No puede suceder tambien que toda esa música fastidie á mi ama como os ha fastidiado á vos mismo, y que entonces nos mudemos de casa?

—En ese caso, respondió Chicot, todo está dicho, y no sereis vos á quien eche la culpa.

—Gracias por la confianza conque honrais á un desconocido, dijo el criado haciendo una reverencia; procuraré hacerme digno de ella.

Y saludando á Chicot se retiró á su casa.

Chicot por su parte correspondió afectuosamente á su saludo, y despues de verle cerrar la puerta, dijo á media voz:

—Pobre jóven; ese si que es una verdadera fantasma; y á pesar de todo, le he visto tan alegre, tan lleno de animacion y vida, tan hermoso!

CAPITULO V.

EL PRIORATO DE LOS JACOBINOS.

El priorato que el rey habia otorgado á Gorenflot para recompensar sus leales servicios, y sobre todo su brillante facundia, estaba situado casi á dos tiros de mosquete de la puerta de San Antonio.

El barrio de la puerta de San Antonio era á la sazon frecuentado por gente noble, pues el rey hacia numerosas visitas al castillo de Vicennes, que en esta época todavia se llamaba el *bosque de Vincennes*.

Las diferentes posesiones de algunos señores principales que se veian á uno y otro lado del camino del castillo venian á ser como una dependencia de este con sus hermosos patios y magníficos jardines, verificándose en ellas no pocas reuniones, pues, á pesar de la mania dominante en aquellos tiempos entre los mas insignificantes aldeanos de ocuparse de los asuntos del estado, podemos asegurar que la política no tenia lugar en aquellos sitios.

De estas idas y venidas de la córte, resultaba que, guardando la debida proporcion, aquel camino obtenia la misma importancia que hoy disfrutan los Campos Elíseos.

Es preciso convenir en que era aquella una soberbia posicion para el priorato, que se elevaba arrogantemente á la derecha del camino de Vicennes.

Este priorato se componia de un cuadrilátero de edificios que encerraban en su recinto un gran patio cubierto de árboles, una huerta á espaldas de los edificios y un sin número de habitaciones que daban á este priorato el aspecto de un pueblo.

Doscientos religiosos jacobinos ocupaban los dormitorios situados al fondo del patio en la parte paralela al camino.

Cuatro espaciosas ventanas colocadas en la fachada con un solo balcon de hierro que las abarcaba, proporcionaban á las habitaciones del priorato aire, luz y animacion.

Semejante á una plaza que teme ser sitiada, el priorato comprendia en su territorio cuanto recursos le eran indispensables en sus posesiones tributarias de Charonne, de Monrteuil y de Saint-Mandé. Sus pastos servian de alimento á un rebaño que era de 50 bueyes y de 99 carneros, pues las órdenes religiosas, ya sea por tradicion, ya por ley de su instituto, no podian poseer nada por cientos.

Un departamento especial daba abrigo tambien á 99 cerdos de una especie particular, los cuales eran cuidados con elmayor cariño y hasta con amor propio por un tocinero elegido por el mismo don Modesto.

En pago de tan honorifica eleccion, estaba obligado el tocinero á proveer al priorato de aquellas ricas salchichas, orejas re-

llenas y morcillas de cebolla que en otro tiempo hacia para la posada del *Cuerno de la abundancia*.

Agradecido D. Modesto por los buenos platos que habia comido en casa de maese Bonhomnet, pagaba de este modo las deudas del hermano Gorenflot.

Inútil parece hablar de la repostería y de la bodega: los árboles frutales del priorato, plantados en la parte de Levante y Mediodia, daban en abundancia abridores, albaricoques y escelentes uvas, siendo por otra parte el que confeccionaba las conservas y otros platos de dulce un cierto hermano Eusebio, autor del celebre peñasco de confitura que el hotel de Ville de Paris ofreció á las dos reinas en el último banquete de etiqueta.

En cuanto á la bodega, habiala montado Gorenflot poniendo en contribucion á todas las de Borgoña, porque conservaba aquella predileccion propia de todos los bebedores, que pretenden generalmente que solo el vino de Borgoña es digno de llamarse verdadero vino.

En este priorato, pues, paraiso de los

perezosos y de los glotones, en aquella suntuosa habitacion del primer piso, cuyo balcon daba al camino real, es donde volvemos á encontrar á Gorenflot, en cuyo rostro se observa, ademas de una abultada sobre barba, esa especie de venerable gravedad que el continuo reposo y la comodidad proporciona á las mas vulgares fisonomías.

Gorenflot, con su ropon blanco como la nieve y el cuello negro que abriga sus anchas espaldas, aunque ostenta mas magestad, parece que no se halla tan desembarazado como con el hábito gris de simple monje.

Su mano, parecida en lo crasa á la de un carnero, descansa sobre un libro en cuarto cubriéndolo completamente; sus dos diformes pies se apoyan en un almohadon, y sus brazos no son suficientemente largos para abarcar su enorme vientre.

Eran las siete y media de la mañana. El prior se habia levantado el último, valiéndose del privilegio de su regla que concede al gefe una hora mas de sueño que á los demas monjes; mas sin embargo, para

el continuaba aun la noche, muellemente recostado como estaba en una cómoda poltrona, blanda como la pluma.

El mueblaje de la habitacion donde reposa el digno abad es en verdad mas profano que propio de un religioso: una mesa de torneados pies cubierta de un rico tapete, cuadros de religion galante, mezcla singular de amor y de devocion que solo en aquella época se deja conocer, magníficos jarrones propios de iglesia y de salon en los aparadores, soberbias cortinas de brocado de Venecia en las ventanas, cortinas, que á pesar de su antigüedad ostentaban mas riqueza que si fuera de las telas mas modernas y mas caras; hé aqui el pormenor de los ricos muebles de que era poseedor D. Modesto Gorenflot, por la gracia de Dios, del rey y principalmente de Cchicot.

Dormia, pues, el prior recostado en su sillon mientras llegaba el dia á hacerle su diaria visita y á acariciar con sus argentados resplandores las purpurinas y nacaradas facciones de su rostro.

Abrióse poco á poco la puerta de la ba

bitacion, dando entrada á dos monjes sin que el prior se despertase por esto.

El uno de ellos parecia de treinta á treinta y cinco años: era pálido y flaco y estaba ligeramente encorvado bajo su hábito de Jacobino: llevaba la cabeza erguida: su mirada, que sus ojos de halcon lanzaban como una centella, dominaba sin hablar una sola palabra; mas sin embargo, esta mirada se templaba por medio de dos largos y blancos párpados, que hacian resaltar al inclinarse el ancho circulo oscuro que rodeaba sus ojos.

Pero cuando por el contrario su pupila negra brillaba entre sus espesas cejas y la honda concavidad de su órbita, se asemejaba al resplandor del rayo lanzado con horrisono fragor del seno de la cargada nube que se rasga para despedirle.

Llamábase este jóven el hermano Borromeo, y desempeñaba hacía tres semanas el cargo de tesorero del convento.

El otro era un jóven de 17 á 18 años, de negros y vivos ojos, de fisonomia atrevida, de barba pronunciada, de corta estatura pero agraciada, el cual, habiéndose al-

zado sus anchas mangas, enseñaba con cierto orgullo dos robustos brazos, prontos á ponerse en movimiento.

—El prior duerme todavía, hermano Borromeo, dijo el mas jóven de los dos monjes al otro: ¿le despertaremos?

—Guardémonos bien de semejante cosa, hermano Santiago, repuso el tesorero.

—A la verdad que es una lástima que tengamos un prior tan dormilon, añadió el hermano mas jóven, pues nos priva de probar las armas esta misma mañana. ¡No habeis reparado que soberbias corazas y que magníficos arcabuces!

—Hermano mio, silencio no os oigan.

—¡Qué lastima! replicó el mongecillo dando con el pié un golpe en el suelo, cuyo ruido desvaneció la mullida alfombra; ¡qué lástima! ¡Y hace un dia tan bueno, está tan seco el patio!... ¡Oh! ¡qué magnífico ejercicio haríamos, hermano tesorero!

—Es preciso tener paciencia, hermano mio, dijo el hermano Borromeo con fingida sumision que desmentia el fuego de su mirada.

—¿Pero por qué no dais vos la órden

de distribuir las armas? repuso vivamente Santiago volviendo á levantar sus mangas ya caidas.

—¿Yo mandar?

—Sí, vos.

—Yo no mando nada, bien lo sabeis, hermano mio, añadió Borromeo con compasion; ¿no estais viendo ahí al que manda en esta casa?

—¿Quién? ¿Ese que duerme.... ahí en esa poltrona.... cuando todos velan? esclamó Santiago con un tono menos respetuoso que impaciente. ¿Y ese es el que manda?

Una mirada de orgullosa inteligencia parece penetrar hasta lo mas recóndito del corazon del hermano Borromeo.

—Respetemos su rango y su reposo, dijo este adelantándose al centro del cuarto, pero con tan mala suerte, que dejó caer al suelo un taburete.

Aunque la alfombra amortiguó algun tanto el ruido del taburete, como sucedió con la patada que dió el hermano Santiago, D. Modesto, al sentirlo, dió un brinco y se despertó.

¿Quién vá? esclamó con voz sobresaltada, como un centinela que se ha quedado dormido.

—Señor prior, dijo el hermano Borromeo, dispensadnos si hemos podido interrumpir vuestra piadosa meditacion; pero he venido á tomar vuestras órdenes.

—¡Ah! buenos dias, hermano Borromeo, repuso Gorenflot inclinando ligeramente la cabeza.

En seguida, y despues de un momento de reflexion, durante el cual, á no dudarlo, estubo coordinando todos los órganos de su memoria.

—¿Qué órdenes? preguntó guiñando tres ó cuatro veces los ojos.

—Acerca de las armas y armaduras.

—¿Acerca de las armas y armaduras? dijo Gorenflot.

—Sin duda. Vuestra señoría ha dado órden de que se traigan armas y armaduras.

—¿Y á quién he dado esa órden?

—A mí.

—¿A vos? ¿Os he mandado á vos traer armas?

—Seguramente, señor prior, contestó

Borromeo con voz firme y segura.

—¿Yo? volvió á decir D. Modesto completamente admirado.—¿Yo? ¿Y cuando ha sido eso?

—Hace ocho dias.

—¡Ah! Pues si hace ocho dias.... ¿Pero para qué son esas armas?

—Me dijisteis, señor, y voy á repetir vuestras mismas palabras, me dijisteis: "Hermano Borromeo, seria bueno que nos hiciésemos con armas para armar á nuestros monges y á nuestros hermanos: los egercicios gimnásticos contribuyen á desarrollar las fuerzas corporales, asi como las piadosas contribuyen á desarrollar las del espiritu."

—¿Yo he dicho eso? repuso Gorenflot.

—Si, reverendo padre, y yo, hermano obediente aunque indigno, me he apresurado á cumplir vuestras órdenes, y me he procurado armas de guerra.

—¡Cosa mas rara! murmuró Gorenflot: no me acuerdo de nada de eso.

—Y aun añadisteis, reverendo prior, este testo latino: *Militat espíritu, militat gladio.*

—¡Oh! esclamó D. Modesto abriendo des-

mesuradamente los ojos, ¿y añadí este testo tambien?

—Mi memoria no me es infiel, reverendo prior, repuso Borromeo bajando con modestia sus grandes párpados.

—Pues si lo he dicho, dijo Gorenflot moviendo lentamente la cabeza de arriba abajo, mis razones habré tenido para decirlo, hermano Borromeo. A la verdad, mi opinion siempre ha sida la misma; que es muy conveniente ejercitar el cuerpo.... ademas de que cuando yo era simple monge tambien combatia ya con la palabra, ya con la espada.— *Militat spíritu*.... Bueno, bueno, hermano Borromeo, sin duda esto ha sido una inspiracion del Señor.

—Voy, pues, á acabar de poner en ejecucion vuestras órdenes, reverendo prior, dijo Borromeo dirigiéndose á la puerta con el hermano Santiago, el cual, loco de contento, le estaba tirando del hábito.

—Marchad, añadió majestuosamente Gorenflot.

—Señor prior, volvió á decir Borromeo entrando por segunda vez en el cuarto, me se olvidaba....

—¿Qué?

—Un amigo de vuestra señoría preguntó por vos en el locutorio.

—¿Cómo se llama?

—El Sr. Roberto Briquet.

—Pero el Sr. Roberto Briquet, repuso Gorenflot, no es un amigo mio, hermano Borromeo, solo es un simple conocido.

---Entonces no le recibirá vuestra señoría.

--Si, sí, dijo con negligencia Gorenflot: este hombre me entretiene: decidle que suba.

El hermano Borromeo saludó por segunda vez y salió. Por lo que hace al hermano Santiago, en un solo brinco se plantó desde la habitacion del prior á la en que se custodiaban las armas.

Cinco minutos despues abrióse la puerta y Chicot apareció en el umbral.

CAPITULO VI.

LOS DOS AMIGOS.

Don Modesto no abandonó la postura devotamente inclinada que habia tomado.

Chicot atravesó la estancia para acercarse á él:

El prior se contentó con ladear negligentemente la cabeza, para indicar al recien llegado que le veia.

Chicot no aparentó estrañar ni un solo instante la indiferencia del prior, y continuó adelantándose, hasta que, encontrán-

dose á una distancia respetuosamente estudiada, le saludó:

—Buenos dias, señor prior.

—¡Ah! ¿estais ahí? repuso Gorenflot: ¿parece que resucitais?

—¿Acaso me habreis creido muerto, señor prior?

---¡Diantre! como no se os veia.

---Tenia que hacer.

---¡Ya!

Sabia Chicot que Gorenflot era avaro de palabras, á menos de no estar animado por dos ó tres botellas del rancio Borgoña. Y como, segun todas las probabilidades, y en atencion á ser hora muy temprana, Gorenflot estaba aun en ayunas, tomó un buen sillon y se instaló silenciosamente junto á la chimenea, estendiendo los pies sobre los morrillos y rescostándose sobre el muelle de espaldas.

---¿Vais á desayunaros conmigo, señor Briquet? preguntó D. Modesto.

---Quizás, señor prior.

---Es preciso que no os piqueis, señor Briquet, si me fuese imposible acompañaros todo el tiempo que quisiese.

---¿Y quién diablos os pide semejante cosa, señor prior. ¡Ira de Dios! Ni aun siquiera os pedia de almorzar, y vos me habeis invitado.

---Seguramente que os he invitado, señor Briquet, repuso D. Modesto con cierta inquietud que justificaba el firme tono de Chicot; es indudable que os he ofrecido almuerzo, pero....

---¿Pero era en la creencia de que no iba á aceptar?

---¡Oh no! ¿Acaso acostumbro á usar cumplimientos? decidme Sr. Briquet:

—Hombres de vuestra superioridad, señor prior, respondió Chicot con una de esas sonrisas irónicas que le eran peculiares, adquieren las costumbres que gustan.

D. Modesto miró á Chicot guiñando los ojos, porque le era imposible adivinar si se burlaba ó hablaba con seriedad.

Chicot se habia puesto en pié.

---¿Por qué os levantais, señor Briquet?

---Porque me voy.

---¿Y por qué os vais, habiendo dicho que almorzariais conmigo?

---En primer lugar, yo no he dicho que

almorzaria en vuestra compañía.

---Perdonad, os he invitado....

---Y he respondido: quizás. Quizás, no es decir que sí.

---¿Os enfadais?

Chicot se echó á reir.

---¿Enfadarme yo? dijo ¿y porqué? Porque sois impudente, ignorante, grosero? ¡Ay, querido prior! Os conozco hace bastante tiempo para enfadarme por vuestras pequeñas imperfecciones.

Anonadado Gorenflot por esta ingenua salida de su huesped, se quedó con la boca abierta y los brazos estendidos.

---Adios, señor prior, continuó Chicot.

---¡Oh! no os vayais.

---No puedo retardar mi viaje.

---¿Estais de viaje?

---Tengo una mision.

---¿De quién?

---Del rey.

Gorenflot se veia mas perdido.

---¡Una comision del rey. Pues qué, ¿le habeis vuelto á ver?

---Es claro que sí.

---¿Y cómo os ha recibido?

---Con entusiasmo: á pesar de ser todo un rey, tiene sin embargo, *memoria*, ¿lo entendeis?

---¡Una comision del rey, balbuceó Gorenflot, y yo impudente, ignorante y grosero!

Y el corazon se le iba apretando y encogiendo, cual sucede con una pelota de viento que, vá perdiendo el aire picándola con agujas.

---Adios, repitió Chicot.

Gorenflot se levantó del sillon y detuvo al fugitivo, que, preciso es confesarlo, no opuso gran resistencia.

---Vamos, espliquémonos, dijo el prior.

---¿Sobre qué?

---Acerca de vuestra susceptibilidad de hoy.

---Hoy estoy como siempre.

---No.

---Siendo el reflejo de las gentes en cuya compañía me hallo, y al son que me tocan bailo.

---No.

---Si os reis, no; si refunfuñais, me pongo sério.

---No, no, no.

---Si, si, si.

---Pues bien, confieso que estaba preocupado.

---¿De veras?

---¿No quereis ser induljente con un hombre entregado á los trabajos mas duros? ¿Acaso puedo tener cabeza para tanto, estando al frente de este priorato que equivale á un gobierno de provincia? Reflexionad, pues, que tengo á mis órdenes doscientos hombres, que soy á la voz ecónomo, arquitecto, intendente, y todo eso sin contar con el desempeño de mis funciones espirituales.

---¡Oh! es en efecto demasiado para un indigno siervo de Dios.

---¡Hola! ¿os venis ahora con ironias, señor Briquet? ¿Habeis perdido vuestra caridad cristiana?

---¿Pues acaso la tenia?

---Creo tambien que hay parte de envidia en vuestro proceder. ¡Cuidado! la envidia es un pecado capital.

---¿Envidia en mi comportamiento? Y decidme ¿qué puedo yo envidiar?

---¡Hum! sin duda os decis: "el prior D. Modesto Gorenflot vá subiendo progresiva-

mente: está en linea ascendente.

---Al paso que yo estoy en la descendente, ¿no es eso? dijo ironicamente Chicot.

---La culpa estriba en vuestra falsa posicion , señor Briquet.

---Señor prior, acordaos del testo del evangelio.

---El que se eleve será humillado, el que se humille será ensalzado.

---¡Puf! Quiá.

---¡Calla! hé aquí á un prior que pone en duda los santos testos: ¡hereje! esclamó Chicot juntando las manos.

---¡Hereje! replicó Gorenflot; los herejes son los hugonotes.

---Entonces sereis cismático.

---Pero en fin, ¿que quereis decir, señor Briquet? Porque en verdad me estais volviendo el juicio.

---Nada mas sino que voy á emprender un viaje y que venia á despedirme. Conque ¡bur, señor D. Modesto.

---No me dejareis asi.

---¡Pardiez! ¿Y porqué no?

---¿Vos?

---Si, yo mismo.

---¿Un amigo?

---En la grandeza no se tienen amigos.

---¿Pero y vos, Chicot?

---Yo no soy Chicot: acabais de reprochármelo ahora mismo.

---¿Yo, cuando?

---Cuando habeis hablado de mi falsa posicion.

---¡Reprocharos! Vaya una palabra que usais hoy.

---Y el prior inclinó la cabeza, quedando confundidos en uno solo los tres pliegues de su sobrebarba bajo su pescuezo de toro.

Chicot le observaba á hurtadillas y vió que se ponia pálido.

---Adios, le dijo, y no me guardeis rencor por las verdades qne os he dicho.

Al mismo tiempo hizo un movimiento para alejarse.

---Decidme cuanto querais, Sr. Chicot, replicó D. Modesto, pero no me mireis de ese modo.

---¡Ah! ¡Ah! Es algo tarde.

---Nunca es tarde, y nadie emprende la marcha sin alimentarse, porque no es saluda-

ble, segun os lo he oido veinte veces; por consiguiente, almorcemos.

Chicot estaba resuelto á recobrar de una sola vez todas sus ventajas, y asi le contestó:

---No, á fé mia, pues aquí se come muy mal.

Gorenflot habia sufrido con algun valor las anteriores embestidas; pero la última le desconcertó enteramente.

---¿Conque se come mal aquí? preguntó fuera de si.

---Asi me parece al menos, dijo Chicot.

---¿Habeis tenido que quejaros de vuestra última comida en el priorato?

---¡Puf! aun conservo en el paladar ese maldito sabor.

---¡Habeis dicho ¡Puf! esclamó Gorenflot alzando las manos al cielo,

—Sí por cierto, he dicho ¡puf! respondió Chicot resueltamente.

—Pero ¿porque? Esplicaos.

—Porque las chuletas de cerdo estaban enteramente quemadas.

—¡Oh!

—Porque las orejas rellenas no crujian entre los dientes.

—¡Oh!

—Porque el capon con arroz no tenia sustancia.

—¡Justo cielo!

—Porque la pepitoria tenia mucha grasa.

—¡Misericordia!

—Veiase en el caldo sobrenadar una especie de aceite que todavia me revuelve el estómago.

—¡Chicot! ¡Chicot! suspiró D. Modesto, como Cesar cuando al espirar decia á su asesino ¡Bruto! ¡Bruto!

—Por otra parte tampoco podeis estar conmigo mucho tiempo.

—¿Yo?

—Me habeis dicho que estabais ocupado. ¿Es cierto ó no? Lo único que os faltaba era ser embustero.

—Es que puedo dejar para otra hora esa ocupacion, supuesto que solo se trata de recibir una que viene á pedir.

—Pues bien, recibidla.

—No, no, mi querido Sr. Chicot, y eso que me ha enviado cien botellas de vino de Sicilia.

—¿Cien botellas de vino de Sicilia?

—A pesar de todo, no quiero recibirla,

aun cuando probablemente es una gran señora, porque no quiero recibir hoy mas que á mi querido Sr. Chicot. Esa dama quiere ser mi penitente, pero si lo exigis, le negaré mis auxilios espirituales aconsejándola que busque otro director.

—¿Sois capaz de hacer eso?

—Si, por almorzar en vuestra compañia, mi querido Sr. Chicot, para reparar los agravios que os he hecho.

—Esos agravios provienen de vuestro estúpido orgullo, D. Modesto.

—Me humillaré, amigo mio.

—De vuestra insolente pereza.

—Chicot, Chicot, desde mañana voy á mortificarme enseñando el ejercicio á mis religiosos.

—¿El ejercicio á los frailes? preguntó Chicot asombrado; ¿y que ejercicio, el del tenedor?

—No, el de las armas.

—¿El ejercicio de armas?

—Si, á pesar de que es bien cansado el dar las voces de mando.

—¿Vos mandando el ejercicio á domicos?

—Al menos trataré de mandarlo.

—¿Desde mañana?

—Desde hoy si lo exigis.

—¿Y de quien ha salido la idea de mandar hacer el ejercicio á los frailes?

—De mi caletre, segun parece, contestó Gorenflot.

—¿Vos? imposible.

—Sí tal, yo he dado la órden al hermano Borromeo.

—¿Y quién diablos es ese hermano Borromeo.

—¡Ay, es verdad que no lo conoceis!

—¿Quién es?

—El tesorero.

—¡So picaro! ¿Y quién te autoriza para tener un tesorero que no conozco?

—Ha venido despues de vuestra última visita.

—¿Y de donde?

—Me lo ha recomendado el Cardenal de Guisa.

—¿En persona?

—No, mi querido Chicot, por medio de una carta.

—¿Será por ventura esa figura de milano

que he encontrado abajo?

—El mismo.

—¿El que me ha anunciado?

—Si.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Y qué méritos tiene el tal tesorero para que el Cardenal de Guisa te lo haya recomendado tanto?

—Es mas aritmético que Pitágoras.

—¿Y con él habeis acordado los ejercicios de armas.

—Si, amigo mio,

—Es decir, que él es quien os ha propuesto armar á los frailes ¿no es eso?

—No, no, querido Chicot, la idea es mia, enteramente mia.

—¿Pero con que objeto?

—Con el objeto de armarlos.

—Nada de orgullo, pecador endurecido; el orgullo es un pecado capital; semejante idea no es vuestra.

—Mia ó suya: no sé precisamente si se le ocurrió á él ó á mi. Pero no, ahora lo recuerdo, fué á mi, porque hasta creo que con ese motivo pronunciè un testo latino muy oportuno y brillante.

Chicot se acercó al prior, y le dijo:

—¿Un testo latino, vos, mi querido prior? ¿Y os acordais de él.

— *Miliat spiritu.*

—*Militat, spiritu militat gladio.*

—Eso, eso precisamente, esclamó D. Modesto con entusiasmo,

—Vaya, vaya; es imposible disculparse con mas acierto que vos, D. Modesto; os perdono.

— Ho! balbuceó Gorenflot enternecido.

—Sois siempre mi amigo, mi verdadero amigo.

Gorenflot se enjugó una lágrima.

—Pero almorcemos, y seré indulgente para el desayuno.

—Esperad, repuso Gorenflot entusiasmado: voy á decir al hermano cocinero que si no os trata como á cuerpo de rey le meto en el calabozo.

—Haced lo que os guste, sois el amo, mi querido prior.

—Y vaciarémos algunas botellas de la penitente.

—Os auxiliaré con mis luces, amigo mio.

—Permitidme abrazaros, Chicot.

—Si, pero no me estranguleis, y hablarémos.

CAPITULO VII.

LOS CONVIDADOS.

GORENFLOT no tardó en dar sus órdenes. Si el digno prior estaba bien sobre la línea ascendente, como decia, era sobre todo en lo que concernia á los pormenores de una comida y á los progresos de la ciencia culinaria.

Don Modesto mandó decir al hermano Eusebio que compareciese, no delante de su jefe, sino de su juez. Por lo demás, en el modo con que habia sido requerido, adi-

vinó que el reverendo prior le llamaba para alguna cosa estraordinaria respecto de él.

—Hermano Eusebio, dijo Gorenflot con voz severa, escuchad lo que vá á deciros M. Roberto Briquet, mi amigo. Segun parece, os abandonais demasiado, pues he oido hablar de incorrecciones graves en vuestra última pepitoria. Cuidado, hermano Eusebio, cuidado os digo, porque un solo paso dado en el mal camino arrastra todo el cuerpo.

El fraile se puso colorado y pálido alternativamente, y balbuceó una escusa que no fué admitida.

—Basta, dijo Gorenflot.

El hermano Eusebio calló.

—¿Qué teneis hoy para almozar? preguntó el reverendo prior.

—Huevos revueltos con cresta de gallo.

—¿Y qué mas?

—Setas rellenas.

—¿Y qué mas?

—Cangrejos cocidos con vino de Madera.

—Todo eso no vale nada; decid algo que se pegue á los riñones.

—Tendrè un jamon con alfónsigos.

—¡Puf! dijo Chicot.

=Perdonad, interrumpió tímidamente el hermano Eusebio; está cocido con vino de Jerez seco; lo he mechado con ternera frita en aceite de Aix, lo que hace que con el tocino de la ternera se coma el magro del jamon, y con el tocino del jamon el magro de la ternera.

Gorenflot dirigió á Chicot una mirada acompañada de un gesto de aprobacion.

—Bien. ¿No es eso, dijo, señor Roberto?

Chicot hizo un gesto de semi-satisfaccion.

—¿Y qué mas teneis? preguntó Gorenflot.

—Se puede componeros una anguila en un minuto.

—Nada de anguilas, dijo Chicot.

—Creo, señor Briquet, replicó el hermano Eusebio cobrando ánimo poco á poco, creo que podeis probar mis anguilas sin que tengais por que arrepentiros.

—¿Qué tienen de raro vuestras anguilas?

—Las crio de una manera particular.

—¡Oh! ¡oh!

—Sí, añadió Gorenflot, parece que los romanos ó los griegos, no recuerdo bien, en fin, un pueblo de Italia, criaban las lampreas como hace Eusebio. El ha leido eso

en un autor antiguo llamado Suetonio, el cual ha escrito sobre la cocina.

—¡Como, hermano Eusebio! esclamó Chicot, ¿dais á comer hombres á vuestras anguilas?

—No, señor, pico muy menudos los intestinos y los higados de las perdices y de los conejos, añado un poco de carne de puerco, hago de todo esto una especie de carne de salchicha que arrojo á mis anguilas, las cuales en el agua dulce, y renovada sobre arena fina, engordan en un mes, y al engordar se alargan considerablemente. La que ofreceré hoy al señor prior, por ejemplo, pesa nueve libras cumplidas.

—Entonces es una serpiente, dijo Chicot admirado.

—De un bocado se tragaba un pollo de seis dias.

—¿Y cómo la habeis compuesto? preguntó Chicot.

—Si, ¿cómo la habeis compuesto? repitió el prior.

—Despues de despojarla de su piel, la he asado con manteca: en seguida la he dado varias vueltas sobre pan rallado, y hecha

esta operacion la he vuelto à colocar sobre las parrillas durante diez segundos, despues de lo cual, tendré el honor de servirósla bañada en una salsa condimentada con pimenton y ajos.

---¿Y la salsa?

—Sí, la salsa ¿cómo la haceis?

---Es una simple salsa de aceite de Aix batida con limon y mostaza.

---Muy bien, dijo Chicot.

El hermano Eusebio respiró.

---Ahora faltan las confituras, observó juiciosamente Gorenflot.

---Inventaré algun plato que agrade al señor prior.

---Està bien, me pongo en tus manos, dijo Gorenflot; mostraos digno de mi confianza.

Eusebio saludó y preguntó.

---¿Puedo retirame?

El prior consultó con Chicot.

---Que se retire, dijo Chicot.

---Retiraos y enviadme al hermano despensero.

Eusebio saludó y salió,

El hermano despensero sucedió al herma-

no Eusebio, y recibió órdenes no menos precisas y detalladas.

Diez minutos despues se veia á los dos convidados delante de una mesa cubierta de un mantel fino de hilo, sepultados en dos anchos sillones, enfrente uno de otro, trinchante y cuchillo en mano como dos duelistas.

La mesa, aunque suficientemente grande para seis personas, estaba, sin embargo, llena, pues tan grande era el número de botellas de todos tamaños y formas que el despensero habia acumulado en ella.

Eusebio, fiel al programa, acababa de enviar los huevos revueltos, las setas y los cangrejos que perfumaban el aire con un suave vapor de criadillas de tierra y de manteca fresca, como la crema de tomillo y el vino de Madera.

Chicot dió el ataque como ambriento: el prior, por el contrario, como hombre que desconfia de sí, de su cocinero y de su convidado; empero pasados algunos minutos, Gorenflot era el que devoraba, mientras Chicot estaba de simple observador.

Comenzaron por el vino de Rhin, des-

pues pasaron al de Borgoña de 1550, hicieron una escursion á una ermita de ignorada fecha, probaron el Saint-Perey, y por último, arremetieron al vino de la penitente.

---¿Qué os parece? preguntó Gorenflot despues de haberlo paladeado tres veces sin atreverse á dar su fallo.

---Lijerillo, contestó Chicot; ¿y cómo se llama vuestra penitente?

---No la conozco.

---¡Bah! ¿no sabeis su nombre?

---No, á fé mia: nos tratamos por medio de embajador.

Chicot hizo una pausa, durante la cual cerró dulcemente los ojos como para saborear un trago de vino que retenia en la boca, pero en verdad para reflexionar.

---¿Segun eso, dijo al cabo de cinco minutos, tengo el honor de comer en frente de un general de ejército.

---¡Oh! ¡Dios mio! Si.

---¡Cómo! ¿suspirais para decir eso?

---¡Es un cargo muy penoso!

---Si, pero honroso y brillante.

---¡Magnífico! solo que ya no tengo si-

lencio en los oficios....y antes de ayer me he visto obligado á suprimir un plato en la cena.

---¡Suprimir un plato!...¿y por qué?

---Porque muchos de mis mejores soldados, deben confesarlo, han tenido la audacia de hallar insuficiente el plato de arrope de Borgoña, que es el tercero que se dá los viernes.

---¿Veis eso? ¡insuficiente!...¿y qué razon alegan para probar esa insuficiencia?

---Decian que se quedaban con hambre y reclamaban alguna carne magra, como cerceta, tortuga, y algun pescado delicado. ¿Comprendeis á esos devoradores?

---¡Diablo! Si esos frailes hacen ejercicios escesivos no es estraño que tengan hambre.

---Y si no, ¿donde estaria el mérito? dijo el hermano Modesto: comer y trabajar bien es lo que puede hacer todo el mundo.

—¡Qué diablo! es preciso saber ofrecer sus privaciones al señor, continuó el digno abad apilando un trozo de jamon y de ternera sobre un bocado ya respetable de gelatina, de que el hermano Eusebio no habia hablado, por ser el manjar demasiado simple, no

para ser servido, si no para figurar en la lista.

---Bebed, Modesto, bebed, dijo Chicot: vais á atragantaros, mi querido amigo, os poneis de color carmesi.

---Es de indignacion, replicó el prior vaciando su vaso que contenia pinta.

Chicot le dejó beber, y cuando dejó el vaso sobre la mesa, dijo:

---Vamos, acabad vuestra historia, pues bajo mi palabra de honor, me interesa vivamente. ¿Conque les habeis retirado un plato porque no comian bastante?

---Justamente.

---Es ingenioso.

---Si; pero el castigo ha hecho un efecto de todos los diablos. Creí que iban á sublevarse. ¡Qué modo de centellear sus ojos y rechinar sus dientes!

---Si tienen hambre, ¡voto á Cribas! dijo Chicot, ¿hay cosa mas natural?

---¿Teniau hambre, no es verdad?

---Sin duda.

---¿Lo creeis asi?

---Estoy seguro de ello.

---Pues bien, esa noche de que os hablo

observé un hecho muy raro y que recomendaré al análisis de la ciencia; así pues, llamé al hermano Borromeo y le dí mis instrucciones respecto á esa privacion de un plato, á la cual añadí, vista la rebelion, privacion de vino.

---¿Y qué?

---Que para coronar la obra, mandé un nuevo ejercicio, queriendo derribar la hidra de la rebelion: los salmos dicen; escuchad esto: *Gabis periabis diagonem* ¡eh! ¿no conoceis esto, no?

---*Proculcabis draconem*, dijo Chicot sirviendo vino al prior,

---*Draconem*, eso es, bravo; á propósito de dragon, comed de esta anguila; se lleva la boca, es magnífica.

---Gracias, ya no puedo respirar; pero contad, contad.

---¿Qué?

---Vuestro hecho raro.

---¿Cual? No me acuerdo.

---El que quereis recomendar á los sabios.

—¡Ah! sí, es verdad, muy bien.

—Escucho.

—Prescribí, pues, un nuevo ejercicio pa-

ra la noche; esperaba ver á mis pícaros estenuados, macilentos, y habia preparado un sermon bastante bueno sobre este testo: *El que come mi pan.*

—Pan seco, dijo Chicot.

—Precisamente, pan seco, esclamó Gorenflot, dilatando con una carcajada ciclopea sus robustas quijadas. Reíame de antemano á mis solas considerando lo bien que iba á jugar el vocablo, cuando me encuentro en medio del patio en presencia de una tropa de gallardos mozos, animados, nerviosos, brincadores como langostas, y esta es la ilusion sobre la cual quiero consultar á los sabios.

—Veamos la ilusion.

—Y oliendo á vino á una legua.

—¿A vino? ¿luego el hermano Borromeo os habia hecho traicion?

—¡Oh! estoy seguro de Borromeo, esclamó Gorenflot, porque es la obediencia pasiva en persona; si le dijera que se quemára á fuego lento, iria sin vacilar á buscar las parrillas y quemaria la leña.

—Lo que es ser mal fisonomista, dijo Chicot rascándose la nariz: á mi no me hace ese efecto.

—No digo que no; pero yo conozco á mi Borromeo como te conozco á tí mi querido Chicot, dijo D. Modesto, que se hacia tierno y almivarado cuando se emborrachaba.

—¿Y dices qne olian á vino?

—¿Borromeo?

—No, tus frailes.

—Como toneles, sin contar que estaban colorados como cangrejos, y así se lo hice observar á Borromeo.

—Bravo.

—Es que no me duermo yo sobre las pajas.

—¿Y qué te contestó?

—Una sutileza.

—Yo lo creo.

—Contestó que la apetencia muy viva produce efectos semejantes á los de la sobriedad.

—¡Ob, ¡oh! dijo Chicot; en efecto, es muy sutil esta contestacion como dices. ¡Cáspita, que lógico es tu Borromeo! Ya no me admiro que tenga la nariz y los labios tan delgados: ¿y eso te ha convencido?

—Completamente, y tu tambien te convencerás; pero vamos, aproximate un poco

á mí porque ya no puedo moverme.

Chicot obedeció, y Gorenflot hizo con su ancha mano una corneta acústica que aplicó al oido de Chicot.

—¿Y qué? preguntó este.

—Espera un poco; voy á reasumirme. ¿Os acordais del tiempo en que eramos jóvenes, Chicot?

—Me acuerdo.

—¿De aquellos tiempos en que nos hervia la sangre.... en que los deseos inmodestos?....

—¡Prior, prior! esclamó el casto Chicot.

—Es Borromeo quien habla, y yo sostengo que tiene razon: ¿no producia el apetito algunas veces las ilusiones de la realidad?...

Chicot se echó á reir tan modestamente, que la mesa con todas las botellas tembló como la cubierta de un navio.

—Bien, bien, voy á matricularme en la escuela del hermano Borromeo, y cuando me haya penetrado bien de sus teorias, os pediré una gracia, mi reverendo.

—Y os será otorgada, Chicot, como todo lo que pidais á vuestro amigo. Ahora

decidme, qué gracia es esa.

—Que me encargueis del economato del priorato siquiera por ocho dias.

—¿Y qué vais á hacer durante ocho dias?

—Alimentaré al hermano Borromeo con sus teorias, le serviré un plato y una botella vacios, diciéndole:" desead con toda la fuerza de vuestra hambre y de vuestra sed un pavo con setas y una botella de Chambertin, pero tened cuidado de no emborracharos con ese Chambertin y coger una indigestion con ese pavo, mi querido filosofo."

—¿Segun eso, dijo Gorenflot, no crees en el apetito, profano?

—¡Está bien, está bien! Creo en lo que creo; pero dejémonos de teorias.

—Sí, sí, dijo Gorenflot, dejémonos de teorias y hablemos un poco de la realidad.

Y Gorenflot llenó un vaso de vino.

—Brindo por ese buen tiempo de que me hablabas ahora mismo, Chicot, dijo: brindo por nuestras cenas del *Cuerno de la abundancia*.

—Bravo, creia que te habias olvidado de todo eso, reverendo.

—Profano, todo eso duerme bajo la ma-

gestad de mi posicion; pero diablo, yo soy siempre el mismo.

Y Gorenflot se puso á entonar su cancion favorita á pesar de las repetidas interjecciones de chit, chito, chiton, con que queria Chicot imponerle silencio.

Cuando el vino se destapa
y sin cabezada el asno
fiado solo á su instinto
corre y brinca por el campo,
el licor de la botella
se desborda fermentando
y el burro enhiesta la oreja
rebuzna desenfrenado.
Pero es mayor el desorden
de un fraile que está borracho,
é imposible sujetarle
si el primer dique ha salvado.

—Silencio, desgraciado, dijo Chicot: si el hermano Borromeo entrase creeria que hace ocho dias que no habeis comido ni bebido.

—Si el hermano Borromeo entrase cantaria con nosotros.

—No lo creo.

—Y yo te digo.....

---Que te calles y contestes á mis preguntas.

---Habla, pues.

---No me dais tiempo para ello, borracho.

---¡Oh! ¡borracho yo!

---Vamos, resulta del ejercicio de las armas que tu convento se ha trocado en un verdadero cuartel.

---Sí, amigo mio, tienes razon, en un verdadero cuartel; el jueves último, ¿fué jueves? sí, jueves; aguarda no me acuerdo si fué jueves.

---Jueves ó viernes, la fecha nada importa.

---Es verdad, lo que interesa es el hecho. Pues bien, el jueves ó viernes hallé en el corredor á dos novicios que se batian al sable con otros dos que por su parte se preparaban á echar mano de los suyos.

---¿Y qué hiciste tú?

—Hice que me trajeran un látigo para sacudir á los novicios, que al punto echaron á correr; pero Borromeo....

---¡Ah, ah! Borromeo, otra vez Borromeo.

---Siempre.

---¿Pero Borromeo?

---Borromeo los atrapó y los dió tal to-

llina, que todavia están los infelices en cama.

---Quisiera ver sus espaldas, dijo Chicot, para apreciar el vigor del brázo del hermano Borromeo.

---¡Molestarnos por ver otras espaldas que no sean las de carnero, jamás! Comed, pues, de este pastel de albaricoque.

—No por cierto, me ahogaría.

—Pues bebed.

—Tampoco; tengo que marcharme.

---¿Crees tú que yo no tengo que marcharme tambien? y sin embargo bebo.

—¡Oh! vos es diferente, y despues para dar las voces de mando necesitais tener pulmones.

---Un vaso, nada mas que un vaso de este licor dijestivo, cuyo secreto posee solo Eusebio.

---Corriente.

---Es tan eficaz, que aun cuando se coma con glotoneria, se tiene irremisiblemente hambre á las dos horas de haber comido.

---¡Buena receta para los pobres! ¿Sabeis que si fuese yo rey mandaria cortar la cabeza á Eusebio? Su licor es capaz de po-

ner hambriento á un reyno. ¡Oh! ¡oh! ¿que es eso?

---Es el ejercicio que comienza, dijo Gorenflot.

En efecto, se acababa de oir un gran ruido de voces y de armas procedentes del patio.

---¿Sin el jefe? dijo Chicot: ¡oh! ¡oh! me parece que son unos soldados muy mal disciplinados.

---¿Sin mi? jamás, dijo Gorenflot; por otra parte, eso no puede suceder, ¿lo entiendes? puesto que yo soy el que mando y el instructor; y la prueba es que oigo al hermano Borromeo que viene á tomar mis ordenes.

En efecto, en aquel momento entró Borromeo, lanzando á Chicot una mirada oblicua y pronta como la flecha traidora del Parto.

---¡Oh! ¡oh! dijo para si Chicot, has hecho mal en lanzarme esa mirada porque te ha vendido.

---Señor prior, dijo Borromeo, solo se espera á vuestra paternidad para empezar la inspeccion de armas y corazas.

—¡Corazas! ¡oh! ¡oh! dijo en voz baja Chicot, y se levantó precipitadamente.

—Asistireis á mis maniobras, dijo Gorenflot levantándose tambien, como haria un pedazo de mármol que tuviese piernas. Vuestro brazo, amigo mio: vais á ver que instruccion tan magnifica.

—El hecho es que el señor prior es un táctico consumado, dijo Borromeo examinando la imperturbable fisonomía de Chicot.

—D. Modesto es un hombre superior en todo, respondió Chicot haciendo una reverencia, y despues añadió en voz baja:

—¡Oh! ¡oh! no te descuides, aguilucho mio, porque no faltará milano que te arranque las plumas.

CAPITULO VIII.

EL HERMANO BORROMEO.

Cuando Chicot, sosteniendo al reverendo prior, bajó por la escalera principal al patio del priorato, presentaba este exactamente el aspecto de un punto militar en toda su actividad.

Divididos los monjes en dos pelotones de á cien hombres cada uno todos armados de su correspondiente alabarda, lanza ó mosquete, aguardaban como soldados la llegada de su comandante.

Cincuenta de ellos, sobre poco mas ó menos, de los mas firmes y dispuestos, habianse encasquetado sendos cascos y celadas, y llevaban una larga espada pendiente de su cintura: solo les faltaba la rodela para asemejarse á los antiguos medos, ó los ojos alzados para parecerse á los chinos modernos.

Algunos ostentaban con orgullo las abuecadas corazas, sobre las cuales se entretenian en hacer chocar la manopla de hierro.

Otros, por último, cubiertos por los brazaletes y escarcelas, se ocupaban en ejercitar sus coyunturas privadas de elasticidad con todos los trozos de la armadura.

El hermano Borromeo tomó un casco que le presentó un novicio, y se lo colocó en la cabeza con un movimiento tan rápido y desembarazado como lo hubiera podido hacer un veterano.

Mientras que se arreglaba las correas, Chicot no cesaba de mirar el casco y de sonreirse, y sonriéndose iba dando vuelta al rededor de Borromeo como para observarle por todos lados.

Hizo mas aun, pues aproximándose al ber-

mano Borromeo y poniendo la mano sobr su celada.

—Teneis ciertamente un magnífico al- mete, hermano Borromeo, le dijo; amigo prior, ¿dónde le habeis comprado?

Gorenflot se vió imposibilitado de res- ponder, pues en aquel mismo instante le estaban embutiendo en una brillante cora- za, la cual aunque capaz de contener den- tro de sí al hércules Farnesio, oprimía do- lorosamente las sensibles carnes del digno prior.

—¡No apreteis de ese modo! esclamaba Gorenflot: no me ajusteis tan fuertemente que voy á reventar.... ya me falta la voz! ¡Basta, basta!

—¿Preguntábais, me parece, al reveren- do prior, dijo Borromeo, en dónde habia comprado mi casco?

—En efecto, preguntaba eso mismo al reverendo prior, mas no á vos, repuso Chi- cot, pues á lo que presumo en este con- vento, como en todos los demás, no se ha- rá nada sin que preceda órden del superior.

—Y ciertamente, dijo Gorenflot, nada se hace aquí sino por órden mia; ¿que es,

pues, lo que preguntábais señor Briquet.

—Preguntaba al hermano Borromeo si sabia acaso de dónde os ha venido este casco?

—Ha venido entre una porcion de armaduras que el reverendo prior ha comprado ayer con objeto de armar á todos los monges.

—¿Yo? dijo Gorenflot.

—Vuestra señoria mandó, acordaos bien, que se trajesen bastantes cascos y corazas, y sus órdenes han sido ejecutadas.

—¡Ah! Es cierto, es cierto, replicó Gorenflot.

—¡Demonio! dijo Chicot, pues mi casco debe por cierto tener mucho cariño á su amo, porque despues de haberle dejado yo mismo en casa de Guisa, viene como un perro perdido á buscarme al priorato de los jacobinos.

En aquel momento, á un ademan del hermano Borromeo, iban alineándose los monges, y el silencio reinaba en las filas.

—Sentóse Chicot sobre un banco con objeto de presenciar comodamente las maniobras.

Gorenflot permaneció de pié y á plomo sobre sus piernas como si le sirviesen de puntales.

—¡Atencion! dijo por lo bajo el hermano Borromeo.

Entonces D. Modesto, desenvainando su desmesurado sable y blandiéndole al aire, esclamó con voz estentórea:

—¡Atencion!

—Vuestra reverencia deberá fatigarse de dar la voz de mando, dijo el hermano Borromeo con fina prevision. Vuestra reverencia no se hallaba bien esta mañana, y si gustaseis de mirar un poco por vuestra propia salud, yo mandaria hoy el ejercicio.

—Corriente, dijo D. Modesto, pues efectivamente no estoy bueno; yo me ahogo; vaya, id con Dios.

Inclinóse Borromeo como hombre acostumbrado á tales concesiones, y fué á colocarse al frente de su tropa.

—¡Qué servidor tan complaciente! dijo Chicot: es una perla ese muchacho.

—Es escelente; ¿no te lo decia yo? repuso D. Modesto.

—Estoy seguro que todos los dias hará lo mismo, dijo Chicot.

—¡Oh! todos los dias. Es sumiso como un esclavo; no hago mas que reñirle por

sus oficiosidades. La sumision no es la servidumbre, añadió con tono sentencioso Gorenflot.

—De manera que tú nada tienes que hacer aquí, y por consiguiente puedes dormir á pierna suelta: ¡el hermano Borromeo vela por ti!

—¡Oh! Sí, Dios mio.

—Hé aquí, pues, lo que yo deseaba saber, dijo Chicot, cuya atencion absorvia completamente el hermano Borromeo.

Era curioso el ver al tesorero de los monges semejante á un caballo enjaezado de guerra que se pavonea con los arneses.

Su dilatada pupila arrojaba llamas, su brazo vigoroso daba á su espalda movimientos tan diestros, que hubiérasele creido un maestro de armas esgrimiendo la espada ante un peloton de soldados. Siempre que el hermano Borromeo hacia alguna esplicacion, repetíala Gorenflot y añadia.

---Tiene razon Borromeo.---Ya os he dicho esto mismo otras veces.---No olvideis la leccion de ayer.--- Esa arma, pasadla de una á otra mano.---Firme esa lanza, sostenedla bien.---El hierro á la altura del ojo:

¡firmeza por San Jorge!---Media vuelta á la izquierda es exactamente lo mismo que media vuelta á la derecha, escepto que es todo lo contrario.

---¡Diantre! esclamó Chicot, ¿sabes que esplicas á las mil maravillas?

---¡Oh! ¡oh! contestó Gorenflot acariciando su triple barba, es qué yo entiendo mucho de táctica.

---Y tienes en Borromeo un escelente discípulo.

---Me ha comprendido perfectamente: no puede hallarse otro mas inteligente.

Los monges ejecutaron la carrera militar, evolucion que se hallaba en boga en aquella época, el manejo de las armas, de la espada, de la lanza y el egercicio de fuego.

Cuando estaban ejecutando este último.

---Vas á ver á mi Santiaguito, dijo el prior á Chicot.

—¿Y quién es tu Santiaguito?

—Un guapo mozo á quien he colocado á mi inmediacion, porque me ha gustado su esterior cándido, su mano vigorosa, y sobre todo, su viveza, pues es como la pólvora.

—¿De veras? ¿Y dónde está ese apreciable muchacho?

—Aguarda: voy á presentártele: mira, allá adelante, aquel que se prepara para hacer fuego.

—¿Y tira bien?

—A cien pasos no deja jamás de dar en el blanco, poniéndosele para ello un noble de rosa. (1)

—Hé ahí un muchacho que debe ayudar una misa lindamente; pero aguarda, aguarda..... .

—¿Que?

—Parece por un lado y por otro no.

—¿Qué, tu conoces á mi Santiaguito?

—¿Yo? En mi vida le he visto?

—¿Pero tú creiste conocerle al pronto?

—Sí, me pareció haberle visto en cierta iglesia un dia, ó por mejor decir, una noche, estando yo metido en un confesonario. Pero me equivoqué: no era él.

Debemos declarar que en la presente ocasion, las palabras de Chicot no estaban muy conformes con la verdad. Chicot era de-

(1) Moneda de la época, del diámetro de un duro.

masiado buen fisonomista para olvidar una figura que hubiese él visto una vez tan solamente.

Mientras que Santiaguillo, como le llamaba Gorenflot, ocupaba toda la atencion del prior y de su amigo sin apercibirse de ello, se entretenia en cargar su pesado mosquete, que abultaba mas que él: concluida esta operacion se colocó muy decididamente á cien pasos del blanco, y echando atrás la pierna derecha con aire de militar, hizo su puntería.

Disparó en efecto, poniendo su bala en el mismo centro del blanco, lo que le valió grandes aplausos.

—¡Diantre! dijo Chicot, magnífica puntería: á fe mia que eres un muchacho de provecho.

—Mil gracias, señor, contestó Santiago ruborizándose y lleno de gozo.

—Manejas perfectamente las armas, hijo mio, repuso Chicot.

—Señor, estoy aprendiendo, dijo Santiago.

Y diciendo así dejó su mosquete descargado, y tomando una lanza del que estaba mas inmediato, hizo con ella un molinete

que dejó á Chicot completamente admirado, el cual le repitió sus enhorabuenas.

---Pues en el manejo del sable es donde mas sobresale dijo D. Modesto. Los que lo entienden aseguran que no puede hacerse mejor; es verdad que el picaruelo tiene piernas de hierro y muñecas de acero, y sobre todo no deja la espada de la mano desde por la mañana hasta la noche.

---¡Hola, hola! veamos, veamos, esclamó Chicot.

---¿Quereis probar sus fuerzas? dijo Borromeo.

—Quisiera esperimentarlas, contestó Chicot.

—Es que aquí, continuó el tesorero, no hay nadie, ni yo mismo quizá, que se atreva á tirar con él: ¿os considerais vos con fuerzas suficientes?

—Así, así, dijo Chicot meneando la cabeza; en otro tiempo manejaba mi espada como otro cualquiera, mas ahora ya flaquean mis piernas, mi brazo vacila y la cabeza no está tampoco muy firme.

—Mas á pesar de eso, seguís tirando siempre, replicó Borromeo.

—Un poco, contestó Chicot cambiando una mirada con Gorenflot, el cual, sonriéndose, dejó escapar de sus lábios el nombre de Nicolás David.

Borromeo, sin embargo, no percibió esta sonrisa ni pudo oir aquel nombre, y sonriéndose tambien con la mayor tranquilidad, pidió los floretes y las caretas.

Santiago, loco de alegria, á pesar de su esterior frio y sombrio, levantó los hábitos hasta la cintura y se aseguró su sandalia en la arena dando un golpe con el pié.

—Yo, á la verdad, dijo Chicot, como no soy monge ni soldado, hace ya bastante tiempo que no manejo las armas: si tuvieseis á bien, hermano Borromeo, vos, que todo sois músculos y tendones, de dar la leccion al hermano Santiago. ¿Consentis en ello, mi querido prior? preguntó Chicot á D. Modesto.

—¡Lo mando! esclamó éste, muy satisfecho de tener ocasion de pronunciar esta palabra.

Quitóse, pues, Borromeo su casco, Chicot se apresuró á tomarlo en sus manos, y de este modo pudo serciorarse comple-

tamente de que era el suyo; en seguida, y mientras nuestro hombre hacía dicho exámen, el tesorero alzaba su hábito hasta la cintura y se disponia.

Los monges todos se aproximaron, llevados del espíritu de cuerpo, formando círculo al rededor del maestro y del discípulo.

Gorenflot, llegándose al oido de su amigo, le preguntó con la mayor candidéz:

—Esto es tán divertido como cantar vísperas, ¿no es verdad?

—Así dicen los soldados de caballería, respondió con igual candidéz Chicot.

Ambos combatientes se pusieron en guardia. Borromeo, enjuto y nervudo, tenia la ventaja de la estatura, sin contar la que dá el aplomo y la practica.

Los ojos de Santiago lanzaban fuego, y sus megillas estaban encendidas.

Veíanse desaparecer poco á poco la austera máscara de Borromeo, el cual, florete en mano, y entusiasmado con aquella lucha de destreza, se habia transformado en un guerrero; á cada golpe añadia un consejo, una exhortacion, una reprension; pero á veces la fuerza, la ligereza, el arrojo de Santia-

go lograban triunfar del arte de su maestro, recibiendo el hermano Borromeo algunos golpes bien de lleno.

Chicot devoraba con los ojos esta lucha y contaba los botonazos.

Cuando terminó el asalto, ó mejor dicho, cuando hubieron tirado unos cuantos golpes, dijo Chicot.

—Santiago ha dado seis botonazos, el hermano Borromeo nueve; esto podrá honrar al aprendiz, mas no ciertamente al maestro.

Un rayo desapercibido para todos, menos para Chicot, brilló en los ojos de Borromeo, dando á conocer un nuevo rasgo de su carácter.

—Bueno, dijo para sí Chicot, es orgulloso.

=Señor, replicó Borromeo en un tono que en vano se esforzaba en hacer amable, el manejo de las armas es un trabajo muy duro para cualquiera, y particularmente para unos pobres monges como nosotros.

—No importa, dijo Chicot determinando á atacarle hasta no poder mas: el maestro no debe de llevar menos de la mitad á su discípulo.

—¡Ah! señor Briquet, repuso Borromeo pálido y mordiéndose los lábios de coraje, me parece que sois bien poco tolerante.

Bueno, pensó Chicot, tambien colérico: ya son los pecados mortales, y segun dicen, basta solo uno para condenarse un hombre: conque vamos perfectamente.

Despues añadió en alta voz:

—Pues yo estoy seguro que si Santiago hubiera tenido mas serenidad, os iguala en la partida.

—No lo creo yo así, dijo Borromeo.

—Estoy segurísimo.

—El señor Briquet, como práctico que es en las armas, dijo Borromeo, deberia poner á prueba por sí mismo la fuerza y el poder de Santiago, y esto le convenceria.

—¡Oh! yo soy ya viejo, repuso Chicot.

—Sí, pero muy diestro, añadió Borromeo.

—¡Cómo te estás burlando! dijo para sí Briquet; pero aguarda un poco.

Y añadió en voz alta:

—Hay una circunstancia que destruye la observacion que os acabo de hacer.

—¿Y cuál es?

—Que el hermano Borromeo, como digno maestro ha permitido que Santiago le diese unos cuantos botonazos por complacencia.

—¡Ah! ¡ah! esclamó á su vez Santiago frunciendo las cejas.

—No por cierto, dijo Borromeo haciendo por contenerse, pero en realidad exasperado; en verdad, mucho quiero á Santiago, mas no quiero echarle á perder con semejantes complacencias.

—Es chocante, replicó Chicot como hablando consigo mismo; dispensad sin embargo, pues así lo habia creido.

—Pero sea lo que se quiera, dijo Borromeo, vos, que tanto hablais, señor Briquet, probad, probad.

—¡Oh! no me atemoriceis, repuso Chicot.

—Tranquilizaos, señor, continuó Borromeo: seremos indulgentes. Conocemos las leyes de la iglesia.

—¡Tunante! murmuró Chicot.

—Veamos, Sr. Briquet, un *pasecito* solamente.

—Animate, dijo Gorenflot: haz la prueba.

—No os haré daño, caballero, esclamó Santiago adoptando el partido de su maestro y tratando tambien de echar su cuarto á espadas: tengo una mano muy suave.

—¡Apreciable jóven! murmuró Chicot dirigiendo al mongecillo una inesplicable mirada que terminó en una muda sonrisa.

—¡Ea! Vamos allá, continuó, ya que todos se empeñan....

—¡Bravo! ¡bravo! esclamaron los interesados con el ansia del triunfo.

—Solo os haré presente que no daré mas que tres pasos.

—Como gusteis, señor, dijo Santiago.

Y levantándose muy despacio del banco en que habia vuelto á tomar asiento, púsose Chicot su jubon, metióse la manopla, y se sujetó la careta con la presteza de una tortuga que anda á caza de moscas.

—Si este acierta á parar tus estocadas rectas, dijo al oido Borromeo á Santiago, te advierto que no vuelvo á tirar contigo.

Santiago hizo un gesto acompañado de una sonrisa que queria decir:

—Descuidad, maestro.

Chicot, siempre con la misma calma y

con la misma circunspeccion, se puso en guardia, alargando sus descomunales brazos y dilatadas piernas, las cuales colocó con la mayor exactitud, de manera que disimulasen su grande estension é incalculable desarrollo.

CAPITULO IX.

LA LECCION.

En la epoca á que se refieren los sucesos que vamos narrando, y cuyos usos y costumbres tratamos tambien de describir, no era la esgrima lo que hoy. Las espada de dos filos obligaban á esgrimir tan pronto de corte como de punta; á mas, armada la mano izquierda con una daga, era á la vez defensiva y ofensiva; asi resultaban multitud de heridas, ó mas bien, de rasguños, que en una verdadera lucha servian para enardecer mas á los com-

batientes; Quelus, perdiendo sangre por diez y ocho heridas, se mantenia aun en pié, continuaba peleando y no hubiese caido si otra nueva herida no le hubiese relegado al lecho que habandonó solo por el sepulcro.

La esgrima, importada de Italia, pero aun en la infancia del arte, consistia en esta época en una série de evoluciones que sacaban de la linea al tirador y debian por lo tanto ofrecer multitud de inconvenientes en los diversos accidentes del terreno, escogido para el caso.

No era por lo tanto estraño ver el tirador estirarse, encogerse, saltar á derecha é izquierda, apoyarse con una mano en el suelo, requiriéndose como una de las primeras condiciones del arte, no solo la agilidad de manos si que tambien la de las piernas y de todo el cuerpo.

Parecia, sin embargo, que Chicot no habia aprendido la esgrima en esta escuela, y hubierase dicho, por el contrario, que habia presentido el arte moderno, cuya mayor superioridad y gracia estriban principalmente en la agilidad de las manos

y en la inmovilidad casi perfecta del cuerpo. Colocóse, por consiguiente, recto y firme, haciendo gravitar el peso del cuerpo sobre ambas piernas, y mostrando un puño flexible y nervioso á la vez, que empuñaba la espada como si fuese un junco, espada obediente y á proposito para replegarse á todos los movimientos desde la punta hasta la mitad de la hoja, y fuerte é incontrastable desde dicha mitad hasta la empuñadura.

Al haberselas con aquel hombre de bronce, cuyo puño era la única parte de su cuerpo que parecia animada, Santiago esperimentó desde los primeros pases una impaciencia en los botes, que no produjo en Chicot otro efecto que hacerle dirigir su brazo y su pierna hacia el menor intersticio que le dejaba en descubierto el manejo del adversario, cuyas ocasiones no podian menos de ser muy frecuentes, atendida la costumbre general de atacar y de defenderse tanto de corte como de punta. No bien descubria uno de sus flancos, cuando su brazo se prolongaba tres pies para imprimir rectamente en el pecho del mon-

ge un botonazo tan metódico, como si una máquina y no un cuerpo animado, incierto y desigual le hubiesen dirigido.

—Santiago, al recibir cada uno de estos botonazos, daba un salto hacia atrás con los ojos inflamados de cólera y de emulacion.

Por espacio de diez minutos desplegó todos los recursos de su agilidad prodigiosa; lanzábase á su contrario como un gato montés, se deslizaba bajo el pecho de Chicot, saltaba á derecha é izquierda; pero este último, fiado en su propia calma y en la estension de su brazo, elegia las ocasiones favorables, y al mismo tiempo que separaba de su cuerpo el florete de su adversario, aplicaba el terrible boton en el punto que queria.

El hermano Borromeo palidecia y sentia hervir en su pecho todas las pasiones que poco antes le habian enardecido.

En fin, Santiago se abalanzó por última vez sobre Chicot; que al verle desviado de la guardia y sin conservar el aplomo debido se presentó en descubierto para obligarle á partir á fondo. Santiago

cayó en el lazo, atacó con furor, y defendiendo Chicot la estocada vigorosamente, separó al pobre discipulo de la linea de equilibrio de tal modo, que no pudo sostenerse y cayó.

Inmovil Chicot como una roca, permaneció en su puesto.

El hermano Borromeo se mordió los dedos y le dijo.

—Por cierto, caballero, que no nos habiais dicho que erais un poste de sala de armas.

—¡Ese, eh! esclamó Gorenflot desvanecido, pero triunfante por un sentimiento de amistad fácil de comprender, ese nunca sale de la linea:

—¡Yo, un pobre patan, dijo Chicot! yo, Roberto Briquet, poste de sala de armas, Vaya, señor tesorero, no os chanceeis.

—Pero no hay duda, repuso este, que es preciso haberse ejercitado mucho para manejar la espada como vos.

—En efecto, dijo Chicot, he empuñado la espada algunas veces, y al empuñarla siempre he observado una cosa.

—¿Cual?

—Que para el que tiene el arma en la

mano, el orgullo es muy mal consejero y la cólera un auxiliar sumamente perjudicial. Ahora escuchadme, hermano Santiago; vuestro puño es bueno, pero os faltan piernas y cabeza, sois ligero, pero no calculais: en el manejo de armas deben tenerse presentes tres cosas esenciales: en primer lugar la cabeza, despues la mano y luego las piernas; con la primera puede un hombre defenderse, con la primera y segunda puede vencer, y si reune las tres cosas, vencerá siempre.

---¡Ah, caballero! le dijo Santiago: sostened un asalto con el hermano Borromeo, porque nos hareis pasar un rato delicioso.

Chicot iba á rehusar con desden aquella proposicion, pero reflexionó que esto seria conceder al orgulloso tesorero una ventaja sobre él.

---Con mucho gusto, respondió: si el hermano Borromeo consiente, estoy pronto.

---De ninguna manera, replicó el tesorero, porque me venceriais, y mas quiero confesarlo que hacer la prueba.

—¡Oh! ¡Que modesto! ¡Que amable! esclamó Gorenflot.

—Te engañas, le dijo al oido el implacable Chicot, es un loco vanidoso; si á mi en su edad se me hubiese presentado una ocasion semejante, hubiera pedido de rodillas la leccion que Santiago acaba de recibir.

Y diciendo y haciendo dobló otra vez el espinazo, volvió á aparecer con sus piernas torcidas y su eterno gesto y se sentó de nuevo en el banco.

Santiago le siguió, pues la admiracion podia mas en él que la vergüenza de la derrota.

—Os suplico que me deis lecciones, Sr. Roberto, le dijo, pues me figuro que el reverendo padre prior lo permitirá. ¿Es cierto?

—Si hijo mio, con mucho gusto, le contestó Gorenflot.

—Yo no puedo seguir los pasos de vuestro profesor, amigo mio, repuso Chicot saludando á Borromeo.

—¡Oh! No soy el único maestro de Santiago, dijo el tesorero, porque hay otro que enseña tambien en el convento el manejo del arma; por consiguiente, no habiendo sido el honor esclusivamente mio, tampoco puede serlo su vencimiento.

—¿Y quién es el otro profesor? se a-

presuró á preguntar Chicot conociendo por el semblante de Borromeo que este acababa de cometer una imprudencia.

---Ninguno, ninguno, replicó Borromeo.

---Si tal, si tal, replicó Chicot; lo he oido perfectamente ¿Quién es el otro maestro, Santiago?

---¡Ah! ya me acuerdo, añadió Gorenflot; aquel hombrecillo grueso que me habeis presentado, hermano Borromeo, y que suele venir algunas veces; buena figura y bebe regularmente.

---No recuerdo ya su nombre, murmuró Borromeo.

Al oir esto esto el hermano Eusebio se acercó con sencillez con su cuchillo pendiente del cinturon y la risa en los labios, diciendo.

---Yo lo sé, yo lo sé perfectamente.

Borromeo le hizo multiplicadas señas, pero no reparó en ellas, y añadió.

---Se llama maese Bussy-Leclerc, y ha sido profesor de armas en Bruselas.

---¡Hola! ¡ola! esclamó Chicot; ¡Maese-Bussy Le-clerc! ¡Buena espada á fé mia!

Y al hablar de este modo con toda la

naturalidad de que era capaz, no perdia de vista las furibundas miradas que el hermano Borromeo dirigia al malaventurado charlatan.

—¡Toma! observó Gorenflot; pues tampoco sabia yo que se llamase Bussy-Leclerc; sin duda se han olvidado de informarme de esa circunstancia.

— Se me figuraba que su nombre no podria interesar á vuestra reverencia, dijo Borromeo.

—Efectivamente, añadió Chicot, ¿qué importa que se llame Juan ó Pedro? Lo que interesa es que instruya bien á sus discipulos.

—Es verdad, es verdad, repuso Gorenflot; lo principal es que sepa su obligacion.

Dicho esto se dirigió á la escalera que conducia á su cuarto acompañado de la admiracion general.

Al pié de la escalera reiteró Santiago su demanda á Chicot con visible disgusto de Borromeo; pero le dijo:

—No sé enseñar, amigo mio, pues me he formado yo solo, por medio de la reflexion y de la práctica; haced como yo, "por-

que quien en buen terreno siembra, recoje larga cosecha."

Borromeo preceptuó un movimiento que hizo girar á todos los frailes hácia sus celdas. Gorenflot se apoyó en el brazo de Chicot y subió magestuosamente la escalera.

—Me parece, dijo con orgullo, que tenemos un convento enteramente adicto al servicio del rey y útil para algo ¿he?

—¡Ira de Dios! Ya lo creo, contestó Chicot: se ven buenas cosas en esta santa casa.

—Pues todo se ha hecho en un mes.... ¿Qué digo? En menos de un mes.

—¿Y lo habeis hecho vos?

—Yo, yo solo, como lo veis.

—Es mucho mas que lo que yo esperaba, amigo mio; cuando vuelva de mi comision....

—Es verdad, querido amigo; hablemos de eso.

—Con tanto mayor gusto, cuanto que debo enviar al rey un mensaje, ó mas bien, un mensajero, antes de mi partida.

—¡Al rey! ¡Un mensajero al rey! ¡Luego estás en correspondencia con el rey!

—Directamente.

—¿Y decis que necesitais un mensajero?

—Si.

—¿Quereis enviar á alguno de nuestros hermanos? ¡Oh! Seria grande honor para el convento el que uno de nuestros hermanos viese al rey.

—Seguramente.

—Pues bien: voy á poner á vuestras órdenes las mejores piernas del priorato; pero contadme, Chicot, cómo ha sido que el rey, que os creia muerto....

—Ya os dije, que me proponia resucitar cuando fuese necesario.

—¿Y para entrar en favor?

—¡Oh! Mucho mayor que antes.

—Es decir, que podreis enterar al rey de todo cuanto hacemos aquí por su propio interés.

—No dejaré de hacerlo, amigo mio, estad seguro de ello.

—¡Querido Chicot! esclamó el buen prior creyéndose ya obispo.

—Pero antes tengo que pediros dos cosas.

—¿Cuales?

—En primer lugar algun dinero, que el rey os devolverá.

—¿Dinero? dijo Gorenflot levantándose con precipitacion: afortunadamente tengo atestados los cofres...

—¡Sois feliz, á fé mia!

—¿Quereis mil escudos?

—No, no, querido amigo; eso es demasiado, y soy modesto en mis gastos y humilde en mis deseos; el título de embajador no me ensoberbece, y mas bien lo oculto que hago ostentacion de él. Cien escudos me bastarán.

—Aquí están. ¿Qué más?

—Un escudero.

—¿Un escudero?

—Sí, para que me acompañe, porque soy muy aficionado á la sociedad.

—¡Ay, amigo mio, si estuviese todavia libre como en otros tiempos! dijo Gorenflot exhalando un suspiro.

—Sí, pero no lo estais.

—La grandeza me tiene encadenado.

—No puede poseerse todo á la vez, y ya que no puedo contar con vuestra honrosa compañía, mi muy querido prior, me contentaré con la del hermano Santiago.

—¡Santiaguillo!

—El mismo; me agrada mucho ese muchacho.

—Y tienes razon, Chicot: es jóven de provecho y creo que hará fortuna.

—Por lo pronto voy á llevarle doscientas cincuentas leguas de aquí, si convienes en ello.

—Dispon de él á tu gusto.

El prior golpeó sobre una campana y al punto se presentó un lego.

—Que suban el hermano Santiago y el encargado de las comisiones del convento en la ciudad.

Diez minutos despues estaban los dos en el aposento del prior.

—Santiago, dijo este, voy á daros una comision estraordinaria.

—¿A mí, reverendo padre? preguntó el jóven admirado.

—Sí, debeis acompañar enun largo viaje al señor Roberto Briquet.

—¡Oh! esclamó el hermano con un entusiasmo indescribible. ¡Viajar yo con el señor Briquet! ¡Yo al aire libre por ese mundo! Señor Roberto Briquet, tiraremos todos los dias al florete, ¿no es verdad?

—Si, hijo mio.

—¿Y podré llevar mi arcabuz?

—Lo llevarás.

Santiago dió un salto y desapareció del aposento dando gritos de alegria.

—En cuanto á la comision para la ciudad, dijo Gorenflot á Chicot, puedes dar tus órdenes á ese otro monje: acercaos hermano Panurgio.

—¡Panurgio! murmuró Chicot, en quien este nombre despertó recuerdos que no estaban exentos de dolor. ¡Panurgio!....

—¡Ah!....dijo Gorenflot, he elegido á este hermano, que se llama como el otro, para que haga exactamente lo mismo que aquel hacia.

---Luego nuestro antiguo amigo está fuera de servicio...

---Ha muerto....ha muerto....

---¡Ah! esclamó Chicot compadecido, el hecho es que debia hacerse viejo.

---Diez y nueve años, amigo mio...solo tenia diez y nueve años.

---Es un caso de longevidad sorprendente, observó Chicot; solo un convento puede ofrecer ejemplos semejantes.

CAPITULO X.

LA PENITENTE.

PANURGIO, á quien el prior acababa de anunciar, se presentó al punto.

En realidad no habia sido elegido para reemplazar á su difunto homónimo por su configuracion moral ó física, porque nunca desbonró la aplicacion de un nombre de asno figura mas inteligente.

El hermano Panurgio se asemejaba á un zorro en sus ojillos, en su nariz puntiaguda y en sus quijadas salientes.

Miróle Chicot un instante y durante él, aunque de corta duracion, pareció haber apreciado en su justo valor al mensajero del convento.

Panurgio permaneció humildemente junto á la puerta.

—Acercaos, señor correo, le dijo Chicot: ¿conoceis el Louvre?

—Sí, señor, respondió Panurgio.

—¿Y conoceis en el Louvre un tal Enrique de Valois?

—¿Al rey?

—No estoy muy seguro de si es el rey; dijo Chicot, pero en fin, así le llaman por costumbre.

—¿Tendré que entenderme con el rey?

—Precisamente, pero ¿le conoceis ó no?

—Muchísimo, señor Briquet.

—Pues bien: dirás que quieres hablarle.

—¿Y me dejarán subir?

—Hasta el aposento del ayuda de cámara, sí, porque vuestro hábito es un pasaporte. S. M. es muy religioso, como sabeis.

—¿Y qué he de decir al ayuda de cámara de S. M?

—Que te envia la sombra.

—¿Qué sombra?

—La curiosidad, hermano mio, es un ruin defecto.

—Perdonad.

—Le dirás, pues, que te envia la sombra.

—Bien.

—Y que vas á buscar la carta.

—¿Qué carta?

—¿Otra vez?

—¡Ah! No me acordaba.

—Reverendo padre, observó Chicot dirigiéndose hacia Gorenflot, os aseguro que me gustaba mas el antiguo Panurgio.

—¿Es eso todo lo que hay que hacer? preguntó el mensajero.

—Añadirás que la sombra sigue poco á poco el camino de Charenton.

—Quiere decir que á él debo ir á encontraros.

—Perfectamente.

Panurgio se dirigió hácia la puerta y levantó la mampara para retirarse, pero le pareció á Chicot que al ejecutar este movimiento habia dejado en descubierto á un espía.

Por lo demás, la mampara se cerró tan rápidamente, que no tuvo tiempo el ami-

go del rey para fijarse en si era una realidad ó una vision lo que acababa de entrever.

La sutil penetracion de Chicot le condujo á la certeza de que el que escuchaba era precisamente el hermano Borromeo.

—¡Ah! ¿Me estás oyendo? pensó interiormente: tanto mejor, porque en tal caso habrá tambien para tí.

—Conque al fin, dijo Gorenflot, el rey te ha honrado con una comision, querido amigo.

—Sí, con una comision confidencial.

—Se me figura que debe tener relacion con la política.

—A mí tambien.

—¡Pues qué! ¿Ignoras la mision que llevas?

—Sé que llevo una carta y nada mas.

—¿Algun secreto de estado?

—Creo que sí.

—¿Y no sospechas cuál sea?

—¿Estamos bastante solos para que te diga lo que pienso?

—Puedes hablar lo que quieras; además, soy una tumba para guardar un secreto.

—Pues bien, el rey se ha decidido á socorrer al duque de Anjou.

—¿Es cierto?

—Como que M. de Joyeuse ha debido marchar ya de Paris con ese objeto.

—¿Y tú, amigo mio?

—Yo voy hácia la frontera de España.

—¿Y como piensas viajar?

—¡Toma! Como otras veces; á pié, á caballo, en carreta, segun se me proporcione.

—Santiago te servirá de mucho en el camino, y has hecho muy bien en elegirle. ¡Oh! ya entiende bien su negocio el tunantuelo.

—El resultado es que me agrada mucho.

—Y eso hubiera bastado para que yo te le cediese, amigo mio, pero por otra parte, creo que te guardará perfectamente las espaldas en caso de ataque.

—Por todo te doy gracias, y ya solo me resta decirte adios.

—¡Adios!....¡Adios!...

—Pero ¿qué demonios haces?

—Voy á echarte la bendicion.

—¡Bah! Entre amigos es ceremonia inútil.

—Dices bien; esto se queda para las personas estrañas.

Y los dos amigos se habrazaron con cariño.

—¡Santiago, gritó el prior, Santiago!

Panurgio asomó entre la puerta y la mampara su rostro de arduña.

—¡Cómo! ¿Todavia estás aquí? esclamó Chicot.

—¡Ah! Perdonad.

—Parte al momento, porque el señor Briquet tiene mucha prisa, dijo Gorenflot. ¿En dónde está Santiago?

El hermano Borromeo se presentó á su vez con el semblante tranquilo y la sonrisa en los labios.

—¿Y el hermano Santiago? repitió el prior.

—El hermano Santiago ha partido, contestó el tesorero.

—¡Cómo es eso! repuso Chicot.

—¿Pues no habeis manifestado deseos de que fuese un mensajero al Louvre?

—Pero era el hermano Panurgio, dijo Gorenflot.

—¡Ah! ¡Qué torpe soy! dijo Borromeo dándose un golpe en la frente: habia creido que era Santiago el encargado de esa comision.

Chicot arrugó el entrecejo; pero el pesar de Borromeo era al parecer tan sincero y natural, que le pareció cruel reprenderle.

—Esperaré, dijo, hasta la vuelta de Santiago.

Borromeo se inclinó frunciendo el gesto.

—A propósito, dijo, se me olvidaba anunciar al reverendo padre prior, y aun para eso he subido, que la dama desconocida acaba de llegar, y que desea le concedais audiencia.

Chicot aguzó el oido.

—¿Está sola? preguntó Gorenflot.

—Con un escudero.

—¿Es jóven?

Borromeo bajó púdicamente los ojos.

—Bueno, tambien hipócrita, pensó Chicot.

—En efecto, aun parece jóven, murmuró el tesorero.

—Amigo mio, observó Gorenflot acercándose al falso Roberto Briquet, ya comprendes....

—Sí, sí, ya comprendo bien y te dejo, replicó Chicot; quiere decir que aguardaré

en otro aposento ó en el claustro.

—Gracias, gracias querido amigo.

—De aquí al Louvre hay mucha distancia, caballero, dijo el hermano Borromeo, y el hermano Santiago puede acaso tardar mucho, y mas si atendemos á que la persona á cuyo lado le enviais no se determinará tal vez á dar una carta tan importante á un jóven.

—Esa reflexion viene demasiado tarde, hermano Borromeo.

—¡Oh! como nada sabia....Si me hubiese confiado...

—Basta, basta: iré poco á poco hacia Charenton, y el mensajero, sea quien fuere me encontrará en el camino.

Y se dirigió bácia la escalera.

—Por ahí no, caballero, dijo vivamente Borromeo: la dama incógnita sube por ese lado y no quiere que la vean.

—Teneis razon, dijo Chicot sonriéndose: me iré por la otra escalera.

Y se dirigió bácia una puerta de escape que conducia á un gabinetito.

—Y yo voy á tener el honor de introducir á la penitente ante la presencia del

reverendo padre prior.

—Está bien, dijo Gorenflot.

—¿Sabeis el camino? preguntó Borromeo con inquietud

—Perfectamente.

Y Chicot salió por el gabinete.

Detrás de este gabinete habia un cuarto, en uno de cuyos estremos desembocaba la escalera secreta.

Chicot, al contestar que sabia el camino, habia dicho la verdad; pero no reconocia ya la habitacion tal como se hallaba, pues desde su última visita se habia operado en ella una completa transformacion.

De pacífica y solitaria se habia convertido en belicosa: las paredes estaban cubiertas de armas, las mesas y consolas de sables, espadas y pistolas; en todos los ángulos se veian montones de mosquetes y de arcabuces.

Chicot se detuvo un instante en el aposento, porque tenia necesidad de reflexionar.

—Me ocultan á Santiago, me ocultan á la dama, me hacen salir por escaleras secretas para que quede espedita la principal; todo esto quiere decir que desean alejarme

de esas dos personas. Ahora bien; en buena estrategia, debo hacer precisamente lo contrario de lo que quieren que haga. En consecuencia, aguardaré á que llegue Santiago, y me colocaré de modo que pueda ver la dama misteriosa.

—¡Hola! ¡hola! Hé aquí una cota de malla, flexible, fina y de un temple soberbio.

Y levantó la cota para examinarla.

—Precisamente, prosiguió diciendo, buscaba yo una que fuese tan fina como una seda; esta es demasiado estrecha para el prior, y cualquiera diria que se ha hecho para mí: la tomaré por lo tanto prestada á D. Modesto, y se la devolveré cuando concluya mi viaje.

Chicot la dobló y escondió al punto debajo de la ropilla, y apenas habia ajustado la última agujeta, cuando apareció Borromeo en el humbral de la puerta.

—¡Oh! ¡oh! ya vuelves otra vez... murmuró Chicot, pero llegas un poco tarde.

Y cruzando sus largos brazos é inclinándose hácia atrás, hizo como que admiraba los trofeos de la habitacion.

—¿Busca el Sr. Roberto Briquet alguna

arma que pueda convenirle? preguntó Borromeo.

—¡Yo, amigo mio! contestó Chicot. ¿Y para qué quiero armas?

—¡Oh! cuando uno sabe servirse de ellas con tanto acierto...

—Pura teoría, querido hermano; teoría y nada mas: un pobre paisano como yo, puede conservar alguna firmeza en sus brazos y piernas; pero lo que le falta, lo que le faltará siempre, es el corazon de un soldado: el florete no se encuentra del todo mal en mi mano; pero podeis creer que Santiago me haria huir desde aquí á Charenton con la punta de su espada.

—Puede ser, contestó Borromeo, medio convencido por el tono natural y sencillo de Chicot, quien, en honor de la verdad, debe decirse que se manifestó al punto mas jorobado, mas torcido y mas bizco que nunca.

—Además, añadió Chicot, me suele faltar la respiracion, y habreis reparado que apenas puedo atacar á mi contrario, porque mis piernas son execrables, lo cual constituye mi mayor defecto.

—¿Me permitireis, sin embargo, que os

diga que ese defecto es mucho mayor para viajar que para batirse?

—¡Ah! ¿conque sabeis que viajo? replicó Chicot con indiferencia.

—Panurgio me lo ha dicho, contestó Borromeo poniéndose encarnado como la grana.

—Pues no deja de ser graciosa la ocurrencia, porque no me acuerdo haber hablado de semejante cosa con Panurgio; pero en fin, eso importa poco, y no tengo necesidad de ocultarlo. Sí, hermano mio; voy á emprender un viajecillo hácia mi pais, en el cual poseo algunos vienes.

—¿Sabeis, Sr. Briquet, que vais á bonrar mucho al hermano Santiago?

—¿Haciendo que me acompañe?

—Sí, y haciendo que vea al rey.

—O á su ayuda de cámara, porque es probable que Santiago no llegue á la estancia del primero.

—¿Cónque teneis relaciones en el Louvre?

—¡Oh! muchísimas; como que soy quien abastecia al rey y á los jóvenes señores de la corte de medias negras.

—¿Al rey?

—Ya era parroquiano mio cuando solo se

llamaba duque de Anjou. A su vuelta de Polonia, se acordó de mí, nombrándome abastecedor de la corte.

—Teneis un magnífico conocimiento, Sr. Briquet.

—¿Cuál, el de S. M.?

—Sí.

—No opinan todos como vos, hermano Borromeo.

—Ya; los de la liga.

—Casi todos pertenecen hoy poco ó mucho á ella.

—Vos no debeis ser muy adicto, á lo que creo.

—¿Yo? ¿Y por qué?

—Cuando se conoce personalmente al rey..

—¡Bah! ¡Bah! Yo tengo mi política como los demás hombres.

—Pero vuestra política está en armonía con la del rey.

—No os guieis por eso; casi siempre estamos disputando.

—Pues entonces, ¿cómo os confia una mision?

—Una comision querreis decir.

—Mision ó comision ¿qué mas dá? Am-

bas revelan confianza.

—¡Oh! Todo lo que interesa al rey consiste en que yo sepa tomar bien mis medidas.

—¿Vuestras medidas?

—Es claro.

—¿Medidas políticas ó financieras?

—¡Cá! Medidas artísticas, medidas de telas.

—¡Cómo! esclamó Borromeo estupefacto.

—Sin duda: ahora vais á comprenderme.

—Ya os escucho.

—El rey ha ido hace poco en peregrinacion á nuestra Señora de Chartres.

—En efecto; para obtener un heredero.

—Precisamente. ¿Y sabeis que ecsiste un medio para obtener el resultado que el rey desea?

—En todo caso, parece que él no emplea ese medio.

—¡Hermano Borromeo! esclamó Chicot.

—¿Qué?

—No ignorais que se trata de obtener por medio de un milagro, y no de otro modo, un heredero de la corona.

—¿Y de quién se espera ese milagro?

—De nuestra señora de Chartres.

—¡Ah! ¡ah! Ya recuerdo la historia de la camisa.

—Bien, bien, eso es; el rey se ha apoderado de la camisa de la virgen y se la ha dado á la reina, y ahora quiere devolverle en cambio un vestido semejante al de Nuestra Señora de Toledo, que, segun dicen, es el mas rico que existe en el mundo.

—De modo que vos os dirigis....

—A Toledo, querido Borromeo, á Toledo para tomar las medidas del mencionado vestido y encargar otro igual.

Borromeo quedó pensativo, no sabiendo si debia prestar fé á las palabras de Chicot.

Debemos presumir que nada creyó de cuanto acababa de oir, despues de haber reflecsionado sobre su conversacion.

—Ya podeis juzgar, añadió Chicot haciendo como que no conocia lo que pasaba en el interior del hermano tesorero, ya podeis juzgar cuán agradable debe ser para mí en estas circunstancias la compañía de un ministro del altar. Pero el tiempo urge, y el hermano Santiago no puede tardar mucho; por otra parte, voy á esperarle afuera,

por ejemplo, en la Cruz Faubin.

Creo que hareis bien, observó Borromeo.

—Espero que tengais la bondad de advertírselo cuando llegue.

—Con mucho gusto.

—¿Y me lo enviareis?

—Sin la menor tardanza.

—Mil gracias, hermano Borromeo: no sabeis cuanto celebro el haberos conocido.

Los dos se saludaron, y Chicot bajó por la escalera secreta: Borromeo echó inmediatamente los cerrojos á la puerta.

—Vamos, vamos, dijo el primero, ya conozco que, segun parece, es de gran importancia que yo no vea á la dama: por consiguiente, es preciso verla.

Y á fin de ejecutar su proyecto, salió del priorato de los benedictinos á vista de todos y habló un momento con el hermano portero, dirigiéndose en seguida hácia la Cruz Faubin por medio del camino.

Pero una vez llegado á ella desapareció entre el ángulo de la pared de una granja, y conociendo que desde allí podia desafiar á todos los Argos del prior, aun cuando tuviesen, como Borromeo, ojos de halcon, se

deslizó poco á poco arrimado à la fábrica, siguió por el foso un vallado de forma circular, y llegó sin ser sentido hasta un seto inmediato que se estendia precisamente enfrente del convento.

Llegado á este punto, que le presentaba un centro de observacion tan seguro como podia desear, se sentó, ó mas bien, se tendió á la larga, esperando á que el hermano Santiago volviese al convento y á que de él saliese la dama misteriosa.

CAPITULO XI.

LA EMBOSCADA.

Ya sabemos que Chicot no era hombre que tardaba en tomar un partido: eligió el de esperar con la mayor comodidad posible.

Al través de la espesura del seto abrió una especie de ventana con el objeto de no dejar pasar desapercibido á personaje alguno que saliese ó entrase en el convento.

El camino aparecia desierto, y en toda la estension á que podia alcanzar la vista de Chicot no se veia ginete ni peon alguno.

Toda la multitud que habia acudido el dia antes á la ciudad se habia desesperado, despues de haber visto el término del espectáculo que llamára su atencion.

Lo único que Chicot divisó fué un hombre mezquinamente vestido, que se paseaba transversalmente en el camino, y media con un largo y puntiagudo baston el terreno de S. M. el rey de Francia.

Chicot nada tenia que hacer, y se alegró de descubrir un bulto que le sirviese de punto de observacion,

¿Pero qué media? ¿Por qué media? Hé aquí las dos preguntas que durante algunos segundos ocuparon sériamente la atencion de maese Roberto Briquet.

Se resolvió por lo tanto á no perderle de vista.

Pero desgraciadamente, al mismo tiempo en que el nuevo personaje acababa sus medidas y se disponia á levantar la cabeza, otro descubrimiento absorvió el cuidado de Chicot, obligándole á dirigir sus miradas á distinto punto.

Abrise de par en par el balcon de Gorenflot, y apareció en él la respetable rotun-

didad de D. Modesto, quien frunciendo sus retozones ojillos, con la sonrisa del placer y sus mas distinguidas maneras, acompañaba á una dama, casi enteramente cubierta con un manto de terciopelo forrado de pieles.

---¡Oh! ¡oh! dijo Chicot, hé ahí la penitente; parece jóven; pero examinemos su cabeza... Bien, bien, ahora solo falta el otro lado.... perfectamente. ¡Válgame Dios! Es muy singular que todo lo que veo escite en mí recuerdos... Es una mania de mi temperamento. ¡Hola! Ya parece el escudero, y lo que es este no se me despinta: es Mayneville en cuerpo y alma. Sí, sí, el bigote retorcido y la espada con puño de concha... Vamos, el mismo... Cuerpo de Cristo! ¿Y por qué me he de equivocar respecto á Mme. de Montpensier? No hay duda: esa muger es la duquesa.

Chicot no necesitó mas para abandonar á su suerte al hombre de las medidas á fin de no perder de vista á los dos ilustre personajes que acababa de descubrir.

Poco despues distinguió detrás de ellos el pálido rostro de Borromeo, á quien Mayneville dirigió la palabra muchas veces.

—Ya, ya, todos se han reunido, dijo el emboscado: conspiremos, pues, ya que esto está en moda. Pero ¡qué demouios! ¿Querrá por ventura la duquesa entrar de pensionista en el priorato de los benedictinos, teniendo á cien pasos de distancia su residencia de Belesba?

Apenas acababa de decir esto, cuando un nuevo incidente llamó poderosamente su atencion. Mientras que la duquesa hablaba con Gorenflot, ó mas bien, le hacia hablar, M de Mayneville hizo una seña á alguna persona que sin duda estaba en la parte esterior del convento.

Sin embargo, Chicot solo habia visto hasta entonces al hombre de las medidas.

A él, en efecto, se dirigia la señal, dando por resultado el haber interrumpido su operacion.

Al punto se paró delante del balcon, medio de perfil, y dando frente al camino de Paris.

Gorenflot entre tanto seguia conversando amistosamente con la dama.

M. de Mayneville pronunció algunas palabras al oido de Borromeo, y este comenzó al punto á jesticular detrás del prior de

una manera que no podia comprender Chicot, pero bastante clara al parecer para el hombre de las medidas, porque se alejó, situándose en otro punto designado por nuevas señas de Borromeo y de Mayneville.

Despues de algunos segundos de inmovilidad, y obedeciendo á otra señal de Borromeo, comenzó un ejercicio, que sorprendió á Chicot tanto mas, cuanto que le era de todo punto imposible adivinar el objeto que se proponia. Aquel hombre dió en correr á todo escape desde el sitio en que estaba hasta la puerta del convento, en tanto que M. de Mayneville permanecia en el balcon con el reloj en la mano.

—Pues, señor, murmuró Chicot, todo esto me parece sospechoso; el enigma está bien propuesto, pero aunque difícil, con tal que yo distinga el rostro del hombre de las medidas puede suceder que llegue á acertarlo.

Al mismo tiempo, como si el demonio familiar de Chicot se hubiese propuesto favorecerle, volvió la cara el hombre en cuestion, y el amigo del rey reconoció en él á Nicolás Poulain, teniente del prebostazgo, el mismo á quien el dia antes habia vendado su armadura.

—Bien, bien, esclamó; y sobre todo, viva la Liga, bastante he visto ya para adivinar el resto, aunque me cueste algun trabajo. Si, sí, es cosa hecha; trabajaré, y nos veremos.

Despues de un rato de conversacion entre la duquesita, Gorenflot y Maynevilla, el hermano Borromeo cerró el balcon y desaparecieron los cuatro personajes.

Poco despues salieron del priorato la duquesa y su escudero, subiendo á la litera que les esperaba. D. Modesto, que les acompañó hasta la puerta, se deshacia á cumplidos y cortesías.

Todavia tenia la duquesa abiertas las cortinas de la litera para contestar á los cumplimientos del prior, cuando un monje jacobino, que llegaba de Paris por la puerta de San Antonio, se acercó á los caballos, examinándolos con curiosidad, y poco despues á la litera, á cuyo interior dirigió ávidas miradas.

Chicot reconoció en aquel monje al hermano Santiaguillo, que volvia apresurado del Louvre, y se habia estasiado contemplando á la duquesa de Montpensier.

—Vamos, vamos, dijo entredientes; esto no se prepara mal: si hubiese llegado Santiago antes de haber encontrado yo á la duquesa, me hubiera sido preciso acudir á la cita de la Cruz Faubin. Ahora veo mas claro: la duquesa ha arreglado su conspiracion, y se marcha dejando el campo á Nicolás Poulain, á quien me propongo despachar en diez minutos.

En efecto, despues de pasar la duquesa por delante de Chicot, aunque sin verle, se dirigia á Paris á todo escape, y Nicolás Poulain se preparaba á seguir sus pasos.

Erale, sin embargo, preciso pasar, lo mismo que la duquesa, inmediato al seto que ocupaba Chicot : este le vió acercarse, como el cazador ve aproximarse la pieza, y se preparaba á disparar cuando le tuviese á tiro.

Cuando Poulain estuvo al alcance disparó.

—¡Hola! ¡eh! le gritó desde su escondite; mirad hácia este lado, si no teneis inconveniente, señor hombre de bien.

Poulain se estremeció dirigiendo al mismo tiempo la vista hacia el foso:

—Ya me habeis visto, añadió Chicot;

perfectamente ahora... figuraos que en nada habeis reparado, maese Nicolas... Poulain

El teniente del prebostazgo dió un salto como un gamo herido.

—¿Quien sois? preguntó azorado. ¿Qué es lo que deseais?

—¿Quien soy?

—Si.

—Un amigo vuestro y bastante íntimo, aunque de fecha moderna: en cuanto á lo que quiero, es cosa algo mas larga de esplicar.

—Pero al fin esplicadlo ¿que quereis?

—Que os acerqueis á mi.

—¿A vos?

—Es claro; que bajeis al foso.

—¿Para qué?

—Ya lo sabreis: bajad en primer lugar.

—Pero..

—Y colocaos de modo que vuestras espaldas descansen en esta cerca.

—No entiendo...

—Sin mirar hacia donde estoy, sin dar á entender que sabeis que me encuentro aqui.

—¿Qué decis?

---Ya conozco que es exijir mucho, ¿pero qué hemos de hacer? Maese Roberto Briquet tiene derecho de ser exijente.

---¡Roberto Briquet! esclamó Poulain haciendo al punto todo cuanto se le habia prevenido.

—Así, así... sentaos ahora... Conque segun parece os ocupabais poco ha en tomar las dimensiones del camino de Vicennes.

---¿Yo?

---Sin duda. ¿Y qué tiene de estraño que un teniente del prebostazgo haga veces de director de caminos cuando la ocasion se presenta?

---En efecto, repuso Poulain algo mas tranquilo... estaba midiendo...

—Y con gran cuidado, pues teniais por inspectores á muy ilustres personages.

---¡Muy ilustres personages! No os comprendo.

---¡Pues qué! ¿No sabeis?...

---Ignoro lo que quereis decir.

---¿Ignorais tambien quiénes son esa dama y ese caballero qne hace poco estaban en el balcon del priorato, y que acaban de tomar la direccion de Paris?

—Os lo juro por mi honor.

—¡Ah! ¡Cuanto me alegro de poder comunicaros tan importante noticia! Figuraos, Sr. Poulain, que teniais por espectadores de vuestros trabajos de agrimensura nada menos que á la señorita duquesa de Montpensier y al señor conde de Mayneville. Manteneos quieto por vida vuestra.

—Caballero... contestó Nicolas Poulain tratando de disputar, esas palabras... el tono conque las pronunciais...

—Si haceis un solo movimiento, mi querido maese Nicolas Poulain, vais á obligarme á cometer algun disparate; por consiguiente, estaos quedo.

Poulain lanzo un suspiro.

—Asi me gusta, prosiguió Chicot: decia, pues, que, supuesto que habeis venido á trabajar en presencia de tan ilustres personages, los cuales, segun asegurais, no han reparado en ello, os serviria de mucho el que otro personage ilustre, el rey por ejemplo, os viese trabajar.

—¿El rey?

—Si por cierto, maese Poulain; S. M. en persona, pues sabe admirar el mérito y

recompensarlo tambien.

—¡Ah, Sr. Briquet! Compadeceos.

---Os repito, maese Poulain, que si os moveis sois hombre muerto; evitad, pues, esta desgracia permaneciendo quieto y tranquilo.

---Pero en nombre del cielo, ¿qué quereis de mi?

—Vuestro bien, nada mas. ¿No os he dicho que somos amigos?

—Caballero, esclamó Nicolás Poulain desesperado, ignoro el perjuicio que puedo haber hecho á S. M., á vos, ni á nadie en el mundo.

—Mi querido maese Poulain, eso se lo esplicareis á quien corresponda, pues no es asunto que me incumbe: yo tengo acá ciertas ideas, y me aferro á ellas como un diablo: ahora bien; una de ellas es que el rey no ha de aprobar que el teniente de su prebostazgo obedezca cuando llena las funciones de su agrimensor, las indicaciones del conde de Mayneville. ¿Y quién sabe si el rey habrá notado ya la omision cometida por el mismo teniente del prebostazgo, en cuanto á haber dejado de consignar en su

parte diario la llegada ayer á Paris de la señora duquesa de Montpensier y del caballero Mayneville? Motivos son ambos, amigo maese Poulain, para alterar vuestras relaciones con S. M.

—Señor Briquet, una omision no es un crimen, y el rey es muy ilustrado.

—Mi querido maese Poulain, se me figura que estais forjando castillos en el aire: yo veo mas claro que vos en este negocio.

—¿Qué veis?

—Una horca magnifica.

—¡Señor Briquet!

—Esperad con mil diablos. Sí, una horca, una cuerda nueva con un gran nudo corredizo, un piquete de soldados, cuatro centinelas en los cuatro puntos cardinales, multitud de ciudadanos de Paris alrededor del suplicio, y cierto teniente del Prebostazgo, á quién conozco, bailando en la punta de la cuerda.

Nicolás Poulain temblaba con tanta fuerza, que sus movimientos se comunicaban al ramaje de la cerca.

—¡Caballero! esclamó juntando las manos.

—Os he dicho que soy amigo vuestro,

querido Maese Poulain, añadió Chicot, y en tal concepto, voy á daros un consejo saludable.

—¡Un consejo!

—Y gracias á Dios muy fácil de seguir. Es preciso que vayais á buen paso.... ¿habeis entendido bien? á buen paso.... á encontrar....

—¿A quién? preguntó Nicolás lleno de angustia. ¿A quién?

—Dejadme reflexionar un instante..... Eso es..... bien pensado..... al duque de Epernon.

—¡Al duque de Epernon! ¡Al amigo del rey

—Justamente; le llamareis aparte....

—¿Y qué?

—Le referiréis todo el asunto de la medicion del camino.

—¿Os burlais, caballero?

—No por cierto: hablo sériamente, muy sériamente.

—No os entiendo.

—Pues el negocio es clarísimo. Si yo os denuncio pura y simplemente como hombre de medidas y mercader de corazas, os

colgarán de un árbol por la parte mas corta: mas si, por el contrario, os entregais vos mismo, obtendreis recompensa y honores. Se me figura que no estais convencido, en cuyo caso me tomaré el trabajo de volver al Louvre, lo cual no dejaré de hacer, suceda lo que quiera, porque á todo estoy dispuesto por serviros.

Y Nicolás Poulain oyó el ruido que hacia Chicot al separar las ramas del seto para levantarse.

—No, no, esclamó: iré iré.

—Sea en buen hora; pero ya comprendeis, maese Poulain, que no admito subterfugios, porque mañana sin falta dirigiré una carta al rey, de quien tengo el honor, tal como me veis, ó como no me veis, de ser íntimo amigo; de modo que por empeñaros en que no os aborquen hasta pasado mañana, no por eso dejarán de colgaros muy bonitamente.

—Voy á ir, caballero, repuso Poulain aterrado; pero abusais horriblemente de mi situacion.

—¿Yo?

—¡Oh!

—Vamos, maese Poulain; debeis estarme agradecido; hace cinco minutos que érais un traidor, y os he convertido en hombre honrado, en salvador de la patria. Pero... corred, maese Poulain, corred, porque yo tambien me veo precisado á salir de aqui, y no puedo hacerlo antes que vos. Aprosito: no olvideis que vais hácia el palacio del duque de Epernon.

Nicolás Poulain se levantó lanzándose como una flecha y desesperado en la direccion de la puerta de San Antonio.

—Ya era tiempo, dijo Chicot, porque hé ahí que salen del priorato: pero no es el hermano Santiaguillo, por vida mia. ¡Demonio! ¿Quién será ese tuno tan alto como queria hacer al monte Athos el arquitecto de Alejandro? A fé, á fé, que no es mal perrazo para que sirva de compañia á un pobre diablo como yo.

Al ver de cerca al nuevo emisario del convento se apresuró Chicot á dirigirse hácia la Cruz Faubin, lugar de la cita que tenia.

Pero como se veia precisado á seguir un camino circular, la línea recta debia ser-

vir al otro con mas rapidéz que á él la curva, de modo que el fraile gigante, que no se descuidaba en dar descomunales zancadas, fué el primero que llegó á la Cruz.

Chicot, por otra parte, al paso que caminaba, perdia no poco en examinar á aquel hombre, de cuya fisonomía nada recordaba.

En efecto, el tal fraile era un verdadero filisto: con la precipitacion de su marcha por alcanzar á Chicot llevaba el hábito entreabierto, y este permitia divisar unas piernas musculosas cubiertas de calzones profanos.

Al mismo tiempo su capucha, caida hácia la espalda dejaba entrever una cabellera, que de seguronunca se habia visto amenazada por las tijeras del priorato.

Crispaba además las estremidades de su boca cierta espresion poco religiosa, y cuando esta sonrisa se convertia en risa verdadera, mostraba aquel gran tuno tres dientes semejantes á tres estacas fijas detrás de la muralla, formada por sus gruesos labios.

Brazos largos como los de Chicot aunque mas fornidos, espaldas capaces de levantar las puertas de la ciudad de Gaza,

y un gran cuchillo de cocina, atravesado en el cordon del hábito, tales eran, con un saco arrollado como un escudo sobre su pecho, las armas ofensivas y defensivas del Goliat de los jacobinos.

—No hay duda, dijo Chicot: es muy feo, y si no me trae buenas y frescas noticias en esa cabeza tan estravagante, será preciso convenir en que es la criatura mas inútil que alienta en el mundo.

Al ver el fraile que Chicot se le acercaba, le saludó casi militarmente.

—¿Qué quereis, amigo? le preguntó el del rey.

—¿Sois el señor Roberto Briquet?

—En persona.

—Traigo para vos una carta del reverendo padre prior.

—Dadmela.

Chicot abrió la carta, que estaba concebida en los términos siguientes:

"Mi querido amigo: Desde nuestra sepa-
"racion he reflexionado mucho, y en verdad
"me es imposible esponer á la voracidad de
"los lobos humanos la oveja que el Señor
"me ha confiado. Esto alude, como ya po-

"deis figuraros, á nuestro hermano Santia-
"guillo Clemente, que acaba de ser recibido
"por el rey, y ha desempeñado perfectamente
"vuestra comision."

"En vez de Santiaguillo, que es aun de-
"masiado jóven, y que debe sus servicios al
"priorato, os envio un escelente y digno
"hermano de nuestra comunidad: sus cos-
"tumbre son apacibles y su carácter inocen-
"te. Creo pues, que con gusto le agrega-
"reis á vuestro servicio, como compañero de
"viaje."

—Si, si, pensó Chicot mirando de sosla-
yo al frailuco; cuenta con ello.

Y prosiguió leyendo:

"Uno á esta carta mi bendicion, y sien-
"to mucho no haber podido darosla de viva
"voz".

"A dios mi querido amigo."

—Hermosa forma de letra es esta, dijo Chicot despues de dar fin á la lectura; apuesto á que la carta ha sido escrita por el hermano tesorero, que tiene muy buena mano.

---Habeis acertado, contestó el Goliat; ha sido obra del hermano Borromeo.

---Por lo cual, amigo mio, añadió Chicot dirigiendo una agradable sonrisa al fraile, teneis que volver al convento.

---¿Yo?

---Sí, para decir á su reverencia que he mudado de parecer y deseo viajar solo.

---¡Cómo! repuso el fraile con una especie de asombro que podia confundirse muy bien con una amenaza: ¿no me llevais en vuestra compañia?

---No, amigo mio, no.

---¿Por qué motivo?

---Porque necesito economizar mis fondos; los tiempos están muy malos, y debeis comer como un antropófago.

El gigante enseñó sus tres enormes dientes.

---Pues á fé que Santiago come tanto como yo, contestó en seguida.

---Ya, pero Santiago es fraile.

---¿Y yo que soy?

---Vos, amigo mio, sois un polizonte ó un gendarme, lo cual, acá para los dos, puede escandalizar á la virgen que tengo encargo de visitar.

---¿Qué hablais de gendarme y de po-

lizonte? ¡Yo soy un fraile dominico. ¿No conoceis por ventura el hábito?

---El hábito no hace al fraile, amigo mio, pero el arma constituye el soldado. Decid esto de mi parte al hermano Borromeo, si no teneis reparo en ello.

Y Chicot saludó políticamente al gigante, que tomó el camino del priorato gruñendo como un perro á quien se echa de casa.

En cuanto á nuestro viajero, dejó que se alejase el hombre que debia acompañarle, y no bien le vió desaparecer por la puerta principal del convento, cuando ocultándose detrás del vallado inmediato, se quitó la ropilla, y se puso la cota de malla que ya conocemos sobre su camisa de lienzo.

Concluida esta operacion indispensable, se dirigió á través de los campos al camino de Charenton.

CAPITULO XII.

LOS GUISAS.

Es indispensable que el lector nos acompañe al gran salon del palacio de Guisa, al cual le hemos conducido mas de una vez antes de ahora.

Era la tarde del mismo dia en que Chicot se ponia en camino con direccion á Navarra: en dicho salon se hallaba aquel joven de ojos vivos, á quien ya vimos entrar en Paris á la grupa del caballo de Carmainges, y á quien ya conocemos por la hermosa penitente de D. Modesto Gorenflot.

A la sazon no habia tomado precauciones para disimular su sexo ni la identidad de su persona. La duquesa de Montpensier, vestida con elegancia, mostrando una garganta bellísima y adornados sus cabellos con estrellas de fina pedreria, con arreglo á la moda de la época, esperaba con impaciencia y arrimada al hueco de una ventana á alguno que tardaba en llegar.

Comenzaba á oscurecer, y la duquesa apenas distinguia ya con mucho trabajo la puerta principal del palacio, en la que tenia constantemente fijos los ojos.

Por fin se oyeron los pasos de un caballo, y diez minutos despues anunció el ugier con misterio á Mme. de Montpensier el duque de Mayenne.

La duquesa se dirigió al encuentro de su hermano con tal precipitacion, que se olvidó de apoyar el peso de su cuerpo sobre la punta del pié derecho, segun acostumbraba cuando queria disimular su cojera.

—¡Solo, hermano mio! le dijo. ¿Vienes solo?

—Si, querida, respondió el duque sentándose despues de haberla besado la mano.

—¿Y Enrique? ¿En donde está Enrique? ¿Sabes que todos le aguardan aquí?

—Enrique nada tiene que hacer al presente en Paris, al paso que reclaman su persona las ciudades de Flandes y de Picardía. Nuestro trabajo es lento y debe permanecer secreto, y no nos falta ocupacion allá abajo. ¿Porqué, pues, la hemos de abandonar para venir á Paris, en donde todo marcha bien?

—Pero todo se descompondrá si no os dais prisa.

—¡Bah!

—Eso es; con decir ¡bah! sales siempre del paso... Pues bien, yo te aseguro que los ciudadanos no se contentan con esas razones, que quieren ver á su duque y que con este sueñan y deliran.

—No tardarán en tenerle á su lado. ¿Por ventura no te lo ha esplicado todo Mayneville?

—Si por cierto, pero no es lo mismo oirlo de su boca que de la tuya.

—Hermana mia, hablemos de lo principal ¿y Salcedo?

—En el otro mundo.

—¿Sin hablar?

—Ni una palabra.

—Bueno. ¿Y el armamento?

—Negocio concluido.

—¿Y París?

—Está dividido en diez y seis cuarteles.

—¿Tiene cada uno de ellos el jefe designado?

—Si.

—Pues vivamos tranquilos, por el cielo: hé aqui lo que debo decir á nuestros fieles ciudadanos.

—No te escucharán.

—¡Bah!

—Te digo que es gente endemoniada.

Querida hermana, estás muy acostumbrada á juzgar de la precipitacion de los demás por tu propia impaciencia.

—¿Me lo dices con formalidad?

—No lo permita Dios, pero la verdad es que debe hacerse lo que ha prevenido nuestro hermano Enrique. Me ha encargado que en manera alguna se precipiten los acontecimientos por culpa nuestra.

—¿Y qué hemos de hacer? preguntó impaciente la duquesa.

—¿Tenemos prisa de hacer algo, hermana?

—Si, es preciso empezar.

—¿Por dónde?

—Por apoderarnos del rey.

—Esa es tu idea fija, y á fé que no la considero mala, si pudiera ejecutarse; pero una cosa es pensarlo y otra ponerlo por obra: acuérdate de las veces que ese mismo proyecto ha fracasado en nuestras manos.

—El tiempo ha cambiado mucho, y el rey no tiene hoy quien le defienda.

—No, si se esceptuan los suizos, los escoceses y la guardia francesa.

—Hermano mio, cuando tu quieras me comprometo á presentártelo en un camino y fuera de Paris acompañado unicamente de dos lacayos.

—Se me ha ofrecido eso mismo cien veces, pero nunca se ha realizado.

—Se realizará, con tal que permanezcas en Paris tres dias.

—¿Cónque tienes un proyecto?

—Dí mas bien un plan.

—Espero que me lo comuniques.

—¡Oh! Es una idea que solo puede ocurrir á una muger, y que tal vez escitará tu risa.

—No quiera Dios que sea yo quien hie-

ra tu amor propio. Ea, veamos el plan.

—Te estás burlando, Mayenne.

—Nada de eso: te escucho.

—Pues bien: voy á esplicarme en dos palabras....

Al mismo tiempo abrió el ugier la mampara, y dijo:

—¿Desea VV. AA. recibir al caballero de Mayneville?

—Es mi cómplice, respondió la duquesa: que entre.

M. de Mayneville fué introducido en efecto, y besó la mano del duque de Mayenne.

—Escuchadme, monseñor, le dijo: vengo del Louvre.

—¿Y qué hay? esclamaron á un tiempo Mayenne y la duquesa.

—Se sospecha vuestra llegada.

—¿Cómo así?

—Estando hablando yo con el comandante del puesto de Saint-Germain l' Auxerrois, pasaban casualmente dos gascones.

—¿Los conoceis?

—No; llevaban trajes nuevos. ¡Ira de Dios! decia uno de ellos á su compañero: tienes una magnífica ropilla, pero en un apuro no

te prestará el servicio de la coraza que ostentabas ayer.

—No importa, contestó el otro; por sólida que sea la espada del duque de Mayenne, te apuesto á que no atraviesa ni mas ni menos esta seda que el hierro de esa armadura que dices.

El gascon añadió otras fanfarronadas, indicando que tenia noticias de vuestro arribo.

—¿A quién pertenecen esos gascones?

—Lo ignoro.

—¿Se han retirado en seguida?

—Lo que puedo decir es que hablaban en alta voz, que pronunciaron el nombre de V. A. y que algunos curiosos se les acercaron para preguntarles si efectivamente habiais llegado á Paris. Ya iban á contestar, cuando un hombre se acercó á ellos y le tocó en los hombros; ó me equivoco mucho, monseñor, ó aquel sujeto era Loignac.

—¿Que más? preguntó la duquesa.

—Hablaron los tres en voz baja, y los gascones, despues de dar señales de obediencia, siguieron al que habia llegado á interrumpirlos.

—¿De modo qué?...

—Nada mas he podido averiguar; pero entretanto guardaos.

—¿No los habeis seguido?

—Si por cierto, aunque de lejos, porque temia ser reconocido como gentil-hombre de V. A. Tomaron la direccion del Louvre y desaparecieron detrás del Guarda muebles: sin embargo, muchas veces repetian despues: ¡Mayenne! ¡Mayenne!

—Tengo un medio muy sencillo de contestarles, dijo el duque.

—¿Cual? preguntó su hermana.

—El de ir á saludar al rey esta noche.

—¡A saludar al rey!

—Sin duda: acabo de llegar á Paris, y le traigo nuevas de sus leales ciudades de Picardia. Nada puede decirse contra este paso.

—No es malo el medio, observó Mayneville.

—Pero muy imprudente, añadió la duquesa.

—Indispensable, hermana mia, dijo el duque, si efectivamente se sospecha mi entrada en Paris. Además, mi hermano Enrique ha creido que yo debia apearme en

el Louvre para ofrecer al rey el homenaje de toda nuestra familia. Despues de cumplir este deber, podré obrar con entera libertad y recibir á quien me parezca.

—Por ejemplo, á los individuos de la Liga que te esperan.

—Sí; los veré en el palacio de San Dionisio cuando salga del Louvre. Haced, pues, Mayneville que me traigan el caballo segun está y sin limpiarlo; me acompañarás al Louvre. Tu, hermana mia, me esperarás.

—¿Aquí?

—No, en el palacio de San Dionisio, dónde he dejado mis efectos, y donde creen que debo pasar la noche. Dentro de dos horas iremos á reunirnos contigo.

CAPITULO XIII.

EN EL LOUVRE.

Aquel mismo dia, que parecia destinado á grandes aventuras, salió el rey de su gabinete y mandó llamar á Mr. de Epernon.

Serian las doce poco mas ó menos.

El duque se apresuró á obedecer, y pasando á palacio, halló á S. M. de pié examinando atentamente á un fraile dominico que, avergonzado visiblemente á presencia del rey, tenia la vista clavada en el suelo.

Llamando el rey aparte á M. de Epernon, le dijo señalando al jóven:

—Mira, duque, mira que cara tiene ese fraile.

—No sé de que se admira V. M., dijo Epernon, esa cara me parece muy comun.

—¿De veras?

Y el rey se puso á meditar.

—¿Cómo te llamas? le dijo.

—El hermano Santiago, señor.

—¿No tienes otro nombre?

—Mi nombre de familia Clemente.

—¡El hermano Santiago! repitió el rey.

—¿Y no halla tambien V. M. algo de estraordinario en el nombre? dijo el duque riéndose.

El rey no le contestó.

—Has desempeñado perfectamente la comision, dijo al fraile sin cesar de mirarle.

—¿Que comision, señor? preguntó el duque, con ese atrevimiento que todos le censuraban, y que era debido á la familiaridad con que el rey le trataba.

—Nada, contestó Enrique: es un secreto entre mi persona y otra que no conoces, ó mas bien, que ya no conoces.

—En verdad, señor, dijo Epernon, que mirais á ese jóven de una manera tan estraña que le abochornais.

—Es verdad; pero no sé el motivo de que no puedan separarse de él mis miradas: se me figura que le he visto antes de ahora, ó que volveré á verle. Creo que se me ha aparecido en sueños... Vamos, yo estoy delirando, puedes retirarte, jóven hermano, supuesto que has cumplido tu comision: se enviará la carta á la persona que la solicita; tranquilizate, Epernon.

—¡Señor!

—Que se le den diez escudos.

—Gracias, dijo el fraile.

—Cualquiera diria, replicó el duque, que has dado á S. M. las gracias de muy mala gana, replicó Mr. de Epernon, que no podia figurarse que un monje despreciase diez escudos.

—He agradecido de ese modo la bondad de S. M., contestó el hermano Santiago, porque mejor quisiera una de esas espadas españolas que veo colgadas en la pared.

—¡Cómo! ¿No quieres mejor el dinero para disfrutar de las farsas de los juglares

en el bosque de San Lorenzo, ó para perseguir á los conejos en las madrigueras de la calle de Santa Margarita? le preguntó el duque de Epernon.

—He hecho un voto de pobreza y de castidad.

—Lavalette, dijo el rey, dale una de esas hojas españolas, y que se vaya con Dios.

El duque, con toda la parsimonia que le era natural, escogió entre las espadas la que le pareció menos magnífica, y la entregó al jóven religioso.

Era una especie de estoque catalan, de larga y afilada hoja, que encajaba perfectamente en un pedazo de asta cincelada.

Santiago lo recibió entusiasmado de poseer tan magnífica arma. Apenas salió, se puso el duque á hacer algunas preguntas al rey, pero este se le adelantó diciendo:

—¿Tienes duque, entre tus cuarenta y cinco dos ó tres hombres que sepan cabalgar?

—Lo menos hay doce, señor, y os aseguro que dentro de un mes serán unos ginetes completos.

—Elije tu mismo dos, y haz de modo que vengan aqui al momento.

El duque saludó, y retirándose de la estancia, llamó desde la antecámara á Loignac, el cual acudió al momento.

—Enviadme, le dijo el duque, dos buenos ginetes que sean á propósito para llevar á cabo una comision directa de S. M.

Loignac atravesó al punto la galeria, y llegó á aquella parte del Louvre, que ya podemos llamar cuartel de los Cuarenta y cinco.

Abrió la puerta y gritó en tono de amo.

—¡Señor de Carmainges!

—¡Señor de Biran!

—El señor de Biran ha salido, dijo el centinela.

—¡Cómo es eso! ¿Sin permiso?

—Está observando lo que pasa en el barrio que monseñor el duque de Epernon le ha designado esta mañana.

—Muy bien; llamad en su lugar al señor Sainte-Maline.

Los dos nombres resonaron bajo aquellas bóvedas, y al punto comparecieron los dos elegidos.

—Señores, les dijo Loignac, seguidme; os

llama el duque de Epernon.

Condújoles, en efecto, á su presencia, y el duque despues de despedir á Loignac, los introdujo en la cámara del rey.

S. M. hizo una seña: retiróse M. de Epernon, y los dos jóvenes quedaron solos en presencia del monarca.

Era la primera vez que se veian delante del rey, y Enrique tenia un aspecto imponente, de modo que ambos estaban conmovidos, aunque su turbacion presentaba síntomas diferentes.

Los ojos de Sainte-Maline brillaban, tenia una pierna estendida y el bigote erizado.

En cuanto á Carmainges, pálido, pero resuelto, aunque menos arrogante, no osaba fijar sus miradas en el rostro del rey.

—¿Sois del número de mis Cuarenta y cinco, señores? les preguntó este.

—Tengo ese honor, contestó Sainte-Maline.

—¿Y vos, caballero?

—He creido que mi compañero respondia por los dos, señor, y por eso no he desplegado los labios; en cuanto á servir á V. M. estoy dispuesto como el que se tenga

por primero en el mundo.

—Perfectamente. Vais á montar á caballo y á seguir el camino de Tours. ¿Lo conoceis?

—Preguntaré, dijo Sainte-Maline.

—Me orientaré, añadió Carmainges.

—Para que acerteis mejor, pasad por Charenton.

—Así lo haremos.

—Seguid adelante hasta que encontreis un hombre que viaja solo.

—Si V. M. tiene á bien darnos las señas de esa persona...dijo Sainte-Maline.

—Lleva una espada muy larga, es hombre de largos brazos y descomunales piernas.

—¿Podemos saber su nombre, señor? añadió Ernauton de Carmainges, á quien el ejemplo de su compañero impulsaba á preguntar al rey faltando á las reglas de la etiqueta.

—Se llama La Sombra, respondió Enrique.

—Preguntaremos su nombre á cuantos viajeros encontremos.

—Registraremos todas las posadas del camino.

—Y cuando encontreis al hombre y le reconozcais bien, le entregareis esta carta.

Los dos jóvenes alargaron la mano á un mismo tiempo, y el rey quedó un momento dudoso.

—¿Como os llamais? preguntó á uno de ellos.

—Ernauton de Carmainges, respondió.

—¿Y vos?

—Renato de Sainte-Maline.

—Señor de Carmainges, vos llevareis la carta, y M. de Sainte-Maline la entregará.

Ernauton recibió el precioso depósito.

—Sainte-Maline le detuvo el brazo cuando la carta iba á desaparecer de su vista y besó con respeto el sello real.

Aquella adulacion hizo sonreir á Enrique III.

—Veo, caballeros, les dijo, que seré fielmente servido.

—¿Tiene algo mas que mandarnos V. M.? preguntó Ernauton.

—Nada mas, pero debo recomendaros por último una cosa.

Los jóvenes se inclinaron preparándose á escuchar con atencion.

—Esa carta, señores, prosiguió Enrique, es mucho mas preciosa que la vida de un

hombre: me respondeis de ella con vuestras cabezas, asi como de que la entregareis á La Sombra secretamente, que os dará recibo y me lo traereis: sobre todo, viajad como si os obligasen á ello vuestros propios negocios. Podeis partir.

Los dos jòvenes salieron de la real cámara. Ernauton enajenado de gozo, Sainte-Maline lleno de envidia; el primero con los ojos radiantes de placer, el segundo dirigiendo ávidas miradas á su compañero.

M. de Epernon les esperaba é iba á preguntarles, cuando Ernauton le interrumpió diciendo;

--Señor duque, el rey no nos ha autorizado para hablar.

Acto continuo pasaron á las caballerizas, y el picador del rey les entregó dos caballos de fatiga, vigorosos y perfectamente enjaezados.

De buena gana les hubiera seguido por algun trecho el duque de Epernon con el objeto de satisfacer su curiosidad, á no habérsele prevenido, no bien se separó de ellos, que un hombre queria hablarle sin perder instante, á toda costa y á cualquier precio.

--¿Quién es? preguntó M. de Epernon con impaciencia.

--El sub-preboste de la isla de Francia.

--¡Por vida de Dios! ¿Soy por ventura verdugo, escribano, preboste ó espía?

--No, monseñor, pero sois amigo del rey, le contestó humildemente una voz á su izquierda. Tened, pues, á bien escucharme, merced al título que invoco.

El duque volvió el rostro y vió á su lado á un hombre con sombrero en mano y orejas gachas, esperimentaba en el semblante mas variaciones que el arco iris.

--¿Quién sois? le preguntó el duque con muy mal humor.

--Nicolás Poulain, para serviros, monseñor.

--¿Y quereis hablarme?

--Os pido esa gracia.

--Pues bien: no tengo tiempo para escucharos.

--¿Ni para saber un secreto, monseñor?

--Mas de cien se me descubren diariamente: con el vuestro serán hoy ciento y uno, y por lo tanto sobrará el último.

--¿Y aun cuando ese secreto interese á

la vida de S. M.? añadió Nicolás Poulain al oido del duque.

--¡Cómo!... Sí; os oiré, contestó este: venid, venid á mi gabinete.

Nicolás Poulain se enjugó la frente cubierta de frio sudor y siguió al duque.

CAPITULO XIV.

LA REVELACION.

Al atravesar M. de Epernon su antecámara, se dirigió á uno de los gentiles-hombres que estaban allí en cumplimiento de su deber.

--¿Cómo os llamais? le preguntó.

—Pertinax de Montcrabeau, monseñor, respondió el gentil-hombre.

--Pues bien, señor de Montcrabeau, situaos á la puerta de mi habitacion, y que nadie entre.

--Muy bien, señor duque.

--Nadie, ¿lo entendeis?

--Perfectamente, respondió M. Pertinax, y obedeciendo al punto la órden de Epernon, se recostó contra la pared y tomó posicion con los brazos cruzados junto al tapiz de la puerta.

Nicolás Ponlain siguió al duque basta el gabinete, y al ver abrirse y cerrarse la puerta empezó sériamente á temblar.

--Veamos ya vuestra conspiracion, señor mio, le dijo el duque con sequedad, pero haced de modo que sea cosa buena, porque precisamente tengo hoy mil cosas que hacer á cual mas agradables, y si pierdo el tiempo en escucharos, pobre de vos.

--Señor duque, contestó Nicolás Poulain, se trata del crímen mas espantoso que...

--Bien; veamos ese crímen.

--Señor duque....

--Me quieren matar, ¿no es esto? observó M. de Epernon estirándose como un espartano. Enhorabuena; mi vida pertenece al rey, y pueden quitármela cuando quieran.

--No se trata de vos, monseñor.

--¡Cómo! Me admira eso...

--Se trata del rey, á quien quieren arrebatar, señor duque...

—¡Ah! ¡Todavia estamos en este antiguo y maldito negocio de rapto! dijo desdeñosamente M. de Epernon.

—Ahora vá la cosa muy sèria, si hemos de atenernos á las apariencias.

--¿Qué dia es el que tienen destinado para apoderarse de S. M.?

--El primero en que S. M. vaya á Vincennes en su litera.

--¿De qué modo?

--Matando á sus dos batidores.

--¿Y quién ha de dar el golpe?

--Mme. de Montpensier.

El duque soltó una carcajada y dijo:

--¡Pobre duquesa que cosas le atribuyen!

--Menos de las que proyecta, monseñor.

--¿Y se ocupa de eso en Soissons?

--La señora duquesa está en Paris.

--¿En Paris?

--Puedo responder de ello á monseñor.

--¿La habeis visto?

--Sí.

—Es decir que habeis creido verla...

--He tenido el honor de hablarla.

--¿El honor?

--Me he equivocado, señor duque; he querido decir la desgracia.

—Pero supongo, señor Subpreboste, que no será la duquesa precisamente la que coja al rey.

--Perdonad, monseñor.

--¿Ella misma?

--En persona, pero se entiende que acompañada de sus parciales.

--¿Y desde dónde ha de presidir ese rapto?

--Desde una ventana del priorato de los dominicos, situado, como sabeis, en el camino de Vincennes.

—¿Qué diablos me estais contando?

—La verdad, monseñor: están tomadas todas las medidas para detener la litera apenas llegue á la fachada del convento.

—¿Y quién ha tomado esas medidas?

—¡Ay!

—¡Acabad con mil diablos!

—Yo, monseñor.

M. de Epernon dió un salto hácia atrás y dijo;

—¿Vos?

Poulain lanzó un suspiro.

—¿Vos, que venís á denunciar la cons-

piracion? continuó preguntando el duque.

—Monseñor, contestó el subpreboste, un buen servidor del rey debe arriesgarlo todo por él.

—En efecto, arriesgais el pescuezo.

—Prefiero morir, al envilecimiento ó á la muerte del rey; por eso he venido á hablaros.

—Esos son muy buenos sentimientos, señor mio, y sin duda teneis escelentes y poderosas razones para abrigarlos.

—He pensado, monseñor, que sois amigo del rey, que no me hareis traicion, y que á todos nos aprovechará la revelacion que acabo de hacer.

El duque examinó á Nicolás Poulain, y se puso á mirar largo rato detenidamente todas las líneas de su pálido rostro.

—Algo mas debe haber, dijo en seguida, porque por atrevida que sea la duquesa, no osaria intentar sola empresa semejante.

—Espera á su hermano, respondió Nicolás Poulain.

—¡Al duque Enrique!! esclamó M. de Epernon con el mismo terror que hubiera esperimentado al acercársele un leon.

—No al duque Enrique, monseñor; sino al duque de Mayenne solamente.

—¡Ah! murmuró Epernon respirando; mas no importa: es necesario no perder de vista esos proyectos.

—Sin duda, monseñor, y por eso me he dado prisa para avisaros.

—Si habeis dicho la verdad, señor subpreboste, sereis recompensado.

—¿Y porqué habia de mentir, monseñor? ¿No como el pan del rey? ¿No le debo mis servicios? Iré pues á su presencia, si vos no me creeis, os lo prevengo, y moriré tambien, si es necesario, en testimonio de mis palabras.

—No, por todos los diablos del infierno; no ireis vos á la presencia del rey. ¿Me habeis comprendido, maese Nicolas? Conmigo debeis entenderos.

—Sea así, monseñor; solo he dicho eso por haberme parecido que dudabais.

—No, no dudo, y desde luego os debo mil escudos.

—¿Desea monseñor saber solo el secreto?

—Si : tengo emulacion , tengo celo y quiero el secreto para mi solo. Me lo

cedeis, ¿no es verdad?

—Si, monseñor.

—¿Con la seguridad de que es un secreto verdadero?

—¡Oh! con toda seguridad.

—¿Y os convienen mil escudos, sin contar otras ventajas que mañana podeis tener.

—Tengo familia, monseñor.

—Ya, ya, pero al cabo, con mil demonios, mil escudos...

—Y si en Lorena llegan á saber que he hecho semejante revelacion, estoy seguro de que cada palabra que he pronunciado me costará un azumbre de sangre.

—¡Pobrecillo!

—Es, pues, preciso que, si llega á acontecerme una desgracia, pueda vivir mi familia

—¿Y qué?

—Que esa es la razon que me impide aceptar los mil escudos.

—Al diablo la esplicacion. ¿Y qué me importa á mi el motivo por que los aceptais, desde el momento en que no los rehuseis? Con que son vuestros los mil escudos.

—Gracias, monseñor.

Y viendo Poulain que el duque se acercaba á un cofre, en el cual metió la mano, dió unos cuantos pasos detrás de él; pero el duque se contentó con sacar del cofre un librito, en el cual escribió en caractéres gordos y mal trazados:

"Tres mil libras á maese Nicolás Poulain."

De suerte que no se podia averiguar si habia dado ó debia estas tres mil libras.

—Es lo mismo que si las tuviérais en vuestro poder, dijo el duque.

Poulain, que habia alargado la mano y la pierna, retiró una y otra, lo cual le obligó á hacer un saludo.

--¿Cónque es cosa convenida? dijo el duque.

--¿En qué hemos convenido, monseñor?

--En que continuareis informándome de todo.

Poulain vaciló al ver que se encargaba el oficio de espia.

--¿Qué es eso? dijo el duque: ¿se ha desvanecido ya vuestra adhesion sin límites?

--No, monseñor.

--¿Luego puedo contar con vos?

Poulain hizo un esfuerzo y dijo:

--Podeis contar conmigo.

--¿Supongo que soy el único que sabe todo eso?

--El único, monseñor.

—Muy bien; podeis retiraros, amigo mio; pero ¡voto á cribas! que mire bien lo que hace M. de Mayenne.

Pronunció estas palabras levantando el tapiz para dar paso á Poulain, y cuando vió á este atravesar la antecámara, se dirigió presuroso á las habitaciones del rey.

Cansado este de haber jugado con sus perros, se entretenia inocentemente con un boliche.

El duque de Epernon se presentó con aire sombrío é inquieto, en el cual no reparó el rey, entregado como estaba á tan importante tarea.

Sin embargo, como el duque guardase obstinadamente silencio, levantó el rey la cabeza y le miró por un instante.

—Qué tenemos de nuevo? Lavalette, le preguntó: ¿te has muerto por ventura?

—¡Ojalá, señor! respondió Epernon: no veria lo que veo.

—¿Qué? ¿Mi boliche?

—Señor, en los grandes peligros bien puede alarmarse un súbdito por la seguridad de su soberano.

—¿Todavia peligros? Llévete el diablo, duque.

Diciendo así encajó el rey con admirable destreza la punta del boliche en el agujero de la bola de marfil.

—¿Conque ignorais lo que pasa? le preguntó el duque.

—Tal vez, contestó el rey.

—Señor, en este instante os hallais cercado de vuestros mas crueles enemigos.

—¡Bah! ¿Quiénes son?

—En primer lugar la duquesa de Motpensier.

—¡Ah! si ; es cierto; ayer estaba viendo descuartizar á Salcedo.

—¿Cómo dice V. M. eso?

—¿Y qué me importa?

—¿Conque lo sabiais?

—Si no lo supiera, no te lo diria.

—¿Y estais enterado de que debe llegar M. de Mayenne?

—Desde anoche.

—¡Como! Ese secreto! esclamó el duque

con desagradable sorpresa.

--¿Hay por ventura secretos para el rey? replicó Enrique.

--¿Pero quién ha podido instruiros?

--¿Ignoras que nosotros los príncipes tenemos revelaciones?

--O una policía.

--Es lo mismo.

--¡¡Ah! ¡Conque V. M. tiene su policía y nada nos dice! añadió picado Epernon.

--¡Par diez! ¿Quién me amará, si yo no me amo?

--Me injuriais, señor.

--Si efectivamente abrigas ese celo, mi querido Lavalette, lo cual constituye una gran cualidad, eres perezoso, lo que sin duda es un gran defecto. Tu noticia hubiera sido muy buena ayer á las cuatro de la tarde, pero hoy....

--Pero hoy.... ¿qué?

--Debes convenir en que llega algo tarde.

--Creo, por el contrario, que llega muy á tiempo, señor, pues veo que no estais todavia dispuesto á escucharme.

--Hace una hora que no hago otra cosa.

--¡Y qué! Os veis amenazado, combatido,

os preparan emboscadas, ¿y no os moveis?

--Conqué objeto? ¿No me has puesto una guardia respetable? ¿No pretendias ayer que estaba asegurada mi inmortabilidad? ¡Arrugas el ceño! ¡Vaya! ¿Se han retirado ya á Gascuña tus Cuarenta y cinco, ó no sirven para maldita la cosa? ¿Sucede con ellos lo que con los mulos? Ya sabes que cuando estos se presentan en la féria son como centellas, pero una vez comprados reculan en vez de andar.

--V. M. sabrá pronto lo que dan de sí.

--No me disgustará la prueba. Conque pronto, ¿eh?

--Señor, antes tal vez que imaginais.

--Vamos, eres capaz de amedrentarme.

--Lo vereis, lo vereis, señor. ¡Ah! A propósito: ¿cuándo pensais ir al campo?

--¿Al bosque?

--Si.

--El sábado.

--¿Dentro de tres dias?

--Precisamente.

--Basta, señor.

El duque saludó al rey y se retiró.

Cuando llegó á la antecámara notó que

se habia olvidado relevar al caballero Pertnax de su centinela; pero el caballero Pertinax se habia relevado á sí mismo.

CAPITULO XV.

LOS DOS AMIGOS.

AHORA si place á nuestros lectores, seguiremos á los dos jóvenes á que el rey, gozoso de tener tambien sus secretos enviaba por su parte al mensajero Chicot.

Apenas se vieron á caballo Ernauton y Sainte-Maline, cuando no queriendo ninguno de los dos ceder el paso al otro, estuvieron á punto de ser aplastados al pasar por el postigo.

En efecto, corriendo de frente los dos caballos, hicieron chocar una contra otra las rodillas de ambos ginetes.

El rostro de Sainte-Maline se puso colorado y el de Ernauton pálido.

---Me haceis daño, señor, gritó el primero luego que pasaron la puerta: ¿quereis aplastarme?

---Tambien vos me haceis daño, dijo Ernauton, pero yo no me quejo.

---Quereis por ventura darme una leccion?

---Nada quiero daros absolutamente.

---¿Que es eso? dijo Sainte-Maline arrimando mas su caballo al del compañero para poder hablarle de cerca: repetidme esas palabras.

---¿Para que?

---Para que yo las comprenda.

---¿Quereis reñir, eh? repuso con calma Ernauton. Tanto peor para vos.

---¿Y con qué objeto he de querer reñir? ¿Os conozco por ventura? replicó Sainte-Maline desdeñosamente.

---Si, me conoceis muy bien, en primer lugar, porque allá abajo, de donde venimos, mi casa dista dos leguas de la vuestra,

y no hay uno en el pais que no sepa mi antiguo origen; en segundo lugar, porque estais dado á Satanás por haberme encontrado en París, pues os creiais haber sido llamado asi esclusivamente: en tercer lugar, porque el rey me ha elejido para que lleve su carta.

--Pues bien, esclamó Sainte-Maline, pálido de rabia; acepto como verdadero cuanto acabais de decir, pero resulta una cosa.

--¿Cual?

--Que no me encuentro bien á vuestro lado.

--Retiraos si quereis; no tengo el menor empeño en que me sigais.

--Me parece que no quereis comprender lo que digo.

--Al contrario, caballero; se me figurá que os comprendo perfectamente. Querriais, por ejemplo, quitarme la carta para llevarla, ¿no es eso? Por desgracia necesitais matarme para conseguirlo.

--¿Y quién os ha dicho que no tengo ganas de hacerlo?

--Del dicho al hecho hay gran trecho.

--Bajad conmigo á orillas del rio y vereis

si para mí son una misma cosa el dicho y el hecho.

--Señor mio, cuando el rey me encarga que lleve una carta....

--¿Qué haceis?

--La llevo.

—Yo os la arrancaré á la fuerza, por mucho que presumais.

—Supongo que no me obligareis á que os rompa la cabeza como á un perro.

—¡Vos á mí!

—Sin duda: tengo aquí una pistola enorme, y vos no.

—¡Ah! me las pagarás, dijo Sainte-Maline separando su caballo.

—Ya lo creo, despues que se concluya mi comision.

—¡Voto á cribas!

—En cuanto al presente, moderaos, señor de Sainte-Maline, porque tenemos el honor de pertenecer al rey, y dariamos muy mala opinion de la casa si tratásemos de llamar la atencion del pueblo. Y despues, pensad tambien que la discordia entre los defensores de S. M. seria un triunfo mas para los enemigos del trono.

—Sainte-Maline mordia sus guantes y mostraba los dientes ensangrentados.

—Vamos, vamos, le dijo Ernauton, conservad esos puños para sostener bien la espada cuando llegue la ocasion.

—¡Ah! voy á reventar de furor, esclamó Sainte-Maline.

—En ese caso, dijo Ernauton, me dareis hecho todo el trabajo.

Nadie es capaz de calcular hasta qué estremo hubiera conducido la rabia siempre en aumento, á Sainte-Maline, pero al atravesar la calle de San Antonio por las inmediaciones de San Pablo, reparó Ernauton en una litera, lanzó un grito de sorpresa, y detuvo su caballo para mirar á una muger medio tapada.

—¡Mi paje de ayer! murmuró.

La dama no hizo ademan de haberle reconocido, y pasó sin arquear las cejas, aunque ocultándose en el fondo de la litera.

—¡Cáspita! dijo Sainte-Maline, creo que me forzais á detenerme por el gusto de ver á una muger.

—Os pido que me perdoneis, caballero, contestó Ernauton prosiguiendo su camino.

Desde aquel momento continuaron al trote largo, pasando por la calle del arrabal de San Marcelo sin dirigirse la palabra, ni aun para disputar.

Sainte-Maline parecia esteriormente tranquilo, pero lo cierto era que todos los músculos de su cuerpo se estremecian de cólera.

Por otra parte, la habia reconocido, y este descubrimiento, como es fácil de comprender, no era el mas á propósito para tranquilizarle: además á pesar de ser buen ginete, no podria en un caso dado seguir á Ernauton, porque su caballo era inferior al de su compañero, y estaba sudando sin haber corrido.

Esta circunstancia le hacia cavilar muchísimo, y para probar de un modo exacto lo que podria prometerse de su corcel, le ostigaba sin cesar con el látigo y la espuela.

Pero aquella insistencia en el castigo produjo un altercado entre su caballo y él cuando ya se hallaban cercanos á la Bievre: el animal no se espresó en términos retóricos, como lo habia hecho Ernauton, sino que acordándose de su origen (era normando) puso al ginete un pleito, y el ginete lo perdió.

Comenzó por asustarse, despues se encabritó, dió en seguida un salto de carnero, y arrancó á escape hasta la Bievre, en donde se desembarazó del ginete rodando con él hasta el rio, donde se separaron.

De una legua podian oirse las imprecaciones de Sainte-Maline, aunque medio ahogadas por el agua: cuando despues de mil esfuerzos consiguió levantarse, los ojos parecian saltarle de sus órbitas, y algunas gotas de sangre que corrian de su arañada frente le desfiguraban el rostro.

Saint-Maline dirigió miradas atónitas en torno suyo: el caballo habia tocado ya la orilla, aunque no se le via mas que la grupa, lo cual indicaba que debia tener la cabeza vuelta hácia el Louvre.

Molido, lleno de barro, calado hasta los huesos, cubierto de sangre y de contusiones, Sainte-Maline se convenció de que no podria apoderarse de su caballo, y que el pretenderlo seria una tentativa ridícula.

Entonces se acordó de las palabras que habia dirigido á Ernauton. En efecto, supuesto que no habia querido esperar un segundo á su compañero en la calle de San

Antonio, ¿cómo habia de exigir que este le aguardase una ó dos horas en medio del camino?

Esta reflexion convirtió su cólera en desesperacion violenta, y mucho mas cuando notó desde el sitio en que se hallaba encajonado que Ernauton, silencioso, picaba á su caballo oblicuando la marcha por otro camino, que sin duda tenia por mas corto

Los hombres verdaderamente irascibles revelan el punto culminante de su cólera por medio de un relámpago de locura; algunos solo alcanzan hasta el delirio: otros llegan hasta la postracion total de sus fuerzas y de su inteligencia.

Sainte-Maline sacó maquinalmente su puñal, y por un instante concibió el designio de sepultarlo en su pecho hasta el mango. Nadie, ni aun él mismo, hubiera sido capaz de decir lo que sufrió en aquel corl espacio. Fué una crisis de aquellas que matan á un hombre ó le hacen diez años mas viejo.

Subió por fin el reclive del rio ayudándose con manos y rodillas hasta que llegó al punto mas alto; una vez allí, examinó

el camino, pero nada se veia. Ernauton habia dasaparecido por la derecha, sin duda avanzando á toda brida, y en el fondo tambien se habia eclipsado su corcel.

En tanto que Sainte-Maline daba cabida en su imaginacion exasperada á mil pensamientos siniestros contra todo el mundo y contra sí mismo, resonó en sus oidos el galope de un caballo, y al mismo tiempo vió desembocar por la parte de la derecha del camino que habia seguido Ernauton á un hombre montado.

El ginete conducia otro alazan por la brida.

Era precisamente el resultado de la carrera de M. de Carmainges, quien se habia dirijido hácia la derecha del rio, porque no ignoraba que perseguir á un caballo por detrás es infundirle aliento para huir con la velocidad que comunica el miedo.

Habia por consiguiente cortado al cuadrúpedo normando por medio de un rodeo, esperándole en una estrecha callejuela.

Al reparar en él se llenó de contento el corazon de Sainte-Maline, y esperimentó al mismo tiempo un movimiento de efusion y de gratitud, que prestó nuevo brillo

á sus miradas; mas no tardó en oscurecerse su semblante, porque acababa de reconocer la superioridad que Ernauton tenia sobre él, que se creia incapaz de haber obrado del mismo modo en iguales circunstancias.

La nobleza de su conducta le anonadaba, y cuanto mas pensaba en ella mas tormentos sufria.

Murmuró, sin embargo, algunas frases en accion de gracias, á las que no contestó Ernauton, empuñó las riendas con ira, y á pesar de los dolores que le atormentaban, se plantó en la silla.

Ernauton, siempre silencioso, tomó la delantera acariciando á su caballo.

Ya hemos dicho que Sainte-Maline era muy buen ginete; por lo tanto, el accidente de que habia sido víctima solo podia considerarse como una sorpresa; así que, despues de otra pequeña lucha, en la cual estuvo de su parte la ventaja, dominó por fin á su cabalgadura y le hizo tomar el trote.

—Os doy las gracias, caballero, dijo por segunda vez á Ernauton despues de haber consultado con su orgullo y con las conveniencias sociales.

Ernauton se contentó con inclinarse hácia él llevando la mano al ala de su sombrero.

El camino pareció demasiado largo á Sainte-Maline.

Como á las dos y media de la tarde alcanzaron á un hombre que caminaba acompañado por un perro; era de alta estatura, y pendia de su cinturon una larga espada; no era Chicot, aunque tenia brazos y piernas como las suyas.

Sainte-Maline, aunque todavia cubierto de fango, no pudo contenerse, y al ver que Ernauton pasaba de largo sin hacer caso de aquel hombre, concibió la idea de que su compañero se viese en descubierto por su falta de precaucion; asi pues, se acercó al caminante preguntándole:

—¿Esperais alguna cosa?

El viajero miró á Sainte-Maline, cuyo aspecto á la sazon, á decir verdad, nada tenia de agradable. Aquel rostro descompuesto por la reciente cólera, aquel barro, aun no seco de su traje, aquella sangre fresca de su frente y mejillas, aquellos ojos fruncidos y ceñudos, aquella mano calenturien-

ta, estendida hàcia él, y el gesto de amenaza que la acompañaba, todo pareció de muy mal agüero al caminante.

—Si espero algo, contestó, al menos á nadie aguardo, y si efectivamente aguardo á alguno, no os espero á vos.

—Sois muy poco urbano, señor mio, repuso Sainte-Maline contento al fin porque se le presentaba una ocasion de desfogar su cólera, y furioso tambien porque, en el hecho de equivocarce, acababa de proporcionar un nuevo triunfo á su adversario.

Al mismo tiempo levantó la mano armada del látigo para sacudir al viajero: pero este puso en juego el palo que llevaba y asestó un golpe en la espalda á Sainte-Maline: en seguida silbó á su perro, que se abalanzó á los corvejones del caballo y al muslo del ginete, arrancando al primero una tajada y al segundo un giron de los calzones.

Irritado el caballo por el dolor, partió á escape como si llevase en el cuerpo una legion de demonios, sin que pudiese contenerlo Sainte-Maline, quien, á pesar de todo, no perdió los estribos.

Pasó, pues, como una flecha disparada por

delante de Ernauton, quien le vió correr sin sonreirse de su mala aventura.

Por fin, cuando logró detener al normando, cuando notó que M. de Garmainges se le incorporó, su orgullo empezó, no precisamente á disminuir, sino á entrar en composicion.

—Vamos, vamos, esclamó procurando sonreirse; ya veo que este es mal dia para mí. Y con todo, el hombre que queda atrás se parece bastante al retrato que nos ha hecho S. M. del otro á quien buscamos.

Ernauton guardó silencio.

—Os estoy hablando, caballero, añadió Sainte-Maline exasperado por aquella sangre fria, que con razon consideraba como una prueba de desprecio, y que se empeñaba en hacer cesar por cualquiera ruptura definitiva, aun cuando le costase la vida. Os hablo, repito. ¿No me escuchais?

—El hombre designado por S. M., respondió Ernauton, no lleva palo ni perro.

—Es vervad, respondió Sainte-Maline, y si lo hubiera reflexionado, tendria una contusion menos en la espalda y dos dentelladas menos en el muslo: ya veo que es muy

bueno mostrarse prudente y tranquilo.

Ernauton no le contestó, pero alzándose sobre los estribos y poniendo la mano abierta encima de los ojos en forma de pantalla, esclamó:

—Allá bajo está aguardandonos el hombre que buscamos.

—¡Diablo! murmuró Sainte-Maline incomodado por la nueva ventaja de su compañero; teneis escelente vista: yo solo distingo un punto negro, y aun eso con trabajo.

Ernauton, sin responder, continuó avanzando, y no tardó Sainte-Maline en ver y reconocer al hombre que el rey les habia señalado. Dominado por su envidia, picó su caballo para llegar el primero.

Ernauton esperaba aquel movimiento y le miró sin disgusto y sin intencion aparente: aquella mirada contuvo á Sainte-Maline, que puso su caballo al paso.

CAPITULO XVI.

SAINTE-MALINE.

ERNAUTON no se habia engañado, pues el hombre designado era el mismo Chicot. Este por su parte tenia buenos ojos y escelente oido, y habia visto y oido desde muy lejos á los ginetes, y sospechando que él era á quien buscaban, se habia parado á aguardarlos.

Cuando ya no le quedó duda y vió que los dos ginetes se dirigian hácia el, apoyó sin afectacion su mano sobre el pomo de su larga espada, como para tomar una actitud noble.

Ernauton y Sainte-Maline se miraron silenciosamente por espacio de un segundo.

—Podeis bablar cuando gusteis, dijo Ernauton saludando á su adversario, porque en aquella ocasion la palabra adversario es mas propia que la de compañero.

Sainte-Maline estaba sofocado, pues la sorpresa que le babia causado aquella invitacion cortés abogaba su voz anudándole la garganta; asi que, solo contestó con un movimiento de cabeza.

Ernauton, al ver que no abria los lábios, tomó la palabra.

—Caballero, dijo á Chicot, estamos á vuestras órdenes.

Chicot saludó á ambos con graciosa sonrisa.

—¿Será indiscrecion, añadió el jóven ginete, preguntaros vuestro nombre?

—Me llamo *La sombra*, caballero, repuso Chicot.

—¿Esperais alguna cosa?

—Si, señor.

—¿Y tendreis la bondad de decirnos qué cosa esperais?

—Una carta.

—No debeis estrañar nuestra curiosidad, caballero, pues nada tiene de ofensiva para vos.

Chicot se inclinó de nuevo mostrando una sonrisa mucho mas graciosa que la primera.

--¿De dónde esperais dicha carta? repuso Ernauton.

--Del Louvre.

--¿Con què sello?

--Con el sello real.

Ernauton metió la mano en el pecho.

--Sin duda es esta, dijo al mismo tiempo. ¿Sois capaz de reconocerla?

—Al momento, si me la enseñais.

Ernauton sacó la carta.

—Esa es, esclamo Chicot: pero supongo que para seguridad vuestra debo daros yo en cambio alguna otra cosa. ¿No es verdad?

—Sí; un recibo.

—Perfectamente.

—Caballero, el rey me ha encargado de la carta hasta el momento en que os encontrase, pero el señor es quien debe entregárosla.

Diciendo y haciendo alargó la misiva á

Sainte-Maline, quien la tomó y puso en manos de Chicot.

—Gracias, caballero, dijo este.

—Ya veis, observó Ernauton, que hemos cumplido fielmente las órdenes que se nos han dado; en ese camino no se divisa alma nacida, y por lo tanto nadie nos ha visto hablar con vos ni entregaros ese pliego.

—Es muy cierto, caballero; reconozco la verdad de vuestras palabras, y en caso necesario daré testimonio de ellas. Ahora debo cumplir por mi parte.

—En efecto... el recibo... murmuraron á un mismo tiempo los gascones.

—¿A cuál de los dos debe darlo?

—No lo ha dicho el rey, contestó Sainte-Maline mirando á su compañero con gesto amenazador.

—Estendedlo por duplicado, replicó Ernauton, y llevaremos cada uno una copia; hay una distancia regular desde aquí al Louvre, y el señor ó yo podemos esperimentar algun contra-tiempo.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Ernauton brillaron como relámpagos.

—Sois hombre prudente, le dijo Chicot.

Sacó acto continuo un librito de memorias, arrancó de él dos hojas, y escribió en ellas lo siguiente:

"He recibido de manos del señor Renato de Sainte-Maline la carta que ha traido el señor Ernauton de Carmainges.

LA SOMBRA."

—Adios, señor, dijo Sainte-Maline apoderándose de su recibo.

—Adios, señor, y buen viaje, añadió Ernauton. ¿Teneis algo que mandarme para el Louvre?

—Absolutamente nada, señores, dijo Chicot: os doy gracias por todo.

Ernauton y Sainte-Maline volvieron brida hácia París, y Chicot se alejó con un paso que hubiera envidiado la mejor cabalgadura.

Apénas hubo desaparecido, cuando Ernauton, que aun no habia andado cien pasos, detuvo de pronto su caballo, y dirigiéndose á Sainte-Maline le dijo:

—Ahora, caballero, pié á tierra, si lo teneis á bien.

—¿Con qué objeto? le preguntó aquel con asombro.

—Hemos cumplido nuestra comision, y tenemos que hablar: por otra parte, este sitio me parece muy á propósito para una conversacion del género de la nuestra.

—Como gusteis, caballero, repuso Sainte Maline desmontando al ver que lo habia hecho ya su compañero de viaje.

No bien echó pie á tierra, cuando Ernauton le dijo acercándose á él:

—Bien sabeis, caballero, que sin motivo por mi parte, y sin límites por la vuestra, en una palabra, sin el menor motivo, me habeis ofendido durante todo el dia gravemente. No es esto todo: habeis tratado de provocarme en un momento inoportuno, y me he negado á batirme; pero al presente es otra cosa, y estoy á vuestras órdenes.

Sainte-Maline escuchó esta palabra con gesto sombrío; pero ¡cosa estraña! no esperimentaba ya la misma cólera que en sus anteriores provocaciones, y por consiguiente no queria batirse: la reflexion habia podido mas en él que el orgullo, y juzgaba ya desapasionadamente la inferioridad de su posicion.

—Caballero, contestó al cabo, cuando os

insultè me hicisteis un gran servicio: hé aquí por qué no soy capaz de sostener las mismas palabras que antes os he dirigido.

Ernauton cerró los ojos con disgusto.

—Necesito saber, respondió, si pensais todavia lo mismo que antes dijisteis.

—¿Quién os asegura semejante cosa?

—Todas vuestras palabras respiraban ódio y envidia, y al cabo de dos horas que hace que las habeis pronunciado no creo que esos dos sentimientos hayan desaparecido completamente de vuestro corazon.

Sainte-Maline se avergonzó, mas no replicó una palabra.

Ernauton se detuvo un instante, y luego prosiguió diciendo:

—Si el rey me ha preferido á vos, consiste en que he llegado á agradarle mas; si no he rodado como vos en la Bievre, consiste en que soy mejor ginete; si no he aceptado vuestro desafio cuando os ha parecido oportuno proponérmelo, consiste en que tengo mas prudencia; si no me ha mordido un perro y apaleado un hombre, consiste en que tengo mayor sagacidad; por último, si ahora mismo os pido satisfaccion

de vuestras ofensas, obligándoos á desvainar la espada, consiste en que tengo mas honor, y... aun diré que mas valor si veo que vacilais.

Sainte-Maline temblaba de cólera, y sus ojos brotaban fuego: todas las malas pasiones que Ernauton habia adivinado se revelaban en el rostro de su contrario, pálido de furor: no bien Carmainges pronunció las últimas palabras, cuando desenvainó la espada como un loco.

Ernauton empuñaba ya la suya.

—Vamos, caballero, dijo Sainte-Maline, retirad la última palabra que habeis pronunciado, porque está demas como debeis conocerlo, ya que sabeis quién soy; pues, como habeis dicho, vivimos separados por dos leguas de distancia: retiradla, porque bastante me habeis humillado; no me deshonreis.

Caballero, respondió Ernauton, como nunca me encolerizo, nunca digo tampoco mas que lo que quiero decir, y por consiguiente nada tengo que retirar. Tambien soy sensible á los insultos; y como nuevo en la corte, no quiero avergonzarme cada y cuando os encuentre al paso. Crucemos, pues,

las espadas si os agrada, porque esto valdrá tanto para mi satisfaccion como para la otra.

—¡Oh! he tenido once desafios, dijo Sainte-Maline, y de mis once adversarios dos quedaron en el campo: supongo que tambien sabreis esto.

—Pues yo, caballero, nunca he hecho otro tanto, replicó Ernauton, porque la ocasion no se me ha presentado; ahora viene á buscarme cuando no la esperaba, y la acojo con placer. Cuando gusteis, caballero.

—Esperad, dijo Sainte-Maline meneando la cabeza; somos compatriotas, ambos estamos al servicio del rey, por consiguiente, soy de parecer de que no debemos batirnos, supuesto que os reconozco por un valiente: si me fuera posible, tambien os ofreceria mi mano. ¿Que mas quereis? Me manifiesto á vos tal como sois, ulcerado en el corazon, y no por mi culpa. Soy envidioso sin poderlo remediar, porque la naturaleza me ha arrojado al mundo en hora funesta. El señor de Chalabre, el señor de Monterabeau, ó el señor de Pincorney no hubieran escitado mi cólera, porque esta ventaja solo la debeis á vuestro mérito;

consolaos, pues, ya que mi envidia nada puede contra vos. Esto quiere decir que quedamos como antes. ¿No es esto, caballero? Demasiado sufriré cuando digais á alguno el motivo de nuestra disputa.

—Nadie lo sabrá.

—¿Nadie?

—No, caballero, porque si nos batimos os mataré ó me matareis: no creais por esto que hago poco caso de la vida; al contrario, trato de conservar el pellejo, porque tengo veinte y tres años, buen nombre, y no soy enteramente pobre: espero en el porvenir, y por consiguiente debeis creer que me defenderé como un leon.

—A mí me sucede todo lo contrario, caballero: tengo ya treinta años y estoy cansado de vivir porque en nada espero; pero á pesar de todo, y aunque nunca seré feliz, deseo no batirme con vos.

—Es decir, que vais á darme una satisfaccion.

—No; bastante he hecho y he dicho: si no os dais por satisfecho, tanto peor para vos, porque dejareis de ser superior á mí.

—Debo recordaros, caballero, que no pue-

de quedar terminado este asunto de semejante modo, sin que los contendientes sean silbados, y mucho mas si se atiende á que son gascones.

—Eso es precisamente lo que espero.

—¡Cómo!

—Lo que os digo: necesito un hombre que me silbe

—¡Que feliz momento para mí!

—Rehusais el combate.

—Deseo no batirme.... con vos, se entiende.

—¿Despues de haberme provocado?

—Convenido.

—¿Pero y si me falta la paciencia y la emprendo con vos á cintarazos?

Sainte-Maline apretó convulsivamente los puños.

—En ese caso, dijo, arrojaré mi espada á cuarenta pasos.

—Mirad lo que decis, caballero, porque en ese caso no os daré de punta.

—Corriente; esa será una razon mas para aborreceros, y os aborreceré mortalmente; algun dia os encontraré débil, como hoy me veis, y os mataré desesperado.

Ernauton envainó su espada.

—Sois un hombre estraordinario, le dijo, y os compadezco con todo mi corazon.

—¿Me compadeceis?

—Sí, porque debeis sufrir mucho.

—Horriblemente.

—Porque nunca podeis amar.

—Nunca.

—¿A lo menos tendreis pasiones?

—Una sola.

—La envidia; ya me lo habeis dicho.

—Sí, y por esta razon tengo mil á un tiempo que me hacen muy desgraciado: adoro á una mujer desde el momento en que ama á otro; deseo el oro cuando le veo en otras manos; soy siempre orgulloso por comparacion; bebo para que mi cólera estalle, es decir, para convertirla en enfermedad aguda cuando es crónica, para que hierva como un volcan. Sí, sí: ya lo habeis dicho, Sr. de Carmainges, soy muy desgraciado.

—¿Nunca habeis tratado de corregiros?

—Ha sido trabajo en valde.

—¿Què esperais? ¿Qué pensais hacer?

—¿Qué hace la planta venenosa? Tiene

flores como las demas, y nuestros hombres saben aprovechar su jugo. ¿Qué hacen el oso y el ave de rapiña? Muchos hombres esperimentados conocen el medio de dirigir sus instintos. Hé aqui lo que soy y lo que seré probablemente en poder del duque de Epernon y de M. de Loignac, hasta el dia en que digan: "esta planta es muy dañosa, arranquémosla: este animal está rabioso, matémosle."

Ernauton se habia tranquilizado poco á poco, porque Sainte-Maline no era ya para él un objeto de cólera, sino de estudio, y casi sentia piedad hácia un hombre á quien las circunstancias obligaban á tan singulares declaraciones.

—Una gran fortuna, le dijo, (y podeis conseguirla porque teneis disposicion), os curará completamente; dirigios por vuestros propios instintos, y sobresaldreis en la guerra ó en la intriga: cuando domineis á los demas les aborrecereis menos.

—Por mucho que me eleve, por muy alto que me coloque la fortuna, siempre habrá sobre mi categorias superiores que herirán mi orgullo, y risas sardónicas que

me destrozarán los oidos.

—Os compadezco, volvió á repetir Ernauton.

Y cogiendo la brida de su caballo, que habia atado á un árbol volvió á montar. Los dos gascones se dirigieron á Paris, mudos y sombríos, el uno por lo que habia escuchado, y el otro por lo que habia dicho.

De pronto alargó Ernauton la mano á Sainte-Maline.

—¿Quereis que trate de curaros? le dijo.

—Ni una palabra mas, caballero, contestó el último; no, no tenteis semejante cosa, porque os llevareis chasco: aborrecedme por el contrario, y asi os admiraré.

—Os compadezco, volvió á repetir Ernauton.

Una hora despues entraban los dos caballeros en el Louvre y se dirigian al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

El rey habia salido, y no debia volver hasta la noche.

CAPITULO XVII.

M. DE LOIGNAC DIRIGE UNA ALOCUCION A LOS CUARENTA Y CINCO.

Los dos jóvenes se asomaron á la ventana de sus respectivos aposentos para atisbar la llegada del rey, auuque con pensamientos muy diferentes

Sainte-Maline, con el entrecejo fruncido y el corazon abrasado, se entregaba completamente á su odio, á su vergüenza y á sus ambiciosos proyectos.

Ernauton, sin pensar ya en las escenas que habian mediado entre él y su compañero, solo se sentia inquieto por la curio-

sidad de saber quién era aquella mujer que él mismo habia introducido en Paris disfrazada de paje y que hacia algunas horas habia vuelto á ver en magnífica litera.

Amplia materia de reflexion suministraban los dos encuentros del paje-mujer á un corazon mas dispuesto á correr galantes aventuras que á soñar cálculos de ambicion.

Por eso el caballero Carmainges fué ensimismándose poco á poco entre la confusion de sus propios pensamientos, hasta que habiendo levantado casualmente la cabeza observó que Sainte-Maline habia abandonado su puesto.

Una idea se presentó á su imaginacion. Sainte-Maline, menos distraido que él, habia acechado mejor el instante en que S. M. volvia al Louvre: el rey, en efecto, habia entrado ya en palacio, y Sainte-Maline no perdió un instante en presentarse á él.

Ernauton se separó de la ventana, atravesó la galeria y llegó á la puerta de la real cámara, precisamente cuando su compañero salia de ella.

—Mirad, mirad, le dijo Sainte-Maline; hé aquí lo que el rey me ha regalado.

Y le enseñó una cadena de oro.

—Os doy mil enhorabuenas, caballero, le respondió Ernauton sin que su voz revelase la menor emocion.

Y al mismo tiempo entró en la estancia de S. M.

Sainte-Maline esperaba alguna manifestacion de celos por parte de M. de Carmainges, por consiguiente estrañó mucho aquella calma, y esperó á que Ernauton saliese.

Este solo permaneció diez minutos en la cámara del rey, pero aquellos diez minutos fueron siglos para Sainte-Maline.

Salió por fin, y el último permanecia en el mismo sitio; su maligna mirada examinó á Carmainges, y en seguida respiró de placer porque Ernauton ningun regalo traia que fuese al menos visible.

—¿Qué es lo que el rey os ha dado, caballero? le preguntó.

—Su mano á besar, contestó Ernauton sonriéndose.

Sainte-Maline estrujó la cadena entre sus manos con tal fuerza, que rompió un anillo, y ambos se dirijieron bácia el cuartel

sin pronunciar mas palabra.

No bien entraron en el salon, cuando llegaron á sus oidos los ecos del clarin; á aquella señal los Cuarenta y cinco salieron de sus respectivos aposentos como salen las abejas de las colmenas para libar el jugo de las flores.

Todos se preguntaban unos á otros que era lo que sucedia, al mismo tiempo que aprovechaban aquel instante de reunion general para admirar el cambio que se habia operado en la limpieza y traje de todos los gascones.

Casi todos ostentaban gran lujo, de mal gusto si se quiere, pero en el cual el esplendor hacia veces de elegancia.

Por otra parte, tenian lo que el duque de Epernon deseaba en ellos, á fé de hábil político, ya que era mal soldado: juventud, vigor y esperiencia: estas ventajas obligaban á olvidar sus demas defectos.

En una palabra, los Cuarenta y cinco se asemejaban á un cuerpo de oficiales vestidos de gala.

Largas tizonas, espuelas enormes, retorcidos mostachos, botas y guantes de búfa-

lo, todo cubierto de oro por el bien parecer, como entonces se decia: hé aquí el uniforme que el instinto habia inspirado á aquellos caballeros

Los mas discretos se conocian en el color severo del traje, los mas avaros en la solidez del paño, los petimetres en las joyas y aderezos con que se adornaban.

Perducas de Pincorney habia encontrado en casa de algun judio una cadena de cobre dorado sumamente gruesa y pesada.

Pertinax de Monterabeau se reasumia en rizos y bordados; habia comprado su uniforme á un mercader, que habia dado abrigo á un caballero herido por varios ladrones. Dicho caballero, reconocido á tan generosa hospitalidad, dejó á su huésped el uniforme, que era bastante decente: es verdad que tenia dos agujeros que en él habian hecho dos puñaladas, pero Pertinax los mandó bordar en oro, convirtiendo así una falta en un adorno.

Eustaquio de Miradoux no brillaba porque habia tenido que vestir á Lardille, Militor y los dos niños. La primera habia elegido un traje tan rico como lo permitian

las leyes de la época; Militor estaba cubierto de terciopelo desde la cabeza á los pies, ostentando una toquilla con plumas y medias de seda bordadas; de modo que solo quedó al pobre Eustaquio la cantidad precisa para cubrir sus carnes.

En cuanto á M. de Chalabre, conservaba aun su ropilla, color gris, que un sastre acababa de componer y forrar de nuevo; algunas tiras de terciopelo hábilmente puestas en las costuras mas deterioradas hacian disimulable la vejez de la prenda: M. de Chalabre decia á todas horas, que su único deseo era hacerse una ropilla nueva; pero á pesar de sus diligencias, le habia sido imposible encontrar mejor paño que el de la suya.

Por lo demas, se habia comprado calzones, botas, capa y sombrero, de modo que ofrecia á la vista una perspectiva decente, por mas que fuese pobre.

Respecto á sus armas, nada habia que decir, pues como antiguo guerrero, habia sabido procurarse una magnífica espada toledana, una daga turca y una gola á toda prueba.

Aquellos caballeros examinaban mútuamente sus trajes, cuando M. de Loignac entró en el cuartel haciendo alarde de su mala catadura: mandó formar círculo, y se colocó enmedio de él con una arrogancia que nada tenia de satisfactoria para los Cuarenta y cinco.

Inútil nos parece asegurar que todas las miradas se fijaron en el gefe.

—¿Señores, dijo con voz de trueno, estamos todos aquí?

—Todos, contestaron cuarenta y cinco voces en coro perfecto que prometian mucho para la disciplina.

—Caballeros, prosiguió Loignac, se os ha traido aquí para que formeis la guardia particular del rey, guardia distinguida pero que tiene muchos compromisos.

Loignac hizo una pausa, y sus primeras palabras fueron acogidas con murmullos de satisfaccion.

—Se me figura, sin embargo, añadió, que no todos habeis comprendido exactamente la estension de vuestros deberes, y por lo mismo os los voy á esplicar.

Todos escucharon con atencion, y era

evidente que anhelaban conocer sus obligaciones, aun cuando estuviesen poco dispuestos para cumplirlas.

—No debeis figuraros, caballeros, que el rey os paga y os mantiene para que os deis á los demonios y repartais arañazos y estocadas cada y cuando se os antoje; la disciplina es una cosa indispensable entre vosotros, porque sois unos verdaderos diablos, pero esa disciplina ha de ser secreta: ademas, compoueis una reunion brillante de espadachines, y debeis por lo tanto ser los primeros en acatar las leyes del reino.

Los Cuarenta y cinco no respiraban, y parecia indudable que las consecuencias de la perorata iban á ser muy sérias.

—Desde hoy habitais en lo interior del palacio del Louvre, es decir, en el mismo laboratorio del gobierno; de modo que si no asistis á todas las deliberaciones, sereis casi siempre llamados para ejecutar lo que se os mande: por consiguiente, os hallais en el caso de los oficiales que no solo aceptan la responsabilidad de un secreto, sino que obtienen la autoridad del poder ejecutivo.

Otro murmullo de satisfaccion recorrió

las filas de los gascones, y sus cabezas se levantaron con orgullo como si la vanidad las hubiese hecho crecer.

—Supongamos ahora, prosiguió Loignac, que uno de dichos oficiales, en cuyo celo descansa muchas veces la seguridad del estado ó la tranquilidad de la corona, supongamos, digo, que uno de esos oficiales haga traicion al secreto que se le confia, ó que un soldado, á quien se dá una consigna, no la ejecute: ¿sabeis lo que sucede? Se le condena á muerte.

—En eso no hay duda, contestaron muchas voces.

—Pues bien, caballeros, esclamó Loignac con acento terrible, aquí mismo, hoy mismo, se ha hecho traicion á una órden del rey, haciendo tal vez imposible una medida que S. M. queria tomar.

El terror comenzó á reemplazar al orgullo y á la admiracion: los Cuarenta y cinco se miraron unos á otros con desconfianza é inquietud.

—Dos de vosotros, caballeros, han sido sorprendidos en la calle disputando como dos viejas y dirigiéndose con encariza-

miento palabras tan graves, que cada una de ellas puede herir á un hombre y aun asesinarlo.

Sainte-Maline se adelantó al punto hácia M. de Loignac y le dijo:

—Creo que tengo el honor de hablaros en nombre de mis camaradas; importa mucho por lo mismo que vuestras sospechas no recaigan sobre todos los servidores del rey; hablad pronto, si así os place, y sepamos á qué atenernos, á fin de que no se confundan los buenos con los malos.

—Eso es muy fácil, contestó Loignac.

Todos prestaron atencion.

—El rey ha recibido hoy aviso de que uno de sus enemigos, precisamente uno de aquellos á quienes debeis combatir, llegaba á París para desafiar su poder y conspirar contra él. Aunque se ha pronunciado secretamente el nombre de este enemigo, lo ha oido un centinela, es decir, un hombre que hubiera debido considerarse como una pared, y que, como ella, debia haber sido sordo, mudo é inmovil; sin embargo, este mismo, apenas se halló en medio de la calle, ha repetido el nombre de ese enemigo del

rey con tales fanfarronadas, que llamaron la atencion de los transeuntes y promovieron una especie de conmocion; yo lo sé, yo, que seguia el mismo camino que ese hombre, y que lo escuché todo con mis propios oidos; yo, que le puse la mano sobre el hombro para impedir que continuara, porque segun las trazas que llevaba, con pocas palabras mas, habria comprometido tantos intereses sagrados, que me hubiera visto obligado á dejarle en el sitio cosido á puñaladas, si á mi primer aviso no se hubiese quedado mudo.

En aquel momento se vió á Pertinax de Monterabeau y á Perducas de Pincorney ponerse pálidos y apoyarse uno contra otro medio desfallecidos.

Monterabeau, sin embargo, trató de balbucear algunas palabras de disculpa; pero apenas los dos culpables se delataron con su propia turbacion, todas las miradas se fijaron en ellos.

—Nada puede justificaros, señor, dijo Loignac á Monterabeau; si estábais borracho, debeis ser castigado por haber bebido; si obrásteis solo por jactancia y orgullo,

tambien mereceis castigo.

A estas palabras sucedió un silencio profundo y terrible; como recordará el lector, M. de Loignac anunció al comenzar una severidad que prometia siniestros resultados.

—En su consecuencia, continuó Loignac, señor de Monterabeau, y vos tambien, señor de Pincorney, sereis castigados.

—Perdon, señor, respondió Pertinax: reparad en que venimos de provincia, que somos nuevos en la corte, y que ignoramos el arte de vivir conforme á la política.

—No se debe aceptar el honor de servir á S. M. sin pesar las cargas y obligaciones de ese servicio.

—En lo sucesivo seremos mudos como sepulcros: os lo juramos.

—Todo eso es muy bueno, señores: ¿pero repararéis mañana el mal que hoy habeis hecho?

—Procuraremos hacerlo así.

—Imposible, os digo que es imposible.

—Pues bien, perdonadnos por esta vez, señor.

—Vivís, señores, replicó Loignac sin contestar directamente á la súplica de los dos

culpables, en una manifiesta insubordinacion y licencia que quiero reprimir por medio de una estricta disciplina: ¿lo entendeis bien? Los que juzguen duro el servicio, que lo dejen; no faltarán voluntarios que los reemplacen.

Nadie contestó, pero muchas frentes se arrugaron.

—Ea pues, prosiguió el gefe, importa mucho que os entereis bien de esto: la justicia se hará entre nosotros de un modo secreto y espedito, sin pergaminos ni procesos, y los traidores sufrirán en el acto la pena de muerte. Para el efecto hay mil pretestos, y nadie podrá sospechar la menor cosa. Supongamos, por ejemplo, que los señores Monterabeau y Pincorney, en vez de hablar en la calle de cosas que debieron haber olvidado, se hubieran entretenido en sacar á colacion otras de que pudieran acordarse. ¿Quién ha dicho que una disputa no puede provocar un duelo entre estos señores? En un duelo sucede muchas veces que sucumben los dos adversarios, y por lo tanto al dia siguiente de la disputa pueden encontrarse muertos los caballeros Pincorney

y Monterabeu, del mismo modo que se encontraron los caballeros de Quelus, de Schomberg y de Mangiron: el asunto tendrá todas las apariencias de un duelo y negocio concluido. Por consiguiente haré matar en desafio ó de otro modo cualquiera al que haga traicion á los secretos del rey.

Monterabeau, casi sin aliento, se apoyó en su compañero, cuya palidez aparecia mas livida á la sazon, y cuyos dientes chocaban con tal fuerza que parecian iban á romperse.

—Para las faltas menos graves, añadió M. de Loignac, reservo menores castigos, como por ejemplo, el arresto, que sin privar al rey de un servidor, contendrá á este en los limites de la subordinacion. Lo que es hoy perdono la vida á los señores Monterabeau que ha hablado, y Pincorney que ha oido sus palabras; les perdono, repito, porque tal vez han podido engañarse ó ignoraban las reglas de la disciplina, y no les envio arrestados porque acaso tenga necesidad de sus servicios hoy ó mañana: sin embargo, por mi autoridad discrecional les declaro comprendidos en la tercera pena que tengo á bien aplicar á los delincuentes; esta

pena es una multa.

—A la palabra multa M. de Chalabre estiró el hocico como un zorro.

—Señores, dijo Loignac á los culpables, habeis recibido mil libras y devolvereis cien, cantidad que destino desde luego para recompensar el mérito de los obedientes y subordinados.

—¡Cien libras! esclamó Pincorney: con mil carretadas de demonios....¿En donde tengo yo esas cien libras, si he empleado para vestirme hasta el último escudo?

—Vendereis vuestra cadena de oro, replicó M. de Loignac.

—La abandono, dijo Pincorney, al servicio de S. M.

—No, señor; el rey no compra las alhajas de sus súbditos para pagar sus multas; vendedla vos mismo y pagad. Ahora voy á añadir dos palabras.

He notado algunos principios de irritacion entre los indiviuos de esta compañia; siempre que se susciten disputas quiero que se sometan á mi autoridad, y me reservo el derecho de juzgar acerca de la gravedad de las ofensas y de disponer lo necesario

para los desafios siempre que los crea indispensables; es decir, que todos podrán romperse el alma con las condiciones que yo establezca. El primer duelo, la primera provocacion que se verifique sin mi noticia, será castigada con rigurosa incomunicacion, con multa fuertisima ó con pena mucho mas severa, si sufriese perjuicio el servicio de S. M.

Apliquense estas disposiciones á todos cuantos deban aplicárselas: retiraos caballeros.

No: esperad un momento: quince de vosotros estarán esta noche al pié de la escalera de S. M. en el momento de recibir la córte, y á la primera señal se dispersarán en las antecámaras. Otros quince se hallarán en la parte esterior mezclados entre la gente que se acerque al palacio, y los otros quince permanecerán armados en el cuartel para hacer que, en caso de ataque, todo se lo lleven los demonios.

—Caballero, dijo Sainte-Maline acercándose á Loignac, me ocurre una dificultad; todo cuerpo de tropas necesita estar bien mandado. ¿Cómo nos hemos de gobernar

cuando estemos juntos si no tenemos jefe?

—¡Ira de Dios! le gritó Loignac. ¿Y yo quién soy?

—¡Vos, sois nuestro general!

—Os equivocais, caballero; vuestro general es el duque de Epernon.

—Pues entonces sois nuestro brigadier, lo cual no es bastante, porque ya conoceis que hace falta un subalterno para cada una de las tres porciones de demonios en que nos habeis dividido.

—Eso es muy justo, ya que no puedo dividirme en tres partes; sin embargo, no quiero reconocer entre vosotros mas superioridad que la del mèrito.

—¡Oh! en cuanto á eso no tengais cuidado, porque en el mundo hay tajos y mandobles diferentes; mostradnos el enemigo, ya sea judio ó cristiano, y veremos cuál de nosotros se esplica mejor.

—Nombraré jefes provisionales, dijo Loignac despues de meditar las palabras de Sainte-Maline, y con la órden del dia se os leerán los nombres de los que deban mandaros por 24 horas. De este modo todos sabreis mandar y obedecer; pero como no co-

nozco todavía las capacidades que se ocultan entre vosotros haré la eleccion definitiva cuando se me manifiesten.

Sainte-Maline hizo el saludo de ordenanza y se volvió á la fila.

Supongo que me habeis entendido, dijo Loignac; os he dividido en tres escuadras de quince individuos, y ya sabeis vuestros números: la primera á la escalera, la segunda á la parte esterior, y la tercera en el cuartel; esta última casi preparada y con las armas dispuestas, es decir, pronta para salir al primer aviso. Ahora, caballeros, retiraos.

Señor de Monterabeau, señor de Pincornet, el pago de vuestras multas para mañana; ya sabeis que soi el tesorero. Id con Dios.

Todos salieron del salon dejando solo á Ernauton de Carmainges.

—¿Deseais alguna cosa, caballero? le preguntó Loignac.

—Si por cierto, contestó aquel inclinándose; me parece que habeis olvidado enterarnos de lo que debemos hacer. Pertenecer al servicio del rey proporciona sin du-

da grandes ventajas, pero yo desearía saber hasta qué punto se estienden los deberes que él mismo impone.

—Eso, caballero, replicó Loignac, constituye una pregunta delicada, á la cual me es imposible responder categóricamente.

—¿Me será permitido preguntaros por qué?

Estas palabras iban dirigidas á M. de Loignac con tanta política y miramientos, que aquel jefe, contra su costumbre, en vano procuraba contestar con severidad.

—Porque yo mismo ignoro por la mañana lo que haré á la noche.

—Caballero, dijo Carmainges, os hallais en una posicion tan alta respecto á nosotros, que debeis saber muchas cosas que nosotros ignoramos.

—Haced lo que yo he hecho, Sr. de Carmainges, aprended esas cosas sin que nadie os las enseñe, supuesto que no lo impido.

—Apelo á vuestras luces, dijo Ernaoton, porque habiendo llegado á la córte sin odios ni amistades, y no guiándome pasion alguna, puedo, aunque sin valer mas, seros mas útil que ningun otro.

—¿Ni amais ni aborreceis?

—No por cierto.

—Creo, no obstante, que amais al rey, ó al menos lo supongo.

—Debo y quiero hacerlo, señor de Loignac, como servidor, como súbdito y como caballero gascon.

—Pues bien, ese es uno de los puntos cardinales que deben guiarnos, y si sois hombre hábil él os servirá para encontrar el opuesto.

—Muy bien, caballero, replicó Ernauton inclinándose: ya me he fijado, y solo me resta otro punto que me inquieta bastante.

—¿Cuál?

—El que se refiere á la obediencia pasiva.

—Es la primera condicion.

—Lo he oido perfectamente; pero la obediencia pasiva es algunas veces difícil para hombres delicados en materia de honor.

—Eso no me corresponde dilucidar, señor de Carmainges.

—Y sin embargo, cuando os desagrada una órden....

—Leo la firma del duque de Epernon, y esto me consuela.

—¿Y M. de Epernon?

—Lee la firma de S. M., y se consuela como yo.

—Teneis razon, caballero; contadme en el número de vuestros servidores.

Ernauton se dirigió á la puerta, pero Loignac le detuvo.

—Acabais, le dijo, de despertar en mí ciertas ideas, y os diré á vos solo cosas que á nadie diria, porque esos pobres diablos no han tenido la audacia ni la politica de hablarme como vos.

Ernauton le saludó.

- Caballero, añadió Loignac acercándose al jóven, tal vez esta noche vendrá á palacio algun gran personaje: no le perdais de vista y seguidle á todas partes cuando salga del Louvre.

—Permitidme una observacion; eso tiene visos de espionaje.

—¡De espionaje! ¿Lo creeis así? repuso friamente Loignac; acasó tengass razon, pero ved....

Al mismo tiempo sacó de su ropilla un

papel y lo presentó á Carmainges; este lo desdobló y leyó lo siguiente:

"*Haced que sigan esta noche á M. de Mayenne, si por casualidad se atreve á presentarse en el Louvre.*"

—¿Está firmado? preguntó Loignac.

—Epernon, leyó Carmainges.

—¿Y qué decís, señor?

—Que es muy justo, contestó Ernauton saludando respetuosamente: seguiré á M. de Mayenne.

Diciendo así se retiró.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.